La primera casa

AVNI DOSHI

Traducción de **Irene Oliva Luque**



La primera casa

La primera casa

AVNI DOSHI

Traducción de Irene Oliva Luqua

gatopardo ediciones

Título original: *The First House*

Copyright © Avni Doshi, 2026

© de la traducción: Irene Oliva Luque, 2026
© de esta edición: Gatopardo ediciones, S. L., 2026

Rambla de Catalunya, 131, 1.º-1.ª
08008 Barcelona (España)
info@gatopardoediciones.es
www.gatopardoediciones.es



Primera edición: noviembre de 2026

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de cubierta: © Mariano Peccinetti
Imagen de solapa: © Aranka Israni

eISBN: 979-13-992449-3-9
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

LA PRIMERA CASA

PRIMERA PARTE

1

2

3

4

5

6

7

8

9

SEGUNDA PARTE

10

11

12

13

14

15

16

17

18

TERCERA PARTE

19

Agradecimientos

Avni Doshi

Sinopsis

Otros títulos publicados en Gatopardo

LA PRIMERA CASA

Para las masis [1]

1. «Tía materna» en punjabi, término de respeto.

Vivir más allá del final de tu mito es algo peligroso.

ANNE CARSON

PRIMERA PARTE

1

Cuando mi marido entra en el dormitorio que llevamos compartiendo trece años para decirme que ya no quiere seguir casado, me llevo la mano al cuello. Me falta la cabeza.

Mi marido me la ha cortado a escondidas.

El aire de la habitación se enrarece mientras él lo carga de justificaciones, todas las cosas que lo hacen infeliz, las razones por las que ya no estamos hechos el uno para el otro. Le pido que pare, que pare de hablar, ¿no ve que me cuesta respirar? Pone cara de extrañeza, como si no entendiera de qué hablo, como si no la estuviera sosteniendo ahí, justo delante, mi cabeza entre las manos.

Antes de que él llegara, yo estaba sentada a la mesita que uso como escritorio, fingiendo que trabajaba en mi novela. Pero los esquemas y apuntes que había tomado a mano hacía una década ocultaban lo que en realidad llevaba estudiando, calladamente, todo el último año: mi propia carta astral, dispuesta sobre una rueda zodiacal.

Entró en la habitación en silencio, algo poco propio de él. Mi marido hacía ruido al moverse, al comer, al dormir. Tenía el andar pesado, los suelos de nuestra casa crujían bajo sus pies, su cuerpo cortaba el aire y silbaba allá donde fuera.

«¿Estás muy cansada para hablar?», masculló, y yo di un respingo, su aliento contra mi nuca. Él estaba de pie con las manos en los bolsillos, dando pequeños saltitos como si tuviera que ir al baño.

Inmediatamente tapé la carta. «¿Están dormidas las niñas?», pregunté, indicando con un gesto sus habitaciones al final del

pasillo, suponiendo que no podían estarlo, no tan rápido, y consciente de mi tono acusatorio: al fin y al cabo, esa noche le tocaba a él arroparlas. Me fijé en que había cerrado la puerta de nuestro dormitorio.

Era abril, y las flores blancas del peral de Bradford de nuestro jardín se estaban abriendo, expulsando un hedor a semen que se colaba por la ventana abierta que tenía a mi lado. Sin embargo, aquella sensación tan familiar, de repugnancia ante ese perfume, se evaporó en cuanto mi marido se puso a relatar su amargura.

Desde el principio, desde su primera frase, la conclusión era previsible. Todos los argumentos que con cuidado había ido acumulando apuntaban en la misma dirección. Hablaba con soltura de todas nuestras incompatibilidades. Mientras lo hacía, sentí un repentino invierno en mi interior. La habitación se escoró, y luego la tierra, alejándose varios grados más del sol.

Se detuvo en cada detalle: mi mal genio, nuestras peleas y su progresivo empeoramiento en los últimos años, que le habían dejado claro que no teníamos esperanza. Nuestra trayectoria era deprimente. La manera en que yo le hablaba, mi resentimiento, mi desprecio: no podía seguir tolerándolo. Mi rabia lo dejaba sin fuerzas y, en consecuencia, cada día temía volver a casa.

Entonces sentenció: el matrimonio le resultaba imposible, no solo conmigo, sino como concepto. Se había dado cuenta de que no creía en él, de que era una farsa. Detodas las parejas que conocíamos, ni una sola era feliz de verdad. Yo no podía negarlo, insistió. Sobre todo cuando era una experta en el tema: noche tras noche, en la cama, me había escuchado diseccionar la vida de las numerosas parejas infelices que conocíamos. La monogamia era antinatural, aunque todos fingiéramos lo contrario. En fin, que pedirle que creyera en una institución en la que no tenía fe alguna era como exigirle que creyera en el dios de otra persona.

Sus argumentos me dejaron atónita. Él no creía en ningún dios. Cuando recuperé el habla, le pregunté si se estaba acostando con alguien.

Hizo caso omiso a mi pregunta y respondió a otras que yo no había formulado. No, claro que no, claro que no se arrepentía de

haberse casado conmigo, ni había sido un error, ni buscaba vivir como sus amigos solteros. Siguió recalcando ese punto hasta que me resultó evidente que en realidad sí que albergaba cierto arrepentimiento.

Con la voz entrecortada, le dije que lo quería, que teníamos a nuestras hijas, que también lo querían: ¿qué pasaba con ellas?

Insistió en que adoraba a las niñas, que siempre estaría allí cuando lo necesitaran, que también él me quería, claro, y que las familias no se rompían, sino que simplemente cambiaban. Aquello suponía para nosotros una evolución, nada más.

—No puedes despertarte un día así sin más y tomar una decisión como esta —le dije.

—No es una decisión repentina —replicó—. Llevo dándole vueltas mucho tiempo. —Se quedó de pie delante de nuestra cama y clavó la vista en su lado, el lado en el que había dormido durante nuestro matrimonio, sin apartar la mirada, como si escudriñara una versión más joven de sí mismo. Luego se tumbó justo ahí, miró al techo con los dedos entrelazados, las manos sobre el pecho—. Lo hago por los dos —afirmó—. Sé que ahora mismo no puedes verlo, pero un día lo verás.

¿Era a mí a quien le hablaba? ¿O a la versión más joven de sí mismo que había aplastado en la cama? Me levanté para acercarme a él, mirándolo fijamente a la cara. Creí que vería la angustia, pero en vez de eso vi que todas sus arrugas habían desaparecido, que los años de preocupaciones se habían suavizado. Por un segundo pensé que estaba borracho. Pero me di cuenta de que lo que dulcificaba su semblante era el alivio.

A la mañana siguiente me desperté en el sofá. Él se había quedado dormido en nuestra cama, tranquilamente, encima del edredón, con la ropa puesta. Yo había estado mirándolo un rato, oyendo sus suaves ronquidos, antes de bajarme al salón a llorar.

Ahora, tapándome la cara con el brazo, veía a las niñas ir de acá para allá sin hacer ruido, entre susurros, buscando el mando a distancia. Sabían que el fin de semana no debían despertarme temprano, en eso por lo menos las tenía bien enseñadas, aunque

esa mañana pensé que ojalá me hubiera despertado antes, con tiempo de sobra para tranquilizarme, para que no pudieran leerme en la cara los acontecimientos de la noche anterior. Seguí allí tumbada, petrificada, hasta que se cansaron de buscar ese mando que estaba en la mesa justo delante de ellas. Con los ojos entornados, miré hasta que por fin salieron de la habitación y, en calcetines, subieron corriendo las escaleras aporreando los peldaños. Suspirando, me obligué a enderezar la columna, y me puse de pie.

En la cocina, levanté el pasador y empujé las ventanas de encima del fregadero para abrirlas. La mañana era fresca, trinaban los pájaros en los árboles. Los más escandalosos eran las pequeñas cotorras verdes del sur de alguna parte que se habían escapado de una jaula en el aeropuerto JFK y, no se sabe cómo, se las habían apañado para sobrevivir al duro invierno del noreste. El ruido de este barrio residencial siempre me había agobiado. Los aviones lo sobrevolaban, a veces también helicópteros. Los vecinos, nuevos ricos, siempre andaban haciendo reformas, taladrando, aserrando, martilleando. Furgonetas de reparto transportaban cajas varias veces al día; camiones grandes, con motores y frenos, deteniéndose, arrancando, abriendo y cerrando sus puertas y persianas. Fumigadores, paisajistas, jardineros, siempre trabajando, entrando y saliendo en vehículos, el zumbido de sus sopladores de hojas, los tractores cortacésped que pasaban volando de un lado a otro. Vivíamos en un vecindario lleno de verde, y siempre había hierba más alta de lo necesario, siempre había alguien segándola, así que respirábamos un cóctel de aromas vegetales, pesticidas y gasolina.

Anoche se le fue la cabeza. Mi marido era un buen hombre, no de los que una mañana se despiertan y dejan a su mujer. Su sitio estaba aquí, en su hogar, con sus hijas. Pero también veía que estaba frustrado con nuestra relación, puede que con su vida en general. Metido en un atasco a diario, cruzando un puente que en realidad parecía un aparcamiento, para ir a una oficina donde no lo valoraban y volver rendido a casa, insatisfecho; no era de extrañar que lo único que quisiera fuera quedarse dormido delante de la tele. En el trabajo, no había ascendido como esperaba. No íbamos sobrados de dinero, pero nunca lo hablábamos a las claras.

Lo entendía. Yo también sentía como mermaban el deseo y el interés. Y si en este momento nuestra situación no fuera tan frágil, le habría confesado que mi sufrimiento había sido aún mayor. Al fin y al cabo, era yo quien había parido a dos hijas de mi cuerpo y experimentado el posterior agotamiento. Los cambios físicos que soporté, el desgaste de energía. Mi memoria ya no era tan buena como antes y me costaba concentrarme en la escritura. Al leer bizqueaba, incluso con las gafas puestas. Había sido él quien había querido tener hijos y al final era yo quien las cuidaba.

Sin embargo, no tenía ningún interés en convertir aquello en un concurso de quejas. Sabía que él necesitaba apoyo, y yo estaba allí para dárselo. En cierto modo, era de esperar: el planeta Urano se oponía a su posición natal tanto en su carta astral como en la mía. Las ansias de cambio, de agitación, hasta de caos. Pero en el epicentro de todo, comprendí que mi marido sentía la inminencia de la muerte y algo lo había sacudido por dentro. Las crisis eran comunes a su edad, puede que incluso un tópico, pero resistiríamos a esos años. Era curioso que, aunque ese aspecto también se colara en mi horóscopo, a mí no me afectara.

Aparté la vista de la ventana y di un respingo. Mi hija mayor estaba allí de pie, apoyada en la isla de la cocina, mirando algo en mi móvil. Le dije que lo soltara, amenazándola una vez más con cambiar la clave de acceso. La pequeña apareció a mi lado, sonriendo de oreja a oreja; le limpié el sueño de los ojos y la ayudé a quitarle las hebras a su plátano. Le pegó un mordisco demasiado grande y escondió la cara en mi axila. Le miré la coronilla y, de repente, quise gritar. No podía entender a mi marido. Era tanto lo que teníamos.

Justo en ese momento él apareció en la cocina, sin resuello y, sin mirarme apenas, saludó a las niñas. Mi marido siempre había sido de madrugar. Que a mí me hiciera falta dormir más que a él era algo con lo que le gustaba bromear. Al principio me había hecho gracia, por aquel entonces estábamos recién casados, todavía acostumbrándonos a vivir juntos, pero la repetición lo había estropeado: había estropeado la broma y mis mañanas contemplativas. Ahora yo empezaba cada día con la sensación de

tener que alcanzarlo. Cuando se lo había mencionado, me había dicho que pretendía que fuera algo gracioso, aunque los dos sabíamos que nada tenía gracia si se repetía cien veces, y le insinué que tendría que inventarse una nueva parodia para disimular aquellas críticas. Él había insistido en que yo debía tomármelo más a la ligera. Le recordé que en mi carta astral Saturno estaba en la primera casa. Era raro que las bromas a mi costa me hicieran gracia.

Cuando me dio los buenos días, yo contesté, con retraso; la voz me salió en un graznido y noté que me olía el aliento. Él tenía la cara húmeda y llevaba puestos unos viejos pantalones cortos que ya casi no le entraban. ¿Había salido a correr? No obstante, antes de que pudiera preguntárselo, dio media vuelta.

Salí disparada tras él. Mientras las niñas veían la tele, seguí a mi marido de habitación en habitación por toda la casa, tratando de hacerlo reaccionar después de su absurdo lapsus de juicio. El modo en que habíamos construido nuestras vidas, recorriendo cada fase hasta pasar a la siguiente, como una luna que crece hasta estar llena: noviazgo, boda, convivencia durante una serie de años antes de tener una hija y luego otra; estas acciones lo demostraban, eran la prueba indiscutible de que estábamos exactamente donde teníamos que estar, de que cada paso que nos había traído hasta aquí lo habíamos dado de manera consciente. Si alguno no hubiera sido feliz, podríamos haber cambiado las cosas en cualquier momento. El caso es que mi marido había querido eso, llevaba más de una década queriéndolo, y si había tenido alguna duda, la había superado, había sopesado sus opciones, había decidido seguir adelante, él y nadie más que él había elegido permanecer en el matrimonio durante todos estos años, *motu proprio* y no a punta de pistola, y si ahora estaba dispuesto a marcharse, esa decisión era una anomalía, una aberración, y quienes lo querían debían protegerlo de la amenaza por su propio bien.

De nuevo en la cocina, le hablé entre susurros de la terapia de pareja, de la posibilidad de volver a empezar, pero él abrió el grifo a tope, llenó el vaso y lo dejó rebosar.

—No eres tú —dije por encima del sonido del agua.

Él se echó a reír, cerró el grifo y dio un buen trago. Luego me

miró, rascándose la barbilla. Contra la barba incipiente sus uñas sonaban como el velcro.

—No me conoces.

El desprecio en su voz me asustó. Tendí la mano, pero me esquivó rozándome, diciéndome que llevaría a por bagels a las niñas, como hacía todos los sábados, para que yo me quedara sola una parte del día y escribiera.

—Limitémonos a acabar el fin de semana como haríamos normalmente —añadió en voz baja.

Para mí, aquello fue la gota que colmó el vaso. Le solté un bufido:

—¿Quién te crees que eres?

Lo llamé mentiroso, cobarde, tramposo, y me arrepentí al momento.

Mie ntras miraba a las niñas subirse al coche con su padre, les dije adiós con una mano, aferrándome con la otra al marco de la puerta para no derrumbarme. Llevaba puesto mi camisón favorito, uno viejo, desteñido y gastado, una prenda que mi marido odiaba.

Dentro de la casa, a solas, agarré el mango de la fregona y moví su mocho seco por el suelo de un lado para otro. No podía irse. ¿Qué pasaría con nosotros, conmigo? Me quedaría sola, sola el resto de mi vida, incapaz de mantenerme a mí misma, mucho menos a las niñas. Yo lo quería, y él me quería a mí, no teníamos que decírnoslo todo el rato para que fuese cierto. No podía vivir sin él.

La fregona se me cayó y no fui capaz de recogerla. Bajé la vista. Tenía las manos secas, las palmas agrietadas. Mi marido me había dicho que usara guantes para fregar porque le desagradaba darme la mano. Lo intenté una temporada, pero era como llevar una venda en los ojos. Los vasos se me rompían, los platos se me resbalaban y salían disparados. La protección era una promesa escurridiza.

Con la mirada fija en la fregona, sentí que el suelo se abría bajo mis pies y supe que no había límite a lo bajo que podía caer.

2

Las niñas andaban a la gresca en el jardín. Yo estaba sentada en el escalón de la entrada, sin moverme. La mayor pegó a la pequeña, que lloró de indignación. Luego se tumbó en el césped a mi lado y me cogió el móvil. Se lo quité y respiré hondo. El sol se estaba poniendo y nos rodeaban sonidos de cosas que no veíamos. El perro de alguien ladraba y lo mandaban a callar. Seguía ladrando y luego paraba de golpe. Un coche pasaba y aparcaba a lo lejos, en alguna parte. En lo alto del árbol un pájaro llamaba a otro, y la respuesta llegaba desde más lejos. Traté de oír a aquel pájaro lejano, a lo que se oía más allá de él. Un gemido impreciso. El movimiento de un cuerpo en otra casa. Objetos domésticos que cambiaban de posición en el aire. Y luego algo tan tenue que no pude identificarlo. Un canto, una sirena.

La noche antes, había soñado que él estaba con dos mujeres. Una no parecía real, era más bien una réplica mecánica, toda de metal y cables en vez de carne y hueso. La otra era más como yo: piel oscura, pelo corto, ni gorda ni flaca, ni fea ni guapa.

Pero en el sueño yo no era ninguna de esas mujeres. Yo era él. Era mi marido. Veía a través de sus ojos. Miraba hacia abajo, y allí estaban sus pies y su cuerpo.

La casa del sueño apenas tenía muebles, una cama y una mesa de comedor, y yo mantenía relaciones sexuales con las dos en la cama y luego comía con ellas en la mesa. Sentía el mismo placer que mi marido debía de experimentar durante el acto, o algo muy parecido, pues en el sueño sentía la base de mi pene, pero no el glande; sin embargo, mi goce se vio interrumpido por la angustia en

el rostro de la esposa del sueño. Más tarde, cuando la mujer mecánica se marchó, la esposa del sueño reconoció que había participado en el trío para complacerme, pero que se había sentido forzada, coaccionada. Se tapó la cara con las manos y lloró. Luego levantó la vista, parpadeando. Debía de haber sido un malentendido, dijo. Sí, era eso. Yo debía de haber pensado que *ella* quería aquello. Que yo lo había orquestado para *ella*.

La miré de hito en hito un instante hasta que lo comprendí.

—Sí —le dije a la esposa del sueño—. Me diste a entender que querías esto. Lo he hecho solo por ti.

Yo misma pronunciaba estas palabras. Entonces supe que yo era un buen hombre y percibí que la calma la inundaba: la certeza radiante de que era la esposa de un buen hombre. Al oír mi respuesta, la esposa del sueño se sonrojó, con una mezcla de vergüenza y de alivio.

Desperté sola, en la cama. Estremeciéndome como un animal mojado, intenté deshacerme de las imágenes del sueño, pero no me dejaban. Mi marido llevaba dos noches sin dormir a mi lado, pero sentía en mi piel el residuo corporal del sueño, la saliva y las secreciones. Todavía recordaba los genitales de la mujer mecánica, duros y vítreos como el interior de una concha. Me metí en la ducha para lavarme aquel sueño.

Mi marido se había ido al trabajo, las niñas al colegio, y yo había pasado el día sentada a la mesa, petrificada, con la mirada fija en la pared, mis pensamientos persiguiéndose entre sí. Veía pasar los minutos, esperando que él volviera a casa. Ahora que había acabado el fin de semana, me obsesionaban sus palabras sobre pasar esos días con normalidad, y me aterrorizaba lo que vendría después.

Cuando empezó a oscurecer llamé a las niñas para que entraran del jardín y preparé la cena mientras veían la tele. Les estaba quitando las venas negras a un puñado de gambas cuando me fijé en que mi marido estaba en la acera de delante de casa, caminaba de acá para allá, hablando solo, moviendo los brazos. Se detuvo un instante y luego siguió, y me di cuenta de que hablaba por teléfono.

Se me había pasado por la cabeza mirar su lista de llamadas, leer sus conversaciones, buscar pistas de lo que podría estar

tramando, de con quién hablaba, pero tenía una forma muy peculiar de organizar sus correos electrónicos y mensajes: los borraba todos después de contestar. Hacía años le había preguntado por aquello y él me había explicado que era su forma de tener las cosas bajo control, que un montón de gente lo hacía y que, si yo tuviera un empleo, entendería la necesidad de aquellas purgas.

Se me aceleró el corazón cuando traté de imaginar la conversación en la que estaba inmerso, para provocarle tanta pasión. Llevábamos ya un tiempo sin mantener relaciones sexuales con regularidad y, de vez en cuando, me preguntaba si no andaría echando una cana al aire. Esa noche, cuando las niñas se fueron a dormir, me acerqué a él en el sofá. Parecía incómodo, pero me siguió el juego cuando empecé a quitarme la ropa. Le dejé que me lo hiciera por detrás, a pesar de que tras dar a luz sentía como si algo se me atascara en esa posición.

Yo apretaba los dientes, y me pregunté si aquello era todo, si aquella era la última vez, hasta que, de buenas a primeras, paró y me dijo que ya no podía hacerlo. Aseguró que yo exigía sexo con regularidad, pero que mientras lo hacíamos me notaba ausente: confeccionando listas, pensando en mi libro, organizando el frigorífico, mientras él me follaba. Le grité que eso era injusto y falso, pero negó con la cabeza mientras se ponía otra vez la camisa.

—¿Estás contenta con esto? —preguntó.

Yo tragué saliva, intentando no llorar.

—Noche tras noche me acuesto a tu lado en la cama y me pregunto si esto es todo. Ni siquiera sabías que no era feliz, ¿verdad?

Escuché sus palabras de autocompasión. Según él, que yo ignorara su desazón demostraba cuánto me merecía esto. ¿Cómo no me había dado cuenta de que ya no estaba, de que había desaparecido hacía mucho? Yo no debía estar triste, ni desesperarme, ni debía intentar obligarlo a quedarse: hacía mucho tiempo que él me había dejado. Había estado viviendo con un fantasma.

A la mañana siguiente, en el jardín de al lado aparecieron unos

hombres con pantalones color caqui y tablillas sujetapapeles. Los vecinos eran una pareja mayor, o al menos yo creía que eran mayores: era difícil afirmar con seguridad la edad de las personas blancas, y lo único que en realidad sabía de ellos era que tenían una pequeña colección de estatuas desnudas en su césped, representaciones en fibra de vidrio de dioses griegos y romanos, que a oscuras podían confundirse con personas reales. Era una decoración extraña que no pegaba nada en nuestra calle, donde las casas eran de estilo colonial español u holandés.

Los hombres les tomaron las medidas a los árboles del jardín, apoyaron escaleras sobre ellos y cubrieron sus ramas con una malla metálica. Para proteger los árboles de las cigarras, dijeron.

Asentí. Las cigarras estaban al caer. Y también nuestro aniversario de boda.

Mi hermana y mi madre habían bromeado con que una plaga de langostas había asolado mi boda. Pero no eran langostas, sino cigarras. En el vídeo de la boda se oían, se veía a los invitados levantándose de un salto de sus asientos. Los insectos se habían abierto camino hasta el mandap, el dosel nupcial, y algunos habían acabado con sus vidas al precipitarse en el fuego. Eran torpes, estrenaban sus alas. Las ninfas se habían pegado a los árboles que rodeaban el recinto donde se celebraba la boda, píceas y robles, para mudar de piel, y sus exoesqueletos espectrales seguían allí mientras nosotros dos llevábamos a cabo las pheras, las vueltas rituales alrededor del fuego.

Dimos cuatro vueltas al fuego. Yo lo seguí durante las tres primeras: deber, prosperidad y amor; en la última yo fui la primera, la primera hacia nuestra liberación de la forma física. Hacia la muerte, básicamente. Como la sombra a la sustancia, así la esposa al marido, le dijo Sita a Rama.

Las cigarras chillaron mientras el pandit que oficiaba la ceremonia recitaba los mantras. Trajeron un micrófono, pero no sirvió de nada. Si se entonaron bendiciones, no se oyeron.

Yo estaba destrozada, pese a que mi marido insistía en que el sonido del ancestral ritual de apareo de la cigarra era un buen augurio. En cualquier caso, no me mortifiqué por mucho tiempo,

porque al cabo de seis semanas todas las cigarras adultas yacían muertas en el suelo. Sus cadáveres apestaban al sol del verano. Las ninfas recién nacidas caían de los árboles y excavaban túneles en la tierra entre los restos de sus progenitores. Vivirían bajo tierra durante trece años.

Los hombres vestidos de caqui con tablillas sujetapapeles me explicaron que mis vecinos estaban preocupados por sus árboles. Después de aparearse, las hembras ponían sus huevos dentro de las ramas, empleando el borde afilado de sus ovipositores para perforar la corteza. Los árboles más viejos por lo general estaban a salvo, pero algunos de los más jóvenes no lograban recuperarse del daño.

—Resulta que el órgano sexual de la hembra es como una sierra —resumí.

Uno de los hombres abrió la boca y la cerró de nuevo.

Les pregunté si ya habían visto alguna. Me sonrieron educadamente, pero sus rostros delataron su inquietud, quizá por mi aspecto desaliñado, o porque hablara de órganos sexuales.

—No —respondió uno de ellos—. Todavía no han salido. Las dos generaciones siguen bajo tierra.

—¿Las dos?

—Ajá, este año saldrán dos. A la vez. Las cigarras de trece años y las de diecisiete, juntas. Es algo que solo ocurre cada 221 años. —Se echó a reír—. Habrá chorrocientas mil.

Miré a mi jardín, con el ficus pálido por el exceso de riego.

Uno de los hombres me entregó su tarjeta.

—También podemos retirarle ese —dijo, indicando con un gesto el peral de Bradford—. Es una especie invasora, ¿sabe? Son peligrosos cuando hay tormenta. En algunos condados, la pueden multar por tener uno.

Contesté que me lo pensaría, y los vi regresar a los árboles de los vecinos: sus cuerpos se movían entre las esculturas desnudas. ¿Era el marido quien quería aquellas estatuas o había sido idea de la mujer? Me imaginé que disfrutaban de toda aquella desnudez, tal vez les sirviera de inspiración para pasar mucho tiempo en pelotas. Tal vez gozaran de una vigorosa vida sexual. En el pasado, imaginármelos follando quizá me hubiera perturbado, pero hoy me

daba igual.

Un video a cámara rápida de una cigarra mudando la piel mostraba al insecto adhiriéndose a una superficie vertical. Temblaba sin parar hasta que por fin se rompía y se abría a lo largo del dorso del cuerpo. Otro ser, un espectro transparente, surgía del caparazón.

El imago. Un adulto sexualmente maduro, el quinto y último estadio del ciclo vital de una cigarra. El imago creció bajo su antigua piel. En esta nueva forma, tenía los ojos rojos. Sus alas estaban arrugadas, mojadas. Balanceándose hacia delante y hacia atrás, conseguía liberarse. En este ritual de transformación, no había que precipitar los acontecimientos. Al abrirse, las alas se llenaban de aire, y la humedad que las volvía pesadas se evaporaba.

La cigarra se afanaba en alumbrar su nuevo cuerpo durante más de una hora. El vídeo que estábamos viendo lo condensaba en cinco minutos. Aun así, las niñas se impacientaban. La imagen del insecto surgiendo de sí mismo era aburrida: deseaban que alguien lo ayudara y, cuando les expliqué que interferir era un error, no lo entendieron. Desacostumbradas a ser testigos de semejante esfuerzo, se marcharon a hacer otras cosas.

Por aterrador que fuera el insecto, despertó en mí una actitud protectora, por su perseverancia y su total vulnerabilidad. Me recordó al libro que intentaba escribir y a las preguntas bienintencionadas que me hacían algunos amigos: qué incómodo me resultaba compartir ideas todavía incipientes en mi interior, inmaduras, frágiles criaturas. Había aprendido a callar, y no por superstición ni por miedo. Ayudar a la criatura a salir de su cáscara me dejaba débil. El animal necesitaba luchar, partirse el lomo, literalmente.

Antes de acabar, el imago se erguía a noventa grados sobre el suelo, perpendicular a su anterior ser. Pero en una apoteosis decepcionante, no alzaba el vuelo, como yo había esperado, sino que caía a la tierra, aterrizaba bocarriba. Después de patalear para darse la vuelta, desaparecía entre la hierba dispareja. Lo único que quedaba era la exuvia, el caparazón que dejaba atrás. A cámara rápida, el exoesqueleto vacío parecía temblar, un fantasma que

recordaba lo que era estar vivo.

Se me vino a la cabeza que esa criatura tenía trece años, o tal vez diecisiete, que llevaba viva más tiempo que mis hijas, chupando las raíces de las plantas, escapando de su propia piel en cada nueva etapa, cavando túneles por debajo de la línea de congelación. Me asombraba que hubiera logrado sobrevivir.

Antes había estado examinando la carta astral del día de nuestra boda, y ahora, en los márgenes de esa página, anoté las fases del ciclo vital de la cigarra. Luego busqué dónde se las mencionaba en la historia, en la mitología griega. En la antigua Atenas, los ciudadanos lucían cigarras de oro como símbolo de sus orígenes. Los atenienses pensaban que eran originarios del territorio, que, igual que la cigarra, su primer antepasado había salido de una grieta en la tierra.

Me di golpecitos con el bolígrafo en la mejilla. Según el Ramayana, Sita nació de un surco en la tierra. Cuando estuvo lista para abandonar su cuerpo, el suelo se abrió para recibirla de nuevo.

Al leer sobre la reabsorción de Sita, su deseo de desaparecer, su súplica de aniquilación, una angustia muy familiar me revolvió el estómago. Aparté mis notas. Ya había leído antes esa historia, de niña, y siempre me perturbaba su final. Rama le había pedido que volviera a su lado como reina, que ocupara el lugar que le correspondía junto a él, para restituir su honor, junto a sus hijos. ¿Qué la hizo decir que no?

¿Por qué algunos escogen conservación y otros destrucción? El matrimonio ofrecía un receptáculo seguro, un recipiente para que una familia imaginara el futuro, viviera plenamente en él, aislada de los peligros del mundo que había más allá. Al fin y al cabo, los cuerpos blandos, permeables, necesitaban un caparazón.

Miré por la ventana. Faltaba poco para que las cigarras iniciaran su temporada de apareamiento, y daba la impresión de que mi marido quería empezar la suya.

Durante el resto de la semana, traté de parecer serena, impasible delante de él, manteniendo la compostura y esperando que mi marido se diera cuenta de que se equivocaba conmigo, con nosotros. Cuando dejaba la ropa sucia tirada en el suelo, yo no

refunfuñaba, sino que la lavaba y planchaba sin decir nada, asegurándome de que al día siguiente estuviera colgada en el armario. Congelaba la fruta madura antes de que se pudriera para demostrarle que estaba siguiendo su consejo, sin despilfarrar. Pero él se mostraba receloso, trataba de averiguar si el suelo ante él era un saliente sólido o una piedra suelta. Ya no confiaba, ya no quería mi exhibición de bondad. Y las limitaciones que me había autoimpuesto estaban pasándome factura. Por fuera, parecía presentable, tal vez guapa con mis ojos suaves, mi tono frágil. Pero por dentro una parte de mí intentaba matarse. Había perdido el apetito, y lo que me obligaba a tragar me provocaba reflujo gástrico. Me pasaba el día sin darme cuenta de que no había bebido ni una gota de agua. El miedo a la oscuridad que había sufrido de niña regresó de repente. Las sombras en el dormitorio y por toda la casa eran aterradoras, y mientras los demás dormían, yo caminaba en círculos por el jardín. Sentía cómo la hierba seca me pinchaba las plantas de los pies.

La tensión dentro de mí no paraba de crecer. No alcanzaba a comprender que aquel hombre que estaba evitándome, que salía de cualquier habitación en la que yo entrase, fuera mi marido. Pasaba las horas enfrascada en nuestras cartas astrales, en busca de respuestas. Cada diagrama circular me ofrecía una imagen del cielo desde el momento del nacimiento, un esquema del pasado, el presente y el futuro. Las respuestas sobre el matrimonio o la pareja solían provenir de la séptima casa, y, el divorcio, de la octava, pero mis ojos seguían pendientes de la cuarta casa que contaba la historia del hogar, el origen, la genealogía. Era desde allí, la base de la carta, desde donde surgirían los patrones de nuestra vida. Mi marido tenía a Saturno en la cuarta casa. Obstáculos y contracción.

Una noche, me dijo que salía y que no sabía cuándo volvería a casa, y entonces exploté: se suponía que los hombres eran simples, ¿cómo era posible que él fuera tan complicado?

Me apuntó con el dedo, agitándolo delante de mi cara.

—Eso —dijo—. Justo eso.

Ya está, me había pillado. Mi dulzura fingida no había durado mucho. Pero ¿qué quería de mí?

—No sabes hablar sin insultarme —afirmó con desdén—. No

pasa nada. Eso es lo que eres. Lo que yo decía.

Se me estaba cerrando la garganta. ¿Por qué intentaba torturarme? Levanté las manos para tocarlo y vi que temblaban.

Él negó con la cabeza, y me recriminó que le echara la culpa de todo a mi ansiedad, cuando el problema de verdad era que yo era una mimada y nunca pensaba en los demás.

—¿Y yo qué? —añadió—. ¿Alguna vez tienes en cuenta mis necesidades?

Contrataqué diciendo que sus expectativas eran irreales. ¿Cómo podía ser tan egoísta? Era más irrazonable que las niñas.

Pero esa comparación con las niñas lo puso furioso, y sacó a relucir una pelea que tuvimos cuando nació la primera, cuando al ver cómo la limpiaba desde atrás hacia delante le pregunté si comprendía la anatomía femenina. Yo no hacía más que ridiculizarlo y desautorizarlo. Fulminándome con la mirada, me sugirió que analizáramos unos cuantos ejemplos de mi ineptitud.

Salí del dormitorio hecha una furia, pero frené en seco al ver a las niñas, sentadas en el último peldaño de las escaleras. Desde abajo, me miraban con cara de resignación, como si no necesitaran ninguna explicación, como si comprendieran perfectamente lo que estaba pasando.

Ya se habían dado cuenta de que algo iba fatal. Toda la semana anterior yo había tratado de ocultarlo, pero era imposible. La pequeña, como siempre, había percibido mi estado de ánimo, mi paso vacilante, y en respuesta se había vuelto seria. La mayor parecía casi aliviada de que reflejáramos la melancolía que ella llevaba sintiendo desde que cumplió diez años.

Esa noche la mayor me pidió que durmiera en su cuarto, que no le importaba que dejara las luces encendidas, recordándome que años atrás yo la había dejado hacerlo, no lo había olvidado, y favor con favor se paga. Apoyé la cabeza en la almohada cerca de su boca y la oí rechinar los dientes, imaginando cómo chirriaba y se desgastaba, cómo los nervios de las encías ansiaban liberarse. Ojalá pudiera decir que lo único en lo que yo pensaba era en mis hijas, en su futuro y en mantener intacta la familia, pero los niños suelen llevarlo bien. Tenían una oportunidad, un día volarían del nido. Pero

¿y yo qué? ¿Dónde iría y qué forma adoptaría si él me dejaba?

Mi padre me llamó a la mañana siguiente, mientras les preparaba el almuerzo para el colegio. Me debatí entre responder o no, pero acabé haciéndolo.

Primero me preguntó por las niñas, como siempre, y pormi marido, antes de querer saber qué tal mi fin de semana.

—Cansado —contesté. Le dije que últimamente estaba agotada.

—Deberías llamar a Didi.

Hacía poco mi hermana había visto a un médico que le había dado algo para los niveles de energía. Parecía más joven, más lozana que nunca, añadió.

—Vale —respondí, pese a no tener ninguna intención de llamarla. Llevábamos sin hablarnos casi una década, aunque desde entonces mi padre se había embarcado en una misión por cambiar aquello.

—Intenta llamarla hoy, si puedes.

Normalmente habría hecho oídos sordos a sus ruegos, pero estaba al límite, con los nervios a flor de piel, a la espera del enésimo horror que me deparara el día. Le dije que mi hermana me debía una disculpa y que no sería yo quien la llamara.

Enseguida me arrepentí de mis palabras. La voz de mi padre era suave, pero ya no amable.

—No tenéis ni idea de nada, niñas —dijo, aunque yo sabía que lo que de verdad quería decir era «niña», no «niñas»—. Jamás en la vida esperé una llamada de mis mayores. Daba igual lo que hubieran hecho o dicho. Nunca les guardé rencor.

Se me pasó por la cabeza contarle lo que estaba ocurriendo, el calvario por el que nos estaba haciendo pasar mi marido, aunque solo fuera por redirigir su rabia. Pero ¿cómo iba a contarle algo que yo misma no entendía? Tenía que contener el caos. Nadie podía enterarse.

—Hasta en los cumpleaños —continuó—, la misma tontería. Como si hubierais hecho algo milagroso por haber nacido. En las cloacas nacen cucarachas todos los días. Cuando mis padres vivían, era yo quien los llamaba el día de mi cumpleaños para darles las gracias, para pedir su bendición, no una maldita felicitación.

Al colgar, vi un mensaje de mi prima Sama.

«Es martes —había escrito—. Otra vez. ¿Dónde estás?»

Sí que lo era. El martes era el día en que íbamos juntas a hacer la compra mientras las niñas estaban en el colegio. No le pillaba de paso acercarse a mi casa, pero había empezado a hacerlo como un favor, porque yo no conducía y a mi marido no le venía bien llevarme todas las semanas, y llamar a un taxi era demasiado caro. Me recogía y luego seleccionábamos juntas la fruta y la verdura mientras comentábamos el menú de los próximos días; me dejaba pagar su compra con mi tarjeta de crédito y luego me lo devolvía en efectivo.

Me di cuenta de que Sama también me había mandado varios mensajes la semana anterior. Había uno el martes, para ir a hacer la compra, y unos cuantos más los días siguientes. Al echarle un vistazo al móvil, ni siquiera recordé haberlos leído. Abrí el frigorífico y apenas quedaba comida, pero por nada del mundo quería ver a Sama en aquel estado. Aquello era un mal sueño del que acabaríamos despertando, y, si me veía ahora, sabría de inmediato que algo iba mal. Adivinaría lo que había pasado, o a mí se me escaparía, y no podría soportarlo. Respirando hondo, bajé la cabeza hasta las rodillas. Estaba cansada, reventada. No tenía lo que fuera que hiciera falta para vivir así. Cuando me puse de pie otra vez, me sentí mareada, se me nubló la vista. Al apoyarme contra el frigorífico, noté que se me clavaban en la espalda los imanes de bordes dentados que habíamos comprado durante las vacaciones familiares, algunos con forma de casas, flora y fauna marina, un tucán, una ola que rompía.

Frotándome los ojos, llamé a un taxi. Fuera, el cielo estaba lleno de nubes y el suelo bajo mis pies era un lecho de polen de álamo negro. En la frutería, me rechazaron la tarjeta, saqué el fajo de billetes y los conté. La cajera no se sorprendió. Sonriendo amablemente, esperó. Llevaba años viéndome por allí, ya había visto aquello antes.

Más tarde, les preparé un batido a las niñas para cuando volvieran del colegio. La batidora gruñía mientras, por la ventana, yo miraba distraída los setos perfectamente recortados, de espino y boj,

que separaban nuestra casa de la de los vecinos. En la doble puerta que daba al jardín de atrás, el día antes mis hijas habían dejado sus huellas, marcas de labios, un churrete de saliva en el cristal.

Llegaron del colegio, farfullaron algo inaudible cuando les pregunté qué tal el día y se apoltronaron frente al televisor. Una hora más tarde entró mi marido y dejó caer un montón de cartas sobre la encimera de la cocina, más que nada de propaganda, catálogos, solicitudes de tarjetas de crédito. Estaba guapo. Por la mañana se había arreglado para ir a trabajar: pantalones, camisa blanca y un cinturón que mis padres le habían regalado por su cumpleaños.

—No cenaré —dijo, echándole un vistazo a la olla que yo estaba llenando de agua.

Tragando saliva, murmuré:

—Me han rechazado la tarjeta.

—Veré qué pasa —dijo sin mirarme, antes de salir a grandes zancadas de la cocina.

Cené con las niñas en la mesa, sin regañarlas por apartar la verdura, concentrada en masticar cada bocado insípido. Era repugnante comerse lo que una misma había cocinado, guisarse en la olla y tragarse aquello que ya se había impregnado en la ropa y en el pelo; tan repugnante como delicioso era que te dieran de comer, sentir la comida como una sorpresa en la boca, que te sirvieran sin tener que hacer el menor esfuerzo.

3

Dos semanas después de que me dijera que se había acabado, entré por la mañana en nuestro dormitorio y me lo encontré haciendo la maleta.

—¿Qué es esto? —pregunté como una tonta.

—Me mudo a un hotel. Tengo que quedarme en otro sitio —dijo.

Retrocedí tambaleándome, me senté en el suelo, sintiendo el peso con el que ahora tenía que cargar, todas las partes de mí que él no quería, todas estaban allí: mis brazos, mis dedos de los pies, mis pechos, todo lo que le había entregado al convertirme en su mujer.

Me ayudó a levantarme del suelo, me sostuvo entre sus brazos, la presión me tranquilizaba, hasta que de repente me soltó. Lo miré a la cara. Estaba descansado y se movía alegremente por la habitación, en un arrebato de energía, como si atisbara la orilla de arena después de un largo y difícil trayecto a nado.

—No es nada personal —me aclaró—. Es solo que necesito espacio.

—Pero ¿y las niñas? —pregunté con voz temblorosa. Y, como no respondía, repetí una y otra vez las palabras. Las niñas, las niñas.

No dijo adónde iba, y no tuve el valor de preguntarle. Me dio la sensación de que si lo hacía precipitaría de algún modo su salida. De repente me vi devuelta a mi niñez, a una época en la que nunca sabíamos cuándo alguien llegaría o se iría de casa. Habría sido de mala educación preguntarle a un invitado cuándo pensaba marcharse.

Sentí el impulso de ayudarlo a doblar bien sus cosas, de ordenarlas en las maletas abiertas que aguardaban sobre nuestra

cama. Habíamos hecho muchos viajes con esas maletas, habíamos visto muchas partes del mundo. Mis manos se agarraron la una a la otra a mi espalda para impedirme alcanzar la camisa que tenía más cerca. No debía hacerlo, no debía ayudarlo a hacer aquello que me estaba matando.

Cuando deshiciera las maletas su ropa estaría arrugada. Sus camisas necesitarían un retoque de plancha. ¿Quién se lo haría? Y entonces caí en la cuenta: ya tenía a otra. No tenía por qué decírmelo. Me estremecí, podía sentirlo, el escalofrío de la pérdida, como una manta que me arrancaban del cuerpo. Pero ¿había ocurrido de repente, así sin más, el traspaso de su amor y su lealtad había cambiado sin avisar en un solo día? ¿O había habido una lenta recesión, momento a momento, un poco menos de amor para mí y un poco más para ella? Ahora sentía muy claramente su ausencia, pero no sabía identificar con exactitud el principio del fin. En un matrimonio, los años se confunden y se vuelven borrosos. Pensaba que el deterioro paulatino de la atención era normal, incluso funcional. No me planteé qué ocurriría si esa atención se concentraba a su vez en otra persona.

Estaba, por supuesto, la disminución de nuestra vida sexual, la carencia más obvia y palpable que cabía señalar. Aunque de vez en cuando resultara decepcionante, no había querido mortificarme por eso ni hacerle demasiado caso, por miedo a ahuyentarlo aún más hasta el fondo de su agujero. Y, claro, no era poco habitual que después de esos tropiezos una pareja empezara a sentir vergüenza ante la idea del afecto físico.

Una vez mi marido me dijo que lo único que quería era que nos besáramos y estuviéramos desnudos juntos.

La idea me había hecho sentir incómoda. No lo entendía. «¿Sin sexo?»

Él me había respondido que, claro, podría acabar en sexo, pero no había por qué tenerlo todo planeado.

Aquellas conversaciones solían irritarme. Sentía que no tenían sentido. Ahora, al recordarlas, la sensación era más bien de resentimiento. Imaginemos que yo, la esposa, le hubiera dicho a mi marido que podíamos estar desnudos juntos, pero que no estaba

segura de que la cosa acabaría en sexo. Habría recibido insultos, burlas, se me habría dicho que era inaceptable negarle el sexo a mi marido, un hombre que trabajaba tanto y que se preocupaba por su familia.

Cerró la cremallera de la maleta y me eché a llorar. Me dio unos golpecitos en el hombro y me dijo que todo iría bien.

Respondí que podía irse a tomar por culo. Él respiró hondo y salió del dormitorio, anunciándome por encima del hombro que hablaría con las niñas.

Cuando bajé las escaleras, me lo encontré en la puerta, abrazando a nuestras hijas. No parecían especialmente tristes, ni preocupadas, y empecé a preguntarme qué les habría dicho. Sabía que era un pusilánime, que odiaba la confrontación. La mayor me vio y corrió hasta mí, y desde mis brazos se dio la vuelta para mirar a su padre. Él levantó las cejas hacia ella y ella le dirigió un pequeño gesto de aprobación con el pulgar antes de que él se marchara.

Miré a los ojos a mi hija pequeña para adivinar cuánto sabía. En su expresión no había ningún miedo, ninguna conciencia de que su vida estaba a punto de cambiar para siempre. Mi marido había delegado la responsabilidad en ella, tanto si la entendía como si no. *Cuida a tu madre por mí*. Por supuesto que eso era lo que hacían las chicas. Se quedaban con los padres. Los cuidaban cuando tenían problemas. Había sido igual en mi familia.

La pequeña culebreó entre mis piernas, me preguntó si pasaba algo. Bajé la vista hacia ella, aquella colección de rasgos compartidos: sus ojos, dos huevos brillantes como los de mi hermana; su boca, una línea sin labios como la de mi madre. Me quedé en silencio mientras calculaba qué decir y, al final, respondí: «Nada». Pero en el vacío de mi pausa, vi cómo sus miedos la asaltaban. Comprendió lo que inherentemente todos los niños parecían comprender, lo que más o menos a su edad yo también debía de haber deducido, que el silencio de un padre o una madre significa más que sus palabras.

Olvidamos rápidamente cómo vivíamos antes. En el periodo posterior a la catástrofe, el tiempo se volvió inexplicable. Me

quedaba sentada con la vista fija en la misma pared, con miedo a salir. En el cielo no había luna. No quedaba ningún andamio y empecé a caer en picado.

Mi cuerpo comenzó a fallar. Desarrollé un continuo dolor de cabeza y la visión de mi ojo izquierdo se volvió borrosa. Me noté un bulto en la garganta al tragar. Me agarraba el cuello con la mano e intentaba palpar el interior de mi cuerpo, probando cuánto podía apretar sin ahogarme.

Cuando fui al médico, la doctora me sugirió hacerme una endoscopia. Imaginé que me darían arcadas cuando el tubo largo y negro me bajara por la garganta, pero en vez de eso me pulverizó un anestésico en la nariz y lo introdujo por ese orificio. No encontró el tumor que yo estaba segura de tener, pero se fijó en que tenía la garganta roja y en carne viva.

—Una alergia —indicó—. Goteo posnasal.

Le dije que había pasado una temporada con mucho estrés.

Me contestó que en las zonas residenciales la gente solía atribuírselo todo al estrés.

—Mi marido me ha dejado —confesé, y me eché a llorar.

Me dio lo que yo pensaba que era un pañuelo de papel pero en realidad era un paquete de gasas. Quise saber qué pensaba ella. En qué había fallado yo, le pregunté, y luego le ofrecí mis propias respuestas. Podría haber hecho más, haber sido más. Todos los días había tenido la oportunidad y todos los días había elegido el mínimo indispensable, la salida fácil, lo suficiente para ir tirando. Debía de haber otra persona a la que quisiera más que a mí, alguien que podía borrarme, ¿no sonaba todo a algo así? Si la había, ¿cómo es que no me había enterado, si vivía con mi marido, si compartía su cama? El hombre con quien hace trece años me casé no era ese tipo de persona, voluble, infiel, inmoral. Este nuevo marido era la peor clase de chiste; se había convertido en la clase de persona de la que nos habríamos burlado juntos. Y, a través de él, ahora yo también estaba implicada: mi vida no era más que un chiste.

Yo no sabía quién era sin él. Sentía que había partes de mí que ya estaban pudriéndose. Le conté que después de que él se marchara, me había pasado la tarde llorando en la ducha. El vapor

del cuarto de baño tapaba el espejo, pero cuando me miraba a mí misma oía una voz que provenía del reflejo empañado.

—¿Y sabe lo que me decía?

—¿Qué? —preguntó la médica.

—«Ya no tienes que seguir siendo una prostituta.»

Cambió de postura, cruzó los brazos.

—¿Y eso qué significa?

—No tengo ni idea.

En casa, me tomé los esteroides que me había recetado, y al día siguiente me quedé en la cama, olvidándome de que las niñas tenían colegio, de que debía ayudarlas a arreglarse, prepararles el almuerzo, llenarles la cantimplora. A su padre no parecía importarle, así que ¿por qué debía importarme a mí?

A media mañana las niñas entraron en mi habitación, confundidas, pero fingiendo estar contentas. La pequeña, sobre todo, era muy buena actriz, y animaba a su hermana a participar. Me preguntó si necesitaba algo. Respondí que quería estar sola y no me hizo caso, se subió a la cama y se apoyó en mi brazo de tal forma que me cortaba la circulación. Estuve a punto de quejarme, pero me fijé en que aquel hormigueo doloroso era útil, algo distinto en lo que concentrarme.

Por la noche, la mayor se vino con nosotras.

—¿Cuándo vuelve papá?

—No lo sé.

—A lo mejor es buena idea que me compréis un móvil —dijo—. Así podría enviarle fotos de lo que hago.

Casi me eché a reír. Llevaba un año suplicándonos un teléfono, insistiendo en que era la única de sus amigas que no tenía redes sociales. Cuando la advertí de que no le compraríamos uno, me dijo que era mala, horrible, que yo solita le estaba destrozando la vida. Y ahora ahí estaba, sacándole partido a aquello para salirse con la suya. Qué listos eran los niños. ¿Por qué creíamos que estaban indefensos? Unos despiadados oportunistas, hechos para sobrevivir.

En sueños, las dos niñas me buscaban, se me pegaban, sus poros eran ventosas microscópicas, su piel, cálida y húmeda, sus manos, pegajosas. Me pasé la noche sudando, sintiendo la humedad

acumularse en el nacimiento de mi pelo y en la almohada. Levanté los brazos para oler mi propio hedor. Pero a ellas no parecía importarles, se me acercaban más, se acurrucaban en cualquier curva que las admitiera. Y yo siempre las había admitido. Nunca había una línea que no pudieran cruzar. Con su padre, su tiempo, su trabajo, sus *hobbies* eran sacrosantos, pero yo había renunciado a todo eso cuando ellas llegaron. Cuando por fin me quedé dormida, soñé que mi marido venía hacia mí. Me tendía la mano, y en ella vi un anillo de oro. Lo miré a él, llena de alegría. Me abrazó y me dijo que el divorcio sería más sagrado que el matrimonio.

—¿Estás bien, mamá? —me preguntó la pequeña.

La miré y me di cuenta de que yo estaba de pie, petrificada, entre el salón y la cocina. Sonriendo y asintiendo levemente con la cabeza, seguí caminando hacia el frigorífico. Escondiéndome detrás de la puerta, clavé la mirada en el frío, en las sobras, en los tres huevos que quedaban en el cartón que había comprado la semana anterior.

Sonó el timbre. Era un empleado de la empresa de jardinería que venía a comprobar el estado del jardín. Era la primera vez que lo veía. Debía de ser nuevo. Le señalé el corro de brujas que llevaba creciendo varias semanas, una plaga, y le pregunté cómo podía solucionarse. Nuestra hierba no estaba respondiendo a los fertilizantes sintéticos.

El jardinero tenía varias teorías. Todas implicaban enfermedades. Manchas marrones, distintos hongos, varios tipos de plaga. No sabía diagnosticar el problema exacto, daba la impresión de que los teníamos todos.

Me preguntó por los excrementos de perro que había en el jardín.

—No tenemos perro.

Dijo que había detectado un repunte de problemas en el césped expuesto a grandes cantidades de orina canina.

No tenemos ninguna mascota. De hecho, somos jainistas. Los jainistas no viven con mascotas. Dudé que fuera cierto mientras lo decía, pero mi padre lo repetía a menudo cuando visitábamos a

parientes que tenían animales en casa.

El hombre, que llevaba una gorra con la visera hacia atrás y exhibía una constelación de acné leve en las mejillas, no sabía de qué le hablaba. Ni tenía ninguna curiosidad. Igual que a mi marido, no le interesaba hacer de aquello algo personal.

—En fin, señora —dijo—, tendremos que fumigar.

Le recordé que tenía dos hijas pequeñas, de siete y diez años, a las que les gustaba corretear descalzas, que después de pasarse el día encerradas en el colegio, con los zapatos puestos, necesitaban sentir la tierra bajo sus pies.

Se encogió de hombros y contestó una llamada de teléfono que yo ni siquiera había oído que sonara. Mientras se apartaba, merodeó por el extremo del jardín.

El vecindario se había convertido en un bosque de malla. Todos los árboles estaban tapados y el fresco verdor primaveral se había tornado gris. Las cigarras llegarían pronto, lo notaba, el suelo empezaba a temblar: el encuentro de aquellas dos generaciones era similar a la conjunción de dos planetas, era algo más raro que el hecho de que Urano y Neptuno se pusieran en conjunción en el cielo.

—¿Están regando de más? —preguntó el hombre al regresar—. Sus árboles están amarillentos.

—Regar es asunto suyo, no mío. El césped del vecino está perfecto —comenté, sin apartar la vista de sus árboles—. Me pregunto qué empresa se lo cuida.

Puso mala cara y miró hacia otra parte. Ninguno de los dos estábamos dispuestos a cargar con la culpa.

Di unos cuantos pasos hacia la casa de al lado, resuelta a obligarlo a mirar, pero me detuve en seco al ver a mi vecina. Examinaba un arriate recién plantado de tulipanes y narcisos chillones y no se percató de mi presencia. Llevaba guantes, pero se los quitó para sacar una mala hierba bien arraigada. Al sol y sin sombrero, tenía las manos salpicadas de barro, los brazos y el pecho llenos de pecas tan numerosas que podían dar lugar a lunares cancerosos. Los pantalones cortos le llegaban a la mitad del muslo, dejando al descubierto unas varices azules que le corrían por las

piernas.

Pasé la tarde tumbada en el lado de la cama de mi marido, llorando. El colchón se hundía ligeramente en ese lado, y sentí que me acunaba. Mi marido le habría explicado el problema al jardinero, le habría comunicado lo que iba mal. Sin embargo, ahora el jardín seguiría siendo un desastre seco y marchito. Intenté imaginar dónde estaba, la habitación en la que se hospedaba, los jabones del baño del hotel. Pero qué estaba diciendo, estaría con la mujer con la que se estaba viendo, no en un hotel. Repasé a unas cuantas conocidas de las que él podría haberse enamorado. Algunas serían para mí una afrenta, una humillación. Otras, aunque me doliera, podía imaginármelas para él. ¿Me dejaría yo a mí misma por ella?, me preguntaba de cada una. Empecé a hacer una lista. Aquella maestra mona del colegio. Sí, era un encanto, sin duda mucho más guapa que yo. Su jefa del trabajo. Una vez, en la fiesta de Navidad, me contó que le encantaba hacer ejercicio.

Cuando Parvati le preguntó a su marido, Shiva, a quién pertenecían las calaveras de su mala, él le contestó que todas eran de ella, de cada una de sus reencarnaciones anteriores. Él había sido su compañero durante 108 vidas.

Las niñas me llamaron a gritos. Llevaban un rato llamándome.

Siempre querían algo. Después de obligarme a salir de la cama, bajé arrastrándome a la cocina. El suelo estaba cubierto de mugre y el frigorífico estaba completamente vacío. Parecía enorme, como si yo cupiera dentro. Lo cerré de un portazo y me derrumbé apoyada en él; mis ojos se desplazaron hacia la cristalera, hacia el jardín al otro lado. El vidrio seguía manchado de huellas de labios a la altura de un niño. Alguien debía limpiarlas.

La mayor me golpeó con los nudillos en la frente y preguntó si había alguien ahí dentro.

La miré como si lo hiciera por primera vez y me disculpé, y acto seguido, como si me contestara a mí misma, dije: «No pasa nada».

Si la maternidad me había enseñado a soportar algo, era a decepcionar a los demás. Les dije a las niñas que últimamente no había estado muy fina. Hicieron una broma, algo como que su madre había perdido la cabeza, si es que alguna vez había estado en

sus cabales. Enumeraron todos mis grandes fracasos, mis defectos más memorables.

Pero yo ya no tenía la armadura necesaria para ser su madre. No me reí cuando tocaba, sino que me eché a llorar. Los sollozos dieron paso al llanto desconsolado, como el de un animal herido.

El alborozo desapareció de sus caras al ver que mi cuerpo hacía cosas poco familiares para ellas.

Un instante después tosí y me sequé los ojos.

—Podríamos pedir comida china —dije con voz ronca.

Seguían sin quitarme ojo, desubicadas, incapaces de asimilar la transgresión.

Me aclaré la garganta.

—¿Qué? ¿Qué miráis? ¿No tenéis hambre?

Empecé a leer la carta, pronunciando mal adrede los nombres de los platos, esperando a que las niñas me corrigieran. Mamá, siempre intentando distraernos. Cuando la pediatra se acercaba con una aguja, o el dentista con un torno. Mamá siempre era la bromista, la payasa. Poco a poco regresaron a la normalidad, un grito, una carcajada. Poco a poco sus cuerpos expulsaron todo recuerdo de mi angustia.

Después de que yo hiciera el pedido encendieron la tele, y yo salí al exterior. En el jardín, sentí cómo la piel se me tensaba por la brisa, cómo se me endurecían los pezones. Cruzando los brazos sobre el pecho, lancé una ojeada al jardín de los vecinos y me quedé de piedra. Habían añadido a su colección una nueva estatua que se alzaba sobre un pedestal de al menos metro y medio de alto y sobresalía por encima de las demás. Era monumental, tanto que quedaba ridícula en aquel jardín, delante de su casa. Me quedé de pie ante ella, en la sombra que proyectaba hasta mi jardín, parpadeando ante el sol que la amortajaba. Una abeja daba vueltas a mi alrededor y la espanté de un manotazo.

Era la estatua de un desnudo femenino, en equilibrio sobre una pierna, con el arco tensado y una flecha que apuntaba a mi casa.

Su cuerpo era de un blanco reluciente salvo en unos cuantos puntos donde una pátina amoratada oscurecía la superficie. Di varios pasos adelante hasta el otro lado del seto. Las moscas posadas

sobre ella se sobresaltaron y cambiaron de sitio cuando fui a tocarla con la mano.

Al cabo de un rato, cuando llegó la comida, el repartidor me tendió el datáfono, pero me rechazaron la tarjeta.

Probé con otra, pero tampoco funcionó, así que rebusqué en el bolso para pagar en efectivo.

4

Sama se plantó en la puerta. Traté de disimular mi consternación. Me notaba los dientes afelpados, llevaba días sin ducharme. Ella me sonreía con tirantez y se disculpaba por haber venido sin que nadie la invitase.

—¿Por qué no me has contestado a las llamadas? —dijo. Sus ojos se pasearon lentamente por la cocina hasta posarse en la mesa de centro delante de la tele, hasta arriba de platos sucios y otros desperdicios que no me había molestado en quitar.

Era un día de calor, y mis hijas estaban tumbadas bocabajo en la hierba, con las camisetas levantadas, dejando al aire el escaso vello de la zona lumbar. La estatua de la arquera desnuda las vigilaba. Los árboles formaban un bosque de malla gris por todo el vecindario, únicamente interrumpido por unas cuantas flores de cerezo, al final de su floración, que liberaban pétalos rosados en una alfombra sobre el suelo.

Sama se encaramó a un taburete de la isla de la cocina y, con su dedo y su uña pintada, señaló a las niñas en el jardín de delante.

—¿Qué hacen ahí?

Le expliqué que las niñas estaban buscando exoesqueletos de cigarras, pese a que ya les había dicho que era demasiado pronto para eso.

—Te pregunto por qué no están en el colegio.

Respiré hondo. Me había olvidado del colegio. Pero antes de que se me ocurriera una respuesta, rompí a llorar.

Sama me observó horrorizada mientras le soltaba toda la historia. Le conté que mi marido me había dejado, que se había

mudado, y no sabía qué iba a ser de mí. Mi vida estaba en caída libre.

—Me lo temía —susurró, y me rodeó con los brazos.

Seguí hablando, como si una puerta se abriera en mi interior, deseando hacerle comprender lo que había ocurrido. Confesé que antes de decirme que se marchaba él me había preguntado si estaba cansada. Yo había respondido que no, que no lo estaba.

—¿Te lo puedes creer? Imagina que hubiera dicho que sí, que estaba cansada.

Se me quedó mirando.

—¿A qué te refieres?

—A que ahí podría haber acabado todo. Le había dado vueltas en mi cabeza, una y otra vez. La conversación se habría detenido ahí, y puede que después de una noche de sueño reparador él lo hubiera visto todo con otros ojos. No habría vuelto a sacar el tema. Pero yo, al intuir su urgencia, le hice sitio para darle cabida. Un pequeño sacrificio, un acto reflejo natural en mí. Siempre era así, yo nunca pensaba en mí, nunca pensaba en cómo me sentía: lo anteponía a él en todo momento. Las relaciones solo podían apoyar a una persona entera a la vez. Para el otro miembro de la pareja, el matrimonio era un lecho de Procusto.

—Espero que no te haya hecho daño. Físico, quiero decir.

Negué con la cabeza. No me había tocado, ni para hacerme daño ni tampoco con amor. Y antes de irse, apenas había dicho esta boca es mía, como si ya hubiera puesto tierra de por medio. Aparte de unas cuantas discusiones que yo había instigado, para intentar que reaccionara de alguna forma, se las había arreglado para irse discretamente de la casa sin ningún alboroto. Casi educadamente. Quizá estuviera intentando parecer respetable, darle a su rival la oportunidad de recomponerse antes de asestar el golpe letal, como una pausa para el té durante un partido test de críquet. Como el ejército británico, corriendo para plantar su bandera en la Antártida, pero no sin antes asegurarse de que llevaban la plata suficiente para organizar una buena cena. Estaba intentando que Sama comprendiera lo extraño que era todo, que aquello no tenía nada que ver con el hombre que yo conocía y amaba, pero cuanto más

hablaba, más avanzaba dando tumbos hacia un lugar del que no había forma alguna de regresar. Con cada palabra, destrozaba nuestro matrimonio. Lo vi en la cara de Sama. Ni yo ni ella podíamos creer que alguna vez lo hubiera amado, o que ahora lo amase. Yo nos había convencido a ambas de que se había acabado, de que yo era idiota, de que había sido víctima de un estafador. Nada de lo que yo había vivido era real. ¿Qué sería de mí ahora?

—Todo el mundo se está divorciando —comentó entre dientes—. Todo el mundo anda perdido.

La miré. Eso era lo que los años nos hacían a todos. Cada decisión que tomábamos implicaba una limitación. Los sueños se nos escapaban de las manos como globos de helio. A él le habría dolido constatar que su vida era más bien corriente.

—¿Puedo decirte algo? —pregunté.

—Sí.

—A veces pienso que huelo a él. Mi costado derecho. Mi axila derecha. El lado que daba hacia él por las noches.

—¿Estás segura?

—Sí.

Se encogió de hombros.

—Supongo que es lógico. Llevaba más de una década eyaculando dentro de ti. Pero ¿solo el lado derecho?

Se quedó pensando un instante más, y luego negó con la cabeza.

—Lo siento —dijo—. Es horrible.

—¿Qué parte?

—La de que hueles a él, o la de que sigues oliéndolo por todas partes. Así debe de resultarte imposible parar de pensar en él.

Nos quedamos calladas un momento antes de que Sama añadiera que, dadas las circunstancias, tenía suerte: ella sospechaba que la inyección de ADN era lo que hacía que algunas mujeres se parecieran a sus maridos, y que yo por lo menos no tenía que soportar el dolor de entreverlo cada vez que me miraba al espejo. Sama estaba intentando ser positiva, ver el lado bueno de las cosas.

Yo tenía que confesar algo más, algo que jamás le había contado a nadie: siempre me había desagradado cómo olía mi

marido, incluso al principio, y era algo que con el tiempo se había vuelto más repugnante. Sama se quedó callada, y yo tuve que carraspear para empujarla a responder.

—No sé muy bien qué decir. Supongo que tienes que plantearte por qué te casaste con alguien cuyo olor te repugnaba. A lo mejor es algo en lo que debes seguir pensando. Cuando estés preparada. ¿Has estado escribiendo?

—No —contesté—. Bueno, no mucho.

Dio un sorbo al café instantáneo que le había preparado.

—Si miras atrás, ¿crees que lo sabías?

Sentí un calor en la piel.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que si hubo un momento concreto en el que empezaste a engañarte a ti misma.

—¿Estás sugiriendo que yo sabía que esto ocurriría?

—No, claro que no. Lo que quiero decir es que a lo mejor lo sabías, aunque no quisieras saberlo.

No respondí y al cabo de unos instantes le pedí que se fuera. Abrió la boca y miró por la ventana a las niñas, que estaban en el jardín. Dijo que lo sentía, lo sentía mucho, y reconoció que había sido un comentario desconsiderado.

—Sé que a veces digo lo que no toca cuando no toca —añadió, abrazándome.

—No pasa nada —susurré en su pelo.

—Lo mataría. Quiero matarlo.

No estaba segura de querer oírla decir aquello. Sabía que su rabia provenía de un amor profundo y duradero por mí y por las niñas, pero no estaba preparada para que otras personas hablasen mal de él. ¿Cómo podía explicar que, a pesar de mi ira, todavía me dolía? ¿Que oír cómo lo criticaban me hería de la peor manera posible? Me di cuenta de que ya había aireado demasiados detalles sobre la situación delante de Sama. Siempre había protegido a mi marido del mundo exterior, manteniendo en secreto sus defectos a toda costa. Nunca había podido soportar que otras personas lo examinaran. Era impensable, sostenerlo en lo alto y darle vueltas, para que otros hicieran comentarios sobre él. Pero ahora, en mi

desesperación, había olvidado la diferencia crucial entre lo que era público y lo que debía seguir siendo privado. Lo había traicionado.

Eso solo sería el principio. Otras personas también se apresurarían a juzgarlo, en cuanto lo supieran, sin importar que yo intentara encubrirlo o no. Y yo tampoco me iba a librar de aquel escrutinio. Al resto de mis heridas, tendría que añadir la humillación pública, que la gente se preguntara qué había salido mal en mi matrimonio, que especulara sobre la naturaleza de nuestra intimidad, que imaginara sus subidas y bajadas, que adivinara quién había sido infiel. A mí debía de pasarme algo, dirían, y, por supuesto, ¿quién no lo diría? ¿No había pensado yo lo mismo después de enterarme de historias como la mía? Probablemente llegarían a conclusiones que ni yo misma había sacado aún, yo, que estaba hundiéndome en medio de todo. O todavía peor, su mirada clínica, sus ojos perspicaces diciéndome que así eran las cosas. Las relaciones se rompían todo el tiempo.

Lo que no toca cuando no toca, aquellas habían sido las palabras de Sama. No se arrepentía de lo que había dicho, sino del momento que había elegido para hacerlo, en este delicado momento, en el que una palabra desacertada podría suponer la diferencia entre la vida y la muerte. Era sencillamente demasiado pronto para que yo oyera lo que para ella era algo obvio, y su única culpa real consistía en administrar una medicina para la que yo todavía no era lo bastante fuerte.

Me tensé entre sus brazos. Quería que aquella zorra saliera de mi casa, y así se lo hice saber.

Se puso a suplicarme de nuevo, pero yo solo respondí con hoscos monosílabos, hasta que las dos acabamos tan deshechas que ella no tuvo más remedio que levantarse y recoger sus cosas.

Salió de la casa y abrazó a las niñas. Luego, desde el coche, se despidió levantando la mano, con la cara muy seria. Yo me aparté de la ventana.

Arriba, en mi cuarto de baño, llené la bañera de agua. Llevaba años sin usarla, desde que las niñas eran pequeñas. Como hacía bastante tiempo que no se limpiaba, una película de polvo y partículas flotaba encima de la superficie. Ignoré la suciedad y me

sumergí en el agua cenagosa.

Cuando me acosté esa noche, tenía un mensaje de Sama. Me decía que yo le importaba más que ninguna otra persona en su vida, que lucharía por mí, que jamás me abandonaría. Y al día siguiente llegó como siempre, puntual para ir a hacer la compra. Me metí en el coche, a su lado, y me pasó unas gafas de sol, un par extra que guardaba en la guantera porque sabía que yo siempre salía de casa sin las mías.

—¿Lo has visto? —le pregunté, indicando con un gesto el jardín de los vecinos.

—¿El qué? —dijo ella, sacando el coche de la entrada.

—Esa estatua nueva. La alta.

—Ah —dijo ella—. ¿Es nueva? Tengo la impresión de que llevo años viéndola.

Después de que las niñas se marcharan al colegio, me puse a buscar como una posesa recetas de hechizos de amor, maleficios y rituales de unión. La autora de un sitio web particularmente útil se refería a sí misma como una bruja blanca. Los hechizos que mencionaba había que repetirlos durante un periodo de varios días o meses, pero las recetas eran relativamente sencillas y solo requerían ingredientes básicos presentes en cualquier cocina. Le propuse probarlas a Sama.

Había habido momentos en que mi marido me había acusado de ser una bruja, de querer controlarlo. Yo le decía que era algo ridículo. Me señaló la vez en que le pedí que no fuera a un viaje de chicos a Las Vegas y acabó perdiendo el vuelo, o cuando durante mi primer embarazo una noche le supliqué que no saliera con sus amigos y luego, después de hacerlo de todas formas, se encontró los neumáticos rajados en el aparcamiento.

Sama me respondió enseguida con un mensaje. Sabía muy bien dónde estaba en este viaje de dolor. Después de la rabia, los gritos y las lágrimas, la mujer de mediana edad abandonada se decantaba por una de las dos vías, la brujería o la cirugía plástica. Las dos eran un intento de salvar el edificio en ruinas de su vida. Me dijo que ella estaría a mi lado escogiera el camino que escogiera.

Las niñas lloraron al ver a su padre. Había venido a la casa el fin de semana para llevarse algunas de sus cosas. Me miró, con semblante acusador, como si yo las hubiera incitado a reaccionar así, como si ellas no tuvieran sus propios sentimientos respecto a lo que estaba ocurriendo. Me pregunté si no sentía ninguna responsabilidad frente a sus hijas o si, a sus ojos, ellas no fueran más que una extensión de su madre.

Los planes de mi marido eran incomprensibles para las niñas. Él les explicó que las quería, y que siempre tendrían un hogar con él, pero que durante una temporadita no lo verían tan a menudo como él deseaba. Era algo que lo mataba, pero así es como tenía que ser. Había probado todas las vías posibles. Tendrían que confiar en él. Los adultos sabían cosas que los niños no sabían. Tendrían que confiar en su padre.

Pero las niñas continuaron haciendo más preguntas y vi cómo la frustración se iba adueñando de él, cómo se daba cuenta de que ya nada sería del todo satisfactorio. Siempre habría complicaciones; su libertad, recién descubierta, corría peligro por las exigencias de su antigua vida. Apoyé los brazos sobre la isla de la cocina, observando cómo aquellas dos sombras con forma de niña desfiguraban la perpetua luz natural de su padre. Les dijo que estaba viviendo en un motel y ahora mismo no podían quedarse con él. A lo mejor más adelante podían pasar una noche a la semana con él, les compraría un colchón inflable, y luego un día tendrían sus propios dormitorios en su flamante casa.

Mi hija mayor rechinó los dientes y asintió. Vi su mandibulita moverse como lo hacía en sueños. La pequeña estaba llorosa. Abrazó a su padre y le preguntó si necesitaba ayuda para preparar sus cajas.

Solo los adultos que no recuerdan su propia infancia fantasean con el momento tan mágico que es. Para un niño, no es más que una larga antecámara encantada. Los niños tienen sentimientos, pero no palabras para nombrarlos. Saben que algo va mal aunque el mundo les diga que va bien. Es entonces cuando se miran a sí mismos, cuando empiezan a pensar en qué va mal dentro de ellos.

Mi marido abrió armarios y miró por encima los objetos antes de

decir que era la hora de marcharse de nuevo. Me imaginé que estas idas y venidas continuarían durante un tiempo, que cada vez se llevaría unas cuantas cosas, como si así todo fuera más fácil, como si no fuéramos a darnos cuenta. Parecía no conocer todas las cosas que tocaba, y me percaté de hasta qué punto la casa era mía, era yo quien decidía con qué nos quedábamos y de qué nos deshacíamos. Daba la impresión de que él escogía las cosas que menos me gustaban. Las copas de vino que yo nunca sacaba. Las tazas de café desconchadas de debajo del fregadero. Era su forma de salir de espaldas lentamente, con las manos en alto.

Me quedé fuera mientras él cargaba su coche y se iba, lo seguí con la mirada hasta que, inexplicablemente, eché a correr detrás de él, descalza. El límite de velocidad en nuestro vecindario era bajo, aunque nadie lo respetaba, pero él se veía obligado a frenar en los badenes. ¿Quién se creía que era para no dejar que las niñas se quedaran con él? ¿No dormía yo apretujada entre ellas? También él podía hacerlo, pasarse la noche sudando. ¿Y cómo se atrevía a no decirnos dónde estaba alojándose? ¿Y si había una emergencia? ¿No éramos nada para él? Yo corría todo lo rápido que podía, sintiendo los pulmones a punto de estallar, y entonces pisé algo afilado y solté un grito desquiciado. Dando saltitos por un momento, proseguí con mi persecución.

Pero entonces me quedé petrificada. Había llegado a una carretera de muchos carriles que iba a parar directamente a una autopista. ¿Qué camino había tomado? Fuera el que fuese, yo no podía seguir.

Me quedé allí, con la mirada fija en los coches que pasaban a toda prisa por mi lado, su sonido era como el de un río revuelto, y luego me di la vuelta y cojeé hasta casa.

Las niñas no apartaron la vista de la tele. No habían notado que me había ido. Sin mediar palabra, subí las escaleras para llenar la bañera. Mientras el agua me empapaba, me paré a pensar en la historia de Medea, hija de Eates, que mató a sus propios hijos para negarle a su Jasón, su esposo infiel, ningún heredero.

Más tarde me di cuenta de que mi marido se había llevado una copa de vino que me encantaba. Comprada durante un viaje al norte

de Italia que habíamos hecho antes de que nacieran las niñas, la copa era única en su especie, de color caramelo y una forma improbable, un cilindro alto estrechado por el centro. Tenía burbujas de aire atrapadas dentro, lo que le confería un aspecto húmedo y hacía que siempre pareciera llena. Las burbujas eran bonitas, pero hacían que la copa fuera frágil. El diseño era arriesgado, temerario. Uno de mis objetos favoritos, hechos para la fantasía más que para la vida, para un museo en vez de una casa.

Estaba enfadada, sentía que me habían arrebatado algo valioso, se había perdido otra cosa más que yo amaba y, aun así, no pude evitar conmoverme también. Escribí una descripción de la copa para no olvidarla, dibujé incluso un pequeño boceto. Me lo imaginé a él llevándosela a su nueva casa, colocándola en algún lugar donde pudiera verla todos los días. Tal vez le recordara a nosotros, y al viaje que hicimos cuando éramos más jóvenes.

Pero no encontré placer alguno en la escritura, tan solo un entumecimiento que me inundaba de arriba abajo. Menuda broma era aquella historia que nos contábamos a nosotros mismos, que el matrimonio implicaba estar a salvo. El matrimonio exigía un miedo terrible a las consecuencias. Y si uno de los dos miembros de una pareja dejaba de tener miedo, todo podía irse al traste en un abrir y cerrar de ojos.

Por la noche, batallé conmigo misma, pero finalmente le envié un mensaje preguntándole dónde estaba quedándose. Añadí que las niñas querían saberlo.

—A cinco minutos de casa —fue la respuesta.

—¿Andando?

—No.

Luego escribí que todavía había tiempo para reconsiderar todo aquello, que debíamos plantearnos el daño que la situación les estaba causando a las niñas.

Respondió que las niñas querían ver felices a sus padres.

—A las niñas —contesté— les importa una mierda que sus padres sean felices. Quieren sentirse seguras.

No respondió. No hubo ningún rechazo, ninguna discusión: él no tenía que demostrar nada. O tal vez su silencio demostraba aún más

su planteamiento, que nuestro matrimonio estaba más que acabado. Discutir sería una señal de que valoraba mi opinión. Ahora él solo la rodeaba de puntillas como si yo fuera una loca, una carga.

Al cabo de un rato envió otro mensaje. Nuestra hija le había mencionado que ya era lo bastante mayor para tener móvil.

Respondí que podía comprarle un teléfono cuando me muriera.

Me había arrebatado todo lo que yo creía indestructible. La forma en que me había comprometido con el mundo ya no tenía ningún sentido. Las niñas entraron en el cuarto, con el pijama puesto, y me pillaron hablando sola. No podían entender que estaba conociéndome a mí misma como alguien nuevo.

5

Imaginé que la pena sería un letargo, pero en realidad me proporcionó el mismo ardor que la pasión, e incluso algunos fogonazos de alegría. Había claridad en la angustia. Todo desaparecía. Sentía el dolor a flor de piel, no había dónde esconderlo, y en contacto con esa piel al aire, el mundo se me antojaba intenso y lleno de colorido.

Las chicas seguían durmiendo y yo estaba sentada junto a la ventana, contemplando el amanecer azul. Intenté disfrutar de él, pero no se correspondía con el tiempo que hacía en mi interior. El césped era lo único que hacía que me sintiera en casa, el óxido dorado de la hierba, que agonizaba sin pudor. Los cantos de los pájaros eran advertencias codificadas. El amor estaba disminuyendo, los riñones lo eliminaban, el cuerpo buscaba un nuevo equilibrio.

Intenté poner por escrito la conversación con mi marido la noche que me dijo que se había acabado, pero con el paso de los días mi memoria se difuminaba. Lo único que permanecía a flote era el intenso dolor, con independencia de su fuente primigenia. Cuando intenté recordar qué había hecho yo, cómo me había sentido, algo en mi interior me lo impidió. Mira a otra parte, decía, aquí no hay nada que ver.

Mi móvil se iluminó con una retahíla de mensajes. Era el grupo de chat de la familia de mi madre. Ella y las masis querían saber dónde estaba. Mamá se quejaba de que llevaba más de un mes sin ver a las niñas. Sus hermanas le respondieron una a una: que qué andaba yo haciendo, que no tenían noticias mías, todo con una puntuación agresiva.

Me entraron ganas de coger el teléfono y enviarles una foto de la casa, que se desmoronaba a mi alrededor, de mi cuerpo y mi pelo sin lavar. Quise gritarle a la pantalla que aquello era el final, que no saldría de aquella. Pero en vez de eso aparté el móvil con el dedo meñique.

¿Qué iba a decirles yo a ellas, a unas mujeres que llevaban más de treinta años casadas? No aceptarían que lo había perdido, dirían que no era posible, porque al fin y al cabo nuestra infelicidad era idéntica a la de todo el mundo y, de hecho, parecíamos más felices que la mayoría.

Antes de irse al colegio, mi hija mayor entró en el cuarto y cerró la puerta. Se sentó en el filo de la cama, y noté que esa mañana parecía mayor, como si hubiera madurado en sueños mientras dormía.

—Cuéntame qué está pasando —me pidió.

Me explicó que no quería tener esa conversación delante de la pequeña. En voz baja acordamos que había que proteger a su hermana de aquello a toda costa. Ya desde el principio, supe que aquel pacto pondría a mi hija mayor en peligro. Yo ya lo había visto antes. Siempre había sido madura, había nacido con la carga de la sabiduría, pero ahora iba camino de convertirse en la tercera persona de nuestro matrimonio. Le conté una serie de cosas que me había prometido a mí misma que nunca le revelaría, y vi cómo intentaba ser valiente.

Pero también me callé muchas cosas. Como que todavía esperaba que su padre y yo encontráramos la forma de hacer las paces, o que la última década había sido difícil, y que era verdad que tener hijos lo cambiaba todo. No mencioné que en realidad yo nunca había querido tener hijos, que había escrito sobre el hecho de no querer tener hijos. No le conté que, dentro de su madre, de aquella madre que la quería y no podía imaginar un mundo sin ella, todavía anidaba una mujer sin hijos.

No le conté que después de trece años de matrimonio todo podía aún derrumbarse como un castillo de naipes, o que lo único que la intimidad sacaba a la luz era que los demás son básicamente incognoscibles, y que la angosta habitación sin ventilar en que

consistía el matrimonio lo único que hacía era crear las condiciones para que nos diéramos cuenta de que estábamos solos, siempre solos.

Me pidió ver nuestros álbumes de boda. Nunca había mostrado interés en ellos, y la complací, fui a buscar la caja al fondo del armario que en su momento compartía con su padre, un armario que ahora estaba medio vacío.

En las fotografías, la madre de mi marido iba vestida con un sari Baranasi. Sonreía con elegancia a la cámara, fingiendo no ver la cigarra que tenía delante, sobre el mantel de brocado. Con las alas erguidas. Debía de estar cantando. Mi hija admiró el bello rostro de su abuela, a quien nunca había visto en persona, solo en el retrato que habíamos colgado en el pasillo, junto al de su marido, ambos engalanados con guirnaldas de flores secas. Yo también la había admirado. Su buen gusto, y su capacidad de ignorar el malestar.

Al día siguiente, mi marido se presentó para llevarse a cenar a las niñas. Había venido corriendo a recogerlas desde su nuevo domicilio, e iba con el torso desnudo. El día era caluroso, pero no tanto como para ir descamisado. Se notaba que había empezado a hacer ejercicio. Puede que quisiera que yo lo viera, que lo admirara. La esperanza se coló a toda prisa, pero yo la ahuyenté. La forma de su cuerpo parecía distinta, más musculosa. Siempre fue flaco, bajito y menudo, y en los últimos años le había salido barriga, pero hoy parecía más pequeña. Solo había pasado un mes, pero él ya estaba cambiando. Mientras esperaba a las niñas, se agachó e hizo una tanda de flexiones.

Cuando mi hija mayor vio a su padre, gruñó y murmuró palabras despiadadas. Como allí no solía darle el sol, tenía el torso menos moreno que la cara, y marcas de antiguos granos en la espalda.

El mal humor de mi hija era inconfundible. Estaba resentida con su padre de un modo que nunca había imaginado. Despreciar a tus padres por su edad, por sus actitudes estrictas y retrógradas, era algo con lo que contaba, algo de lo que todos sus amigos hablaban. Pero toparse con que, justo cuando ella estaba a las puertas de su propio despertar sexual, su padre había retrocedido hasta comportarse como un adolescente le resultaba repugnante. Cruzarse

con él en ese territorio era una traición a lo que él le había prometido: que en su casa ella siempre estaría a salvo.

Vi en su mirada que yo no era la verdadera víctima. Era ella quien tendría que cargar con el peso de aquello. Odiaba mi cara compungida, mi patética apatía. Cuando intenté tocarla, dio un paso atrás. Yo era cómplice, y lo sabía, en mi despreciable derrota. Un padre siempre le rompe el corazón a su hija porque, inevitablemente, en los negligentes tumbos que da la vida, se lo rompe a su madre.

Deseé ser fuerte por las niñas.

Aunque al verlas ir al encuentro de su padre desde la ventana de la cocina, me sentí distante, como si estuviera viendo una película. Y cuando él le tocó el hombro y ella rehuyó su mano con un gesto de desdén, primero solté una carcajada, y después reí con socarronería: algo parecido al placer brotó en mi interior, para luego esfumarse de nuevo. Jamás podría haberlo dicho en voz alta, pero me alegraba ver que no iba a sufrir sola. Me consolaba el hecho de que aquello nos destruiría a todos.

Algo había cambiado de un modo irreparable después de que naciera mi hija mayor. El médico le ofreció a mi marido un par de tijeras y lo llamó papá. Durante el parto él se había mostrado atento y cariñoso, pero después se quedó en un rincón de la habitación como si quisiera que se lo tragara la tierra.

Más adelante me había reconocido que se había sentido mal por estar allí, como si hubiera presenciado algo que no debía. Se sintió raro al darle su apellido al bebé cuando había vivido toda su vida dentro de mí. En ese momento se había dado cuenta de que era un intruso. Le habían asegurado que implicarse en el parto lo ayudaría a crear vínculos con el bebé. Y conmigo, su mujer. Se sentiría útil. Pero él estaba convencido de que era mentira. Cuanto más se acercaba, menos creía saber.

En aquel momento no tuve tiempo para reflexionar sobre aquello. No podía parar de temblar. La médico nos había dicho que era normal, que mi cuerpo estaba liberando todo el estrés del parto, seguro que yo había visto a animales hacerlo. Recuerdo bajar la vista al bebé, agarrarlo fuerte contra el pecho, su pelo negro y

húmedo. Era evidente que me había sentido como un animal. Lo que mi cuerpo había hecho, los sonidos que había emitido, en la civilización no había lugar para aquello. ¿Era eso lo que mi marido había presenciado y más tarde había deseado no haber visto nunca? Aquella criatura, la que yo seguía siendo. Era mi cuerpo, la forma en que se había abierto por las costuras, derramando líquido a chorros. Los huesos de mis tobillos, antes delicados, desapareciendo dentro de la carne acuosa, la piel estirada, mis oscuras axilas descoloridas.

Las niñas se marcharon con su padre y yo me quedé sentada, sola en la casa. Esperaba que el peso de las últimas semanas me aplastara, pero la sensación no llegó. Me sentí sorprendentemente en calma, ingrávida, al saber que en las siguientes dos horas no debía rendir cuentas a nadie.

Sonó el teléfono. Era mi madre.

—¿Dónde estás? —preguntó. Se oía el ruido de la aspiradora, proveniente de otra habitación—. ¿Dónde están mis chiquitinas? Nos tienes olvidados.

Le dije que habían salido un rato con su padre.

Dio un largo sorbo al té. Mi madre bebía un montón de té, por la mañana iba dejando sus tazas por las distintas habitaciones, para luego recuperarlas durante la tarde y recalentarlas en el microondas, atenta a no desperdiciar ni una gota.

—¿Qué le ha pasado a tu pelo? —preguntó.

Me lo recogí detrás de las orejas y le pregunté cómo andaba.

—Ay, como siempre. Las rodillas siguen dándome problemas. Y la ciática. El lunes tengo médico.

Mi madre siempre estaba de médicos, haciéndose pruebas y revisiones, y aun así nunca le diagnosticaban nada, nunca le solucionaban nada. Sujetaba el teléfono en el aire, con los ojos puestos en la tele, y me preguntó si tenía novedades.

Mencioné los problemas en el jardín, lo que había oído sobre las cigarras, y algo en el periódico acerca del aumento de casos de la enfermedad de Lyme en nuestro condado. Ella asentía mientras yo hablaba, pero no me miraba, y de fondo se oía cómo subía el volumen del programa de televisión que estaba viendo. Al cabo de un rato me limité a quedarme callada, esperando a que se diera

cuenta, a que su atención dividida regresara.

—¿Qué planes tienes este verano para las niñas? —preguntó.

Le conté que iba a apuntarlas a un campamento de natación.

—Ay, no. Un campamento de natación, no, por favor.

Las niñas iban a aprender a nadar, dije. No solo eso, iban a ser grandes nadadoras, no como su madre, que cuando iba a la playa solo era capaz de chapotear en la orilla.

—Es peligrosísimo —comentó.

Le dije que no quería hablar más del tema, que ya estaba decidido, y le pregunté cómo iban las cosas por allí.

—Por fin nos van a arreglar la cocina —dijo, con voz alegre.

Mi madre le tenía pánico a ensuciar demasiado cuando cocinaba, a que el masala y la grasa le mancharan los fogones, y hace tiempo se inventó un sistema para tapar con hojas de periódico los quemadores que no usaba. Mi hermana y yo le habíamos suplicado que no lo hiciera, pero ella se negó a escuchar y durante muchos años no pasó nada y nosotras nos olvidamos, nos acostumbramos a convivir con el peligro diario en la casa, hasta que un día se alejó de los fogones para ver algo en la tele y el periódico prendió fuego. Por suerte, los daños se limitaron a una única pared y la encimera.

—Entonces, ¿cuándo os vemos? —preguntó—. Las masis también quieren saberlo.

—Pronto. Muy pronto.

Después de colgar, me tumbé en la cama y me quedé dormida antes de que las niñas volvieran a casa, soñé que mi marido me enseñaba a conducir, pero en mitad de la lección abría la puerta del coche y me dejaba plantada en un semáforo. Yo intentaba pegarme a la acera y parar, pero no notaba los pedales bajo los pies.

Era un mal augurio que en mitad de la temporada de Tauro mi césped hubiera quedado reducido a un rastrojo marrón. La hierba pinchaba y era enana. Me recordaba al cuerpo de mi marido cuando el vello que se recortaba le crecía de nuevo. A las niñas no les importaba y se despatarraban dando tumbos sobre ella, entre risas. Me froté la cara con las manos y me apreté la cabeza por el dolor.

Quería gritar, gritarles por la ventana abierta a las niñas. Parecía que ya se habían olvidado de que su padre se había ido. Se había ido de casa y había dejado dentro a su madre muerta. Casi me arrepentí de cuánto me había esforzado por protegerlas, por amortiguar el golpe, por crear distracciones.

El día después de ver a su padre me habían abordado a la vez. La mayor había tomado la iniciativa y me había preguntado qué iba a ocurrir ahora, rodeando con el brazo a la pequeña. Tan solo unos días antes habíamos pactado que protegeríamos de la verdad a su hermana, pero daba la impresión de que habían forjado nuevas lealtades y que iba a verme obligada a responder por mí misma. Casi me había tapado la cara de la vergüenza. No solo había sido incapaz de protegerlas de aquello, sino que también había fallado a la hora de prepararlas, francamente, para lo que se nos venía encima.

Saltaba a la vista que había recurrido a la mentira. Sonriendo, casi convenciéndome a mí misma, les había dicho que nada cambiaría demasiado, aunque tendrían que aprenderse de memoria la nueva dirección de su padre. ¿Podían hacerlo? Asintieron, aceptando el desafío, y las abracé, insinuando que sus amigos del colegio las envidiarían porque ahora ellas tendrían dos casas en vez de una.

Qué fácil era distraerlas con pocas palabras y un gesto de amor. Las observé ahora, jugando en el jardín, asombradas con algún tesoro que habían encontrado, y abrí la puerta principal para llamarlas y que entraran. La vecina estaba otra vez allí afuera. Ella también me vio y levantó el brazo para saludarme. Me envolví el jersey alrededor del pecho y salí. La estatua de la mujer con el arco y la flecha lanzaba destellos al sol. Parecía más alta que antes, como si el pedestal estuviera creciendo desde la tierra.

Mi hija pequeña me dio una palmadita en el brazo, con su sonrisa mellada.

—Hemos encontrado una ninfa —me anunció, poniéndome un insecto delante de las narices.

Pegué un chillido y le aparté la mano.

—¡Una cucaracha!

—No —insistió, poniendo los ojos en blanco—. Es una cigarra.

—¿Estás loca? —grité—. ¡Eso no es una cigarra, so tonta!

Mi enfado la sobresaltó, pero se mantuvo en sus trece. Con impaciencia, busqué en el móvil una imagen de una cucaracha y la obligué a verla; luego soltó el insecto en mitad del jardín y chilló, corriendo dentro para lavarse las manos.

Cuando volvió, les grité a las dos que la próxima vez no me llevaran la contraria, que yo había visto todas las superficies de la cocina de casa de mis abuelos cubiertas de cucarachas, cucarachas negras y marrones que brillaban de madrugada, había abierto cajones y descubierto familias enteras reunidas en cucharones. Y también había visto cigarras, oído su canto chirriante, evitado caminar bajo los árboles los mejores meses de principios de verano, las había sentido en mis piernas desnudas. Les ordené que no me discutieran porque yo había visto el mundo, había vivido, y sabía cómo mantenernos a salvo.

—Buenos días —saludó la vecina.

Me di la vuelta, sonriendo con la boca cerrada. Me había olvidado de que estaba allí.

—Acabo de hacer bizcocho de plátano —añadió—. ¿Les apetece un poco a tus niñas?

Antes de que pudiera responder, las niñas asintieron, con el rostro iluminado, casi desesperadas, y me pregunté si les había estado dando de comer lo suficiente.

—Ah. —Sonrió, y desapareció dentro de su casa, para luego salir con platos desechables y generosas porciones de aquel pastel reluciente.

Las niñas agarraron los platos y empezaron a engullir a dos carrillos, y yo me acerqué un poco más a ella.

—Gracias —le dije, con la esperanza de que no me oliera el aliento.

—He visto a tu marido con cajas —susurró.

Apreté los labios.

—Oh.

—En fin, si puedo ayudar con algo...

Di un paso atrás, de repente era incapaz de mirarla, y mis ojos fueron a posarse en la estatua. Carraspeé.

—Qué bonita es la nueva.

La vecina siguió mi mirada.

—¿Cuál nueva?

—Diana. Es preciosa.

—Ah, sí, sí que lo es.

—De hecho, yo he visto la original. En el museo.

—Guau, fantástico. Pero esta no es nueva —replicó arrugando la frente.

—Ah. Bueno, ¿qué tendrá, un mes? Pero sigue siendo nueva, ¿no?

La vecina me miró con atención, ladeó la cara.

—Lleva ahí desde que nos mudamos.

Parpadeé sorprendida.

—Vaya. Bueno, imagino que no la he visto, en medio de todas las demás. Ahora llama más la atención. Con el pedestal nuevo.

La vecina sonrió incómoda.

—Ya, bueno, en realidad el pedestal tampoco es nuevo. Siempre ha estado encima de él.

Me volví hacia la estatua, y de nuevo hacia la vecina. ¿Me estaba tomando el pelo? ¿Era una broma?

—¿Estás bien, querida? —preguntó.

—Hmm, sí. Supongo que no soy muy observadora —musité, tratando de sonreír.

Me pasé la tarde revisando fotos antiguas y, cuando las niñas me dijeron que tenían hambre, les sugerí que metieran unos nachos con queso rallado en el microondas. Mientras tanto, yo buscaba todas las fotos que había hecho en nuestro jardín. De las niñas jugando con sus amigos después del colegio, o esperando el autobús escolar, de los cuatro por Diwali. Había algunas mías con Sama, y muchas de Halloween con niños del vecindario disfrazados, preparados para hacer truco o trato. Tenía vídeos de la mayor enseñando a la pequeña a hacer la rueda. Había incluso un retrato de mi marido, posando delante de su flamante coche en el carril de entrada.

Y en todas las fotografías, allí estaba ella. Diana, en segundo plano. Algunas eran imágenes parciales en las que solo se le veía el

pie o la parte inferior del pedestal, pero en otras era visible todo su cuerpo, sus pechos redondos, sus brazos extendidos, apuntando directamente a mí.

6

A Sama se le escapó un grito de asombro al ver el frigorífico vacío, el estado general de la casa. La basura olía a podrido. Me ayudó a sacarla.

—Tienes que comer —comentó, mirándome de arriba abajo—. Te estás quedando en los huesos.

Casi sonreí. Por el modo en que la gente hablaba de quedarse en los huesos, como si fuera tan fácil.

—¿Se lo has contado a tus padres? —me preguntó.

—Todavía no.

No sabía cómo contárselo. El día antes había llamado a la hermana de mi marido. Se había quedado hecha polvo por la noticia. Le pregunté si creía que todo el mundo lo sabía ya; ella estaba convencida de que nadie se había enterado. Pero su círculo era pequeño, con todos sus amigos médicos indios, y todo el mundo estaba interconectado. Le señalé que era posible que sus amigos se hubieran enterado antes que ella, o incluso antes que yo. A eso no respondió nada.

—¿Te preocupa que tus padres se enteren por esa vía? —me preguntó Sama.

—No.

—Tienes razón, es imposible.

—Pero es probable que otra gente lo sepa —dije.

No era que yo pensara que mi vida fuera lo bastante importante para cotillear sobre ella, pero seguro que la gente que nos conocía sí lo pensaba. No tenía más que recordar lo que yo solía hacer cuando oía que otra gente atravesaba una mala racha en su matrimonio. Sí,

no cabía duda, la gente ya estaría cotilleando sobre nosotros cada vez que pudiera.

—No paro de pensar —dije cuando ya estábamos en el coche—. Mencionó la monogamia.

—¿Qué dijo?

Le conté que mi marido había dicho que la monogamia era antinatural y, como respuesta, ella puso los ojos en blanco.

—Me da asco.

—Pero ¿cuál crees que era el problema? ¿La monogamia o el matrimonio?

—¿Qué importa eso?

Pero sí que importaba, muchísimo. Puede que el matrimonio le hubiera resultado sostenible sin la cadena perpetua de solo poder follarse a una única persona. Puede que yo hubiera cometido un gran error, arruinado la vida de las niñas, por ser demasiado estricta, demasiado posesiva y anticuada. Había parejas casadas que tenían libertad para acostarse con otras personas. Puede que a nosotros nos hubiera funcionado.

¿Alguna vez me había llenado la monogamia? ¿Era tanto el placer que me daba mi marido como para que yo quisiera acostarme, exclusivamente, con él? Era cierto que yo no sabía ser de ninguna otra manera, pero también que no había intentado serlo. Rebusqué restos de deseo dentro de mi cuerpo. ¿Dónde estaba, cómo era? No podría haberle dicho a Sama qué forma, color ni olor tenía. Tal vez yo nunca lo había entendido. O, en todo caso, lo había definido por lo que no era. La vía negativa como el camino hacia el deseo. Y, por supuesto, al encomendarme exclusivamente a él como única fuente de placer sexual, le había otorgado el poder exclusivo de rechazarme.

El problema era la monogamia, le dije a Sama. Sentaba las condiciones para el secretismo que rodeaba al sexo. Sin monogamia, no podía haber infidelidad. La monogamia era el prerrequisito para la infidelidad. Si la monogamia no hubiera sido una conclusión inevitable, una pieza necesaria del puzle, yo tal vez habría podido pensar en otras posibilidades para este matrimonio.

Bajo el pretexto de la monogamia, durante todo nuestro

matrimonio yo había mantenido relaciones sexuales sin protección.

Si él podía exigírmelo, era bajo ese pretexto.

Había tenido hijas con él bajo la bandera de un matrimonio monógamo.

Había accedido a casarme con él básicamente bajo la promesa de la monogamia.

De no haber sido por la monogamia, nada de esto habría ocurrido. Ni marido. Ni hijas. Yo sería libre.

Él podría haberse despendolado por ahí, haberlo hecho en secreto. Una parte de mí deseaba que así fuera. Habría sido más fácil no saber nada, seguir viviendo en Babia. Yo aceptaría el engaño para sentir alegría. Aunque no recordaba la última vez que realmente me había sentido alegre en mi matrimonio. Pero aceptaría la posibilidad. La posibilidad de una felicidad futura podría haberme alimentado toda una vida.

Costaba creer que él nos hubiera arruinado la vida, todo por un sexo hipotético. Todo por la fantasía de otra mujer, dije.

Pero Sama siguió callada, con los ojos tristes y concentrados en la carretera.

—Ay, claro. Me olvidaba —añadí—. No podría haber sido hipotético. No era ninguna fantasía.

Él habría querido asegurarse de que la monogamia era la raíz, y de que arrancarla mitigaría sus problemas. Debía de haber una persona esperándolo, preparada para él: alguien que lo alentara a acabar con aquello de una vez por todas. Nos había abandonado, pero antes de actuar se habría procurado su propio consuelo.

Paramos en el supermercado y saqué mis bolsas para la compra del maletero de Sama, donde siempre las dejaba para nuestro ritual semanal. Solo en raras ocasiones era mi marido quien me traía al supermercado.

Exploré los pasillos con detenimiento, sumida en la confusión y la apatía. No tenía un menú para la semana. Normalmente, le habría preguntado a él qué le apetecía. Hoy parecía que en la tienda no había nada que mereciera la pena comprar. ¿Qué quería yo comer cuando no había nadie más a quien alimentar? ¿Qué me gustaba a mí? ¿Y las cantidades? ¿Cuánto bastaría para preparar la comida de

una sola persona? Tal vez yo también podría alimentarme con la comida a base de fritos y carbohidratos que les hacía a las niñas. O podía cocinar un único plato cada semana, y comer lo mismo todos los días. Tal vez lo más lógico sería dejar de cocinar, vivir a base de cereales, como tantas veces pedían las niñas. O pan y queso, tomate picado con un poco de sal. Pescado ahumado en aceite. Me imaginé un bodegón con una hermosa mesa europea, con sus bandejas de fiambre y sus alimentos insípidos, la nueva estética de este hogar roto.

Miraba fijamente una caja de pomelos cuando una mano se posó en mi hombro.

Era Melissa, la mujer de un amigo de mi marido. Traté de sonreír y farfullar un saludo. Unas grandes gafas de sol ocultaban su semblante y dudé si ella estaría al tanto de lo ocurrido. Aunque claro, debía de saberlo, debía de haberse enterado antes que yo, puede que ya conociera a su nueva novia. Se me aceleró el corazón y me apoyé sobre el carrito. Se me pasó por la cabeza que ese día quizá descubriera algún dato nuevo, pero ¿quería enterarme? No estaba preparada para una confirmación.

—¿Cómo estás? ¿Y las pequeñas? —me preguntó.

Supe que lo sabía cuando no mencionó a mi marido. Casi sentí alivio por no tener que dar explicaciones, no tener que contar la historia en público, ni lidiar con el asombro de la otra persona, ni tener cuidado de no hablar demasiado, de neutralizarme. Evitar aquella complicada actuación era un pequeño consuelo.

Le pregunté por sus hijos y su madre enferma, y me contó que su madre estaba en remisión. Mientras me alejaba de ella, me felicité a mí misma porque no había habido contratiempos, por habérmelas arreglado para no llorar ni maldecirlo ni mencionar la disfunción eréctil, pero su mano en mi hombro me hizo volverme de nuevo. Se me acercó al oído, con sus labios húmedos y brillantes, casi rozándome el lado de la oreja, y su voz zumbó como una sola abeja.

—Nunca me gustó, ¿sabes?

No, no lo sabía, pensé. No encontré palabras para contestarle. Esa mujer me había engañado, puesto que siempre se había

mostrado amable y atenta cuando él hablaba.

Sonreí, y le di las gracias antes de que pudiera contenerme. Las aceptó con torpeza y echó a andar. Quedemos un día de estos, comentó volviendo un poco la cabeza, y dudé de que su intención fuera que yo la oyera.

Una sensación de calor se propagó por mi cuerpo. Me alegraba profundamente saber que él no era del agrado de alguien.

Pero ¿qué había visto ella que a mí se me había escapado? ¿Qué era lo desagradable en él?

¿Y por qué aquella necesidad de fingir? Todas aquellas cenas en su casa, abriendo una botella detrás de otra, los afectuosos abrazos al final de la noche, y los mensajes sin falta al día siguiente para fijar una nueva fecha en el calendario. Quizá lo que ella buscaba era decirle a su marido: «Mira todo lo que hago por ti. Odio a esa pareja, pero los aguanto porque él era tu compañero de trabajo. Aguanto a tus amigos insoportables».

Por otra parte, puede que su marido no tuviera ni idea de que a ella no le gustaba el mío. Respecto a eso, era posible que yo ahora supiera más que él.

Aunque era evidente que le contaría a su marido que nos habíamos visto. Me toqué el pelo enmarañado y pensé que ojalá me lo hubiera teñido en casa el día antes, cuando había tenido el tiempo.

Le diría que yo olía como si llevara días sin ducharme. Diría que apestaba tanto como mi marido, que había empezado a oler como él, como un mar de cigarras en descomposición bajo el caluroso sol veraniego. Me maldije a mí misma por no ducharme.

Ella compartiría esa información como un regalo conyugal, cual cuervo que rebusca objetos brillantes para llevárselos al humano al que ama.

Y era posible, totalmente posible, que también le hubiera pronunciado aquellas idénticas palabras a mi marido, que le hubiera tocado el brazo y, mirándolo a los ojos, con la voz llena de gravedad, le hubiera dicho: «Ella nunca me gustó».

No había nadie en quien pudiera confiar. Era culpa suya, suya y de nadie más. Al destruir la confianza entre nosotros, me había

arrebatado la capacidad de volver a tener fe en alguien. Otra cosa valiosa más de la que ahora debía prescindir. En el mundo e incluso en mi hogar, las personas serían para siempre unas desconocidas.

A partir de ahora, amaría a medias tintas. Amor con escotillas de salvamento, amor en dos casas separadas, amor como un secreto que podía negar. Amor condicional, sin confianza, una coraza disfrazada de amor.

Puede que mi marido tuviera razón desde el principio. Puede que no nos conociéramos ni el uno al otro ni a nosotros mismos. En el mismo instante en que lo pensé, me eché a temblar, me estremecí para liberarme de esas palabras. Me había infectado de sus ideas. Me había convertido en él.

Y, de todas formas, a quién le importaba el amor, cuando había tanta ropa que lavar, cuando había que doblarla todavía caliente de la secadora para reducir el tiempo de plancha. Si alguien me pidiera demostrar de algún modo cuánto lo quería, lo demostraría con el doblado infinito de ropa de cama, manteles, paños de cocina, alfombrillas, la roca que empujaba montaña arriba, el pájaro que me picoteaba el hígado. Cómo metía las manos en agua hirviendo y ni me inmutaba.

Sama esperaba cerca de la caja, le conté lo que había ocurrido.

—Esa mujer no va a llamarme —dije.

Los sociólogos teorizaban que el divorcio se contagiaba entre amigos. Si yo fuera ella, no me llamaría. Si yo fuera ella, me daría miedo. Sabía que me había convertido en una criatura aterradora. Una paria, una abominación.

Cuando fui a pagar mi compra y la de Sama, mi tarjeta no funcionó.

Miré a Sama. Tal vez mi marido no había pagado la factura. Ella fue a echar mano del bolso, pero la detuve y saqué una tarjeta de mi padre que él nunca había llegado a cancelar. Era negra, estaba hecha de un metal indestructible, forjada al fuego de un límite de crédito infinito.

De vuelta en el coche, Sama me entregó el dinero.

Lo cogí y lo embutí en mi cartera.

—No puedes seguir haciendo esto. ¿Lo has hablado ya con él?

Me hacía esa pregunta de vez en cuando, aunque la respuesta siempre era la misma.

—Todavía no.

—Pues creo que ya es hora. Mereces saber lo que está pasando, económicamente hablando. Y debes contar con tu propio dinero. Dile que te dé una cantidad fija para gastos domésticos todos los meses.

Miré por la ventana. Sabía que estaba siendo evasiva, incluso irritable, así que me erguí bien recta en el asiento.

Nos quedamos calladas unos instantes hasta que ella sacó el tema de nuevo.

—No entiendo por qué nunca funciona la tarjeta de crédito. ¿Es que no paga el mínimo cuando toca?

—No me preguntes a mí, sabes que no puedo contestarte. —Algo explotó en mi interior al pronunciar esas palabras. Ella lo sabía, estaba al tanto de mi situación. Él no me lo decía y yo no soportaba seguir preguntando. Cada vez que yo mencionaba que la tarjeta de crédito no funcionaba, él daba alguna respuesta vaga sobre cómo estaba solucionando el asunto.

Lo que sí le pedí ver fueron los movimientos de la tarjeta de crédito, los que se remontaban hasta el principio de nuestro matrimonio. Él respondió que qué falta me hacía, que era él quien ganaba el dinero y él quien pagaba las facturas. Según él, yo no tenía derecho a ver las facturas que no pagaba. Le pregunté si podríamos tener una cuenta conjunta en la que ingresar su salario. Él no lo consideró justo ni necesario. Él ganaba el dinero, ¿para qué hacía falta una cuenta conjunta? Las cuentas conjuntas eran para parejas que compartían los gastos domésticos... pero eso no era cierto en nuestro caso. Él ganaba el dinero y yo lo gastaba.

Comenté que lo que yo hacía en casa también era trabajo, una clase distinta de trabajo. Que parir hijos también era un trabajo.

Entonces me soltó que en realidad yo no daba ni golpe. Que hacía venir a una mujer de la limpieza y, antes de que las niñas fueran al colegio, a una niñera, e incluso a una cuidadora que las vigilaba por la noche cuando eran recién nacidas, para que yo pudiera dormir a pierna suelta. Se me concedían todos los lujos, añadió, para que yo no tuviera que mover un dedo, para que

pudiera concentrarme en mí misma, pero eso también implicaba que yo no tenía ningún derecho a reclamar lo que era suyo.

Me quedé atónita, trastornada por sus palabras, y le aseguré que no quería reclamar nada, solo saber. Él dijo que, si ese era el caso, solo tenía que preguntar... y él me lo diría. Empezó a anotar lo que gastaba cada día en una libreta que dejaba en la consola. Me sugirió hacer lo mismo. Yo me olvidé, claro... lo que provocó otra pelea. Me reprochó que yo quería que él revelara cosas, pero que yo no pretendía hacer lo mismo. Tuve que reírme al oír aquello, con una risa que dio paso a lágrimas de frustración por la absurdez de mi vida y mi matrimonio. No cabía ninguna posibilidad de que yo ocultara nada, puesto que él veía todos los pagos que yo hacía.

—¿Podemos centrarnos en el problema real? —dije, rechinando los dientes—. Hay algo en esos extractos de movimientos que no quieres que yo vea.

Puso cara de estupefacto, y luego de dolido. ¿Qué estaba insinuando? ¿Que él se inventaba los gastos que anotaba en el cuaderno?

Saltaba a la vista, le dije, tanto que casi daba vergüenza, como un niño que cambiaba una nota del boletín a mano. Lo informé de que se lo había contado todo a Sama y a ella le había parecido ridículo.

La pelea había mutado en silencio. Ya no se trataba de tarjetas de crédito o cuentas bancarias, sino de la acusación que yo acababa de lanzar. ¿Cómo me atrevía a hablar de él con Sama? Quería saber qué había dicho ella. ¿Creía yo que Sama se lo había contado a su madre? Hicieron falta semanas para que las cosas volvieran a la normalidad, para que el silencio diario y sus noches durmiendo en el sofá se acabaran.

Al darme cuenta de que preguntarle directamente no servía de nada, empecé a explorar la posibilidad de averiguarlo por mi cuenta. Llamé al número que aparecía en el reverso de la tarjeta de crédito, pero me dijeron que mi tarjeta era una adicional, que mi marido tenía razón, no podía reclamar ninguna información. Llamé de nuevo, haciéndome pasar por él, pero fue imposible. Al final, empecé a creer que aquello me convenía. Él no quería decírmelo y

yo no quería saber.

A partir de ese momento, me empezaron a rechazar las tarjetas cada vez más a menudo y, si iba al cajero, apenas había dinero. Cuando se lo hacía saber, él le ponía solución durante unos días, antes de que volvieran a fallar de nuevo.

Comencé a ponerme nerviosa: ¿qué estaba pasando, no teníamos dinero? ¿O era una especie de castigo por lo que yo había dicho, por intentar cuestionarlo, por el modo en que lo había humillado? Él debía de ser consciente del estrés diario que aquello me causaba. A lo mejor le gustaba, le gustaba pensar en mí en el supermercado o saliendo con las niñas, preguntándome si los pagos serían aceptados, imaginándome toda suerte de peligros. Tal vez disfrutara de que tuviera que llamarlo o enviarle un mensaje cada pocos días, para pedir dinero. Tal vez se había obrado un cambio sutil en mi persona, y como resultado, yo era más dócil, y, inconscientemente, era menos probable que iniciara una pelea o aireara mis quejas si sabía que también tendría que decirle que la tarjeta de crédito no funcionaba. Esos miedos bullían en mi interior, pero al final yo acababa dejándolos de lado: ¿y él qué? ¿Y la presión que él quizá estuviera soportando por tener que mantenernos a todos? ¿Dónde estaba mi empatía por él?

Un día me dijo que no creía que yo lo quisiera.

—¿Cómo puedes decir eso? Te quiero más que a todas las cosas.

Era verdad. En ese momento lo creía.

Pero ¿era de verdad amor, lo que yo sentía por él, o solo necesidad? Lo había necesitado entonces, y lo necesitaba ahora, para sobrevivir.

—Si te divorcias —dijo Sama—, todo esto se arreglará.

—No puedo pensar en eso.

—Lo sé, lo sé.

—No puedo pensarlo. Es demasiado —repetí, negando con la cabeza, aunque a la vez que lo decía me preguntaba qué parte era demasiado: estar sin él o el miedo a arreglármelas por mi cuenta, a pagar mis propias facturas, a ocuparme de las innumerables tareas de las que se había encargado él. Tal vez tuviera que buscarme un

trabajo. Me miré a mí misma, con el cinturón bien ajustado en el asiento del copiloto, al lado de Sama. Era una cría, siempre había sido una cría.

Sonó el móvil. Era un mensaje de mi padre, preguntándome cómo estaba. Debía de haberle llegado el aviso del cargo del supermercado. Lo metí en el bolso. No me veía capaz de contestarle.

Cuando giramos con el coche en el carril de entrada, vi a los vecinos en su jardín. Ella señalaba los algodoncillos gigantescos que flanqueaban el sendero hasta su casa. Su marido era atento, su jardín, frondoso. No tenía ningún sentido. ¿Era el aire más húmedo allí, a menos de cincuenta metros? Cuando mi marido aún vivía aquí, apenas había prestado atención a mis vecinos. Ahora que no estaba, tenía tiempo para fijarme en muchas cosas.

Aunque le dije que no lo hiciera, Sama me ayudó a sacar mi compra de las bolsas.

—Tienes leche en el coche —le dije—, vete a casa.

Apoyó las manos en la isla de la cocina.

—Quiero que llames a tus padres. Llama a Didi. Cuéntales lo que pasa. Tienen que saber que él se ha ido de casa. Pueden ayudarte.

Le di la espalda y miré dentro del frigorífico, a la capa de escarcha que se estaba formando al fondo. Cuando nos casamos, jamás imaginé que mi marido y yo discutiríamos por dinero, pero con el tiempo se convirtió en la manzana de la discordia. Él quería saber lo que yo compraba, me pedía explicaciones por cada factura. A ver, tenía que teñirme el pelo, y comprarme crema para la cara, una con retinol, un contorno de ojos y algo con ácido hialurónico.

—Qué locura —decía él—, no te hace falta gastar tanto dinero.

Al final, le pidió a su hermana que hablara conmigo. Ella me mostró los distintos productos que utilizaba, adónde iba a comprar cosas a granel, y el limpiacristales que fabricaba con simples ingredientes de cocina.

—¿Por qué gastas tanto en el supermercado? —me preguntó—. ¿Por qué compras carne tan cara?

—Es orgánica.

—No caigas en esas trampas. Nosotros compramos carne y

lácteos normales. Tú estás pagando marcas de lujo.

Yo no lograba entender por qué ella tenía que meterse en qué comida comprábamos, y, de haber tenido trato con mi hermana, habría propuesto que lo consultáramos con ella. Su hermana me había enviado una serie de vídeos que explicaban que la única diferencia entre las gallinas de granja y las normales era menos de un metro de espacio extra.

—¿Qué diferencia es esa? —preguntó—. Las gallinas de granja son un timo.

La conversación con ella me había dejado mal cuerpo, y mi marido me pidió que me planteara por qué siempre estaba tan a la defensiva.

—Estoy intentando ayudarte. Ayudarnos. Tenemos que ceñirnos a un presupuesto razonable.

Aprendí a usar mis cosméticos con moderación, y de vez en cuando compraba algo pequeño con la tarjeta de crédito que me había dado mi padre, aunque lo evitaba todo lo que podía. Mi padre se preguntaría por qué usaba su tarjeta para una cantidad tan irrisoria. Y, además, quizá se preguntara por qué mi marido no era capaz de mantenerme.

Ideé un sistema mediante el cual sacaba dinero del cajero y lo usaba para pagarme mis cosas. De ese modo, razoné, no quedaría ningún rastro de papel de en qué me lo gastaba. Sin embargo, semanas más tarde, cuando le pedí a mi marido que ingresara dinero en la cuenta, sonrió, alegremente, y me dijo que no nos hacía ninguna falta usar efectivo, que hoy día todo se podía comprar con tarjeta, y que así se conseguían descuentos, millas aéreas, puntos para hoteles y otros extras, todo eran ventajas.

Yo había empezado a desesperarme, a dejarme llevar por el pánico. ¿Cuánto tiempo podía seguir así? Tarde o temprano tendría que contárselo a mi padre.

Por suerte, a Sama se le había ocurrido una solución. Le dije a mi marido que iría con ella a hacer la compra para que así ella me recogiera y luego me devolviera a casa. A él le pareció perfecto porque de ese modo no lo molestaba y, además, no gastaba dinero en taxis. Le dije que Sama estaba encantada con la solución porque

así teníamos la oportunidad de ponernos al día.

Dicho y hecho. Todos los martes, ella me dejaba pagar su compra con mi tarjeta de crédito y me devolvía la suma en efectivo. Yo guardaba las pequeñas cantidades de dinero escondidas en el fondo de mi cajón de la ropa interior, metidas en una vieja media negra de nailon, para cuando necesitara comprarme algo para mí.

7

Cuando las niñas se subieron al autobús, les dije adiós con la mano y me senté en el escalón de la entrada con mi taza de té. Examiné la estatua. Ahora que la había visto, no podía escapar de ella. Me seguía a todas partes, hasta en la cocina, desde donde yo observaba el movimiento de la sombra que proyectaba sobre mi césped seco.

La vecina estaba fuera, caminaba por su jardín, contemplaba sus plantas. Desde donde yo estaba sentada, parecía que les hablaba. Daba largos sorbos a algún líquido de un tarro de cristal. Las flores a su alrededor eran de colores vivos, casi artificiales. Eché un vistazo a mi alrededor y experimenté un momento de vergüenza. Cualquiera diría que todo lo que yo tocaba se moría.

—Buenos días —dije, y acto seguido fui consciente de lo que había hecho. ¿Por qué la había llamado? ¿Había querido hacerlo?

Ella se volvió y me sonrió.

—Buenos días.

Hice ademán de levantarme, sin saber qué hacer a continuación, aunque de repente me vi caminando hacia ella, como si algo tirara de mí. Quería darme la vuelta y entrar de nuevo en mi casa, pero era demasiado tarde, imposible parar y volver ahora que casi había llegado hasta ella. Pero ¿qué iba a decirle? Al final habló primero ella.

—Esta semana he hecho pastel de zanahoria. ¿Les gusta a las niñas?

—Ah. No estoy segura, creo que nunca lo han probado.

—Vaya, pues el mío está buenísimo. Nada de pasas. Y saludable, solo uso miel de abejas de proximidad.

Sonreí distraídamente, sin llegar a mirarla a los ojos, con la vista puesta en las peonías de color coral que había detrás de ella y cuyas cabezas se abrían hacia la luz.

—Me comentaste que habías visto a la auténtica Diana... ¿Cuándo fue eso? —Dio un sorbo largo y lánguido a su té, y de no haber sido las siete y media de la mañana, habría pensado que iba colocada.

Miré a la Cazadora, las sombras de las hojas y ramas que moteaban su superficie.

—Bueno, en realidad la he visto unas cuantas veces, pero eso fue hace mucho tiempo.

—Yo me crie viéndola, nada más y nada menos que en Cornish, New Hampshire. Apuesto a que de eso hace todavía más tiempo.

Sonreí.

—La primera vez fue en el instituto, en una excursión con la clase.

Mis padres nunca nos habían llevado mucho a museos: pensaban que era aburrido, y mi madre se quejaba de que caminar tanto tiempo le daba dolor de espalda, aunque no tenía ningún problema en pasear por el centro comercial.

Mi profesora de lengua del último curso nos organizó una visita al museo. Por el camino nos anunció que no quería que escudriñáramos mecánicamente todas y cada una de las paredes del edificio. En vez de eso, nos pidió que cada cual eligiera una obra de arte, se sentara una hora delante de ella y luego escribiera algo al respecto. Podíamos crear cualquier cosa a partir del encuentro: un cuento, un poema, una redacción. Pero la fuente de inspiración tenía que ser un único objeto. Nos advirtió de que habría críticas, sensaciones de irritación, de indignación, e incluso de envidia frente a las opciones por las que los demás se habían decantado. Tendríamos que estar atentos a esas sensaciones, permitirles alcanzar su punto álgido y por último desvanecerse. Y nos dijo que, si seguíamos haciendo aquello, si practicábamos por nuestra cuenta, no solo aprenderíamos a escribir, sino también a comprender lo que significaba ser adulto.

Me pareció que la tarea no tenía ningún sentido, y me lo tomé

como una señal de que no quería enseñarnos nada. Y, además, ¿no era aquello malgastar el precio de la entrada? Deambulé por el museo arrastrando los pies, mis ojos rozaban la superficie de todo con lo que se cruzaban, hasta que llegué a una sala donde había un grupo de estudiantes sentados en el suelo, haciendo bosquejos. Pensé que eran mis compañeros de clase hasta que me di cuenta de que tenían que ser mayores, puede que universitarios. Y entonces me fijé en lo que estaban dibujando.

Esa fue la primera vez que contemplé a Diana. Era hermosa, una mujer de largas extremidades, en equilibrio sobre una pierna, la otra extendida tras ella, mientras estiraba un arco delante del pecho. La flecha estaba a punto de salir disparada. En ese momento no lo sabía, pero era la principal atracción del museo. Rodeé el pedestal antes de encontrar un sitio detrás de los estudiantes de arte. Saqué mi cuaderno de espiral y escribí sobre lo que veía, sobre ella, la diosa, pero también sobre las personas a su alrededor, que estaban mirándola. Escribí sobre los estudiantes y sus dibujos y lo distintos que eran entre sí. Escribí sobre los sonidos en el espacio, el modo en que chocaban con ella. Escribí sobre su desnudez. Regresé a Diana varias veces después de aquella, por mi cuenta, en ocasiones con un cuaderno y en otras sin él, me sentaba en distintos puntos de la sala, la estudiaba desde distintos ángulos. Empecé a ir a verla cuando quería huir de mi casa. Estar en un museo lleno de gente, rodeada de personas, me hacía sentir más privacidad que estar en casa, y Diana me ofrecía una coartada perfecta: mis padres no le verían nada de malo a una visita al museo.

—La estatua fue diseñada para hacer de veleta —le dije a mi vecina.

—¿En serio?

Aplasté los pétalos de una peonía, y la obligué a abrirse.

—Fue un encargo de Stanford White, el famoso arquitecto, para que la montaran encima de la torre del Madison Square Garden. En aquella época era el edificio más alto de Manhattan. —Me incliné para acercarme a la flor e inhalar su perfume—. ¿Sabías —murmuré — que antaño se creía que Artemisa controlaba el viento?

—Eso sí que lo sabía —admitió en voz baja.

Aparté la mano.

—Ya, bueno, pues supongo que fue una bromita de White.

Un día regresé al museo y la sala estaba más llena de lo habitual. Diana estaba allí como siempre, dorada y reluciente. Fuera, el cielo gris anticipaba una lluvia veraniega. Entre la multitud alguien estaba hablando, un conservador del museo con un único guante.

Debían de haber adquirido y añadido a la colección una nueva obra maestra, así que por una vez Diana no era el centro de atención, nadie se fijaba en ella, y a mí me dio la impresión de que así estaba perfecta, en armonía consigo misma, sin necesitar a nadie más. Aquel día su aspecto era de lo más natural.

El conservador del museo señalaba un préstamo especial para la exposición. Miré entre la multitud con detenimiento y vi que se trataba de otra Diana, una versión de menor tamaño de la que yo había ido a ver. Era en realidad una miniatura, hecha de bronce, no bañada en oro, una pieza de un molde posterior, de 1899.

Solo medía noventa centímetros de alto, no era monumental, sino que estaba destinada a una vivienda, a una colección privada. El conservador señaló algo en la base de la estatua. Era un pequeño pomo. Explicó a la muchedumbre que el museo no era conocedor de aquel pequeño pomo especial. Puso su mano enguantada sobre él y lo giró lentamente.

La diosa empezó a moverse. A todos se les escapó una pequeña ovación de asombro. Giraba, tal como lo habría hecho en lo alto de la torre. Pero en esta ocasión la diosa continuaba dando vueltas no a instancias del viento, sino de aquel hombre, con su guante blanco. Me pregunté quién habría encargado aquella pequeña Diana. ¿Había sido Stanford White? ¿La había guardado en su casa, o en su dormitorio, para que girara cuando a él le apeteciera?

Le di la espalda, me entraron ganas de echar a correr, y choqué con otro cuerpo.

—Perdón —se disculpó el hombre, tocándome el brazo—. Lo siento.

Le dije que había sido totalmente mi culpa, y me doblé para recoger mi paraguas del suelo.

Ahora estábamos tumbadas en su césped, bajo la estatua. El sol de mayo nos calentaba, obligándonos a cerrar los ojos con fuerza, pero yo los entorné para seguir la línea de la pierna de Diana.

—Entonces así es como conociste a tu marido —comentó la vecina.

—Hmm —mascullé. Quería levantarme, irme a casa, huir del bonito jardín y del pasado, pero el olor de las flores me embriagaba, y me había hundido tan profundamente en la hierba que no sería capaz de sacarme de allí ni aunque lo intentara. De hecho, con cada respiración, sentía que me iba convirtiendo en parte del césped, como si, al crecer, sus hojas atravesaran mi cuerpo.

—Sabes de la estatua más que yo —dijo entonces ella, y no supe distinguir si se trataba de un cumplido o una acusación.

Me preguntó qué hacía en el museo. Era muy curioso, sus preguntas me alejaban de Diana y me hacían volver a mí misma. Nos marchamos juntos de un modo que parecía natural, fácil, y paseamos por el parque, deteniéndonos ante un estanque en el que la gente hacía navegar barquitos en miniatura y un hombre con un cubo de agua jabonosa formaba enormes pompas para niños chillones. Había caído un chaparrón veraniego: la tierra seguía húmeda y las hojas goteaban. Me condujo por un sendero que yo no conocía, debajo de una pasarela, y salimos a la calle.

Me sugirió tomar una copa y yo acepté. Nos sentamos, y él mencionó un viaje del que acababa de regresar, para ver a su grupo favorito, viajaba a todas partes para verlos y reconoció que lloraba cada vez que tocaban el último bis cada noche. Dio la impresión de que, incluso en ese momento, la emoción brotara en él, y yo sentí timidez, un embarazoso placer al enterarme de todo aquello.

Las semanas siguientes, me fijé en más cosas de él que me gustaban. Sus rasgos afilados, cómo entraba volando en una habitación cuando se le hacía tarde, y la forma en que la boca se le escoraba un poquitín hacia la izquierda al hablar. Después de que empezáramos a salir de manera oficial, le mostré algunas de las cosas que escribía. Dijo que las historias eran extrañas y creativas, de lo que yo deduje que no muy buenas. Le conté que había

empezado a explorar la escritura sentada delante de la estatua de Diana.

—Écfrasis —dijo.

Asentí, pese a no tener ni idea de lo que hablaba. Me contó que le encantaban los videojuegos y algún día quería dedicarse a diseñarlos.

Dijo que no era una persona celosa. Era una emoción que no comprendía. Me lo tomé como una prueba de su evolución, de su naturaleza espiritual y creativa. Era una flor de loto liberada del barro. Jamás me planteé que en la raíz de aquello hubiera una falta total de sentimiento, que no experimentara los celos porque nunca había sentido amor.

Otra vez, me dio un pedacito de papel con un poema que no entendí. Comenté que era bonito, y él respondió que, en realidad, lo había escrito para mí.

Muchos años después, descubrí que el poema era de Rilke, que lo escribió tras el encuentro del poeta con el arcaico torso de Apolo en un museo de Francia. Un poema sobre el hermano de Diana.

Me conmovió que mi marido hubiera trazado esa conexión, que pareciera comprender lo que yo estaba tratando de lograr mediante la escritura. Pero ¿por qué había mentido, por qué había dicho que lo había escrito él? Me planteé sacar el tema, pero deduje que no tenía sentido. Había pasado muchísimo tiempo y para entonces estábamos felizmente casados, con dos hijas que adorábamos.

Pero tal vez Sama tuviera razón, tal vez debería haberme dado cuenta de que algo iba mal. Durante la primera etapa de nuestra relación tuve infecciones de orina y candidiasis y me desmayaba constantemente, como si mi cuerpo se rebelara, apartándome de él o dejándome inconsciente.

Mi vecina me tendió la mano y apretó la mía.

—Todo el mundo miente a veces cuando está casado. Lo que no puedes es culparte a ti misma, *a posteriori* todos hemos hecho el imbécil. —Rio entre dientes y cambió de postura a mi lado—. ¿Cómo es él, cómo es tu marido?

—Yo misma no llegué a conocerlo de verdad hasta después de

casados. —Me sentí idiota al reconocerlo, seguro que sonaba como una ingenua. Nunca habíamos vivido juntos, ni tan siquiera hecho un viaje largo, antes de la boda, y hasta que me mudé a su piso no supe quién era en realidad.

Mi marido era un hombre muy organizado. Su buzón de correo siempre estaba limpio, todo leído y despachado, la bandeja de entrada vacía. Le pregunté cómo era posible. Me reveló que borraba todos los correos electrónicos justo después de responderlos. Así sabía que la conversación se había acabado.

—Pero ¿y si tienes que hacer referencia a algo más adelante? —pregunté—. ¿Y si la conversación en realidad no ha terminado? ¿Qué pasa con los hilos, con las controversias?

Sus mensajes de texto también se reducían a un par y ya está. ¿Cómo si no iba a recordar lo que tenía pendiente? El trabajo lo mantenía ocupado, ocupadísimo, y debía encontrar una manera de tenerlo todo bajo control. Dijo que, si yo tuviera un empleo como él en una empresa, lo entendería.

Frente a aquello no podía decir nada. Respondí que claro que lo entendía, que ahora que me lo había explicado tenía lógica, pero que era la primera vez que yo veía a alguien hacerlo así.

—Debes de ser la única persona que lo hace —dije.

Contestó que me equivocaba: muchas personas recurrían a ese método, entre ellos algunos de los millonarios más ricos del planeta. La simplicidad era un factor clave de su éxito. ¿No sabía yo que todos los magnates de las tecnológicas llevaban uniforme? Luego me mostró el único hilo de mensajes que tenía guardado. Eran todos los que habíamos intercambiado desde la época en que nos conocimos. Me sentí afortunada, apreciada, y supe que no era buen momento para decirle que sonaba como un idiota al compararse con millonarios.

De vez en cuando íbamos a fiestas, y ya el primer año me fijé en que él repetía muchas veces la misma historia. Una noche, después de irnos de la cena de cumpleaños de un amigo suyo, se lo mencioné. Me preguntaba, con cuidado de que no sonara a crítica, qué necesidad había de contar batallitas. ¿No era posible hablar de

otros temas, sin más, dado que la mayoría de las personas allí presentes ya habían oído antes aquellas anécdotas?

Se ofendió, y me acusó de tenerle envidia. Dijo que no era culpa suya que yo sintiera ansiedad social en grupos grandes. Miré por la ventanilla. Los árboles parecían volar hacia atrás. Farfullé que no todo en la vida tenía que ser una actuación.

Al año siguiente, en la casa del mismo amigo, hablamos con una pareja a la que él parecía conocer bastante bien. Ella escribía, era periodista en una revista que yo solía leer cuando la gente todavía leía revistas. Al final de la conversación, me quedé con algunos detalles de su historia conjunta, y me dio la impresión de que mi marido había salido con ella brevemente. A la mañana siguiente le pregunté por qué nunca me había hablado de ella, y él lo negó, dijo que ella había exagerado las cosas y no había querido corregirla en público y dejarla en evidencia. Le pregunté por qué diantres iba a querer ella que una antigua relación sonara como algo más de lo que era, además delante de su marido.

Él se encogió de hombros.

—Hay gente muy insegura. Puede que ella todavía piense en aquello. —Luego añadió—: No sabes lo que pasa dentro de un matrimonio. Puede que desde fuera parezca que todo va bien, pero ¿quién sabe? Puede que intentara darle celos a su marido.

—A ver, está claro que eso es verdad. Nunca sabemos lo que pasa dentro de otro matrimonio. Ya es de por sí difícil estar al tanto de lo que sucede en el nuestro... —Mi vecina se quedó callada un instante—. ¿Cuál habría sido tu motivo para anular el matrimonio? —Ahora tenía la vista puesta en los tulipanes, con los que los ciervos de la zona se habían dado un atracón.

—¿A qué te refieres? —pregunté, sin apartar la mirada de Diana.

—¿Había algo que consideraras innegociable? En mi caso, si me pusieran los cuernos, yo me largaría pitando.

La miré fijamente.

—¿Nunca te lo habías planteado?

Su voz denotaba sorpresa.

—Pensaba que siempre estaríamos juntos. Aunque fuéramos infelices. No podía imaginarme ninguna otra versión de la historia.

Todo son fases. Tarde o temprano pasaría.

Le describí lo que unos años antes había ocurrido durante un acto en la librería del pueblo. Una autora había venido a hacer una lectura de sus memorias y a firmar ejemplares. La dueña, que me conocía por ser cliente habitual y aspirante a escritora, me preguntó si me apetecía moderar la entrevista. Acepté, diciéndome a mí misma que sería algo positivo para mi carrera, aunque sabía que sentarme a escribir era lo que de verdad habría sido positivo para mi carrera.

Habían asistido algunos miembros del claustro del colegio público, entre ellos, la maestra de mi hija pequeña. De repente me vi evaluándola, algo que a menudo hacía con otras mujeres. ¿Era más joven que yo? ¿Más delgada? ¿Más guapa? Me pregunté si le haría tilín a mi marido. La verdad era que no sabía cuál era el tipo de mi marido. Habíaempezado a fijarme en que miraba a otras, pero no había ningún patrón distinguible en quién escogía, ningún rasgo que pareciera interesarle especialmente.

Me molestaba, claro que me molestaba. Pero no estaba segura de qué debía hacer. Podría haber intentado ponerle freno, pero algo me decía que hacérselo notar solo empeoraría las cosas. Me di cuenta de que ya no me apetecía salir con él como antes y, cuando él salía con sus amigos, me preguntaba si se pasaba la noche mirando a otras mujeres, o puede que incluso entablando conversación con ellas.

A veces aquello me hacía hervir la sangre, me cabreaba que él no tuviera ni las luces, ni la dignidad, ni el respeto necesario para contenerse. Sí, me escocía, me hacía mirarme a mí misma con aversión, y también a él. Me pregunté si otras personas lo veían hacerlo, si lo etiquetaban como el viejo verde que todas las jóvenes evitaban.

Pensé en tipos así, en mi opinión de ellos cuando era joven. Recordé la lástima que sentía por sus mujeres, el desdén que me producían. Costaba creer que mi marido se conociera tan poco a sí mismo. ¿Este era el hombre con quien me había casado?

En el caso de la maestra, tenía los ojos oscuros, dulces y

grandes, y unos pechos juveniles que denotaban que era al menos una década más joven que yo. Mi marido rápidamente entabló conversación con ella; mientras tanto, yo no decía ni mu, miraba al suelo, al techo, evitaba a toda costa que nuestras miradas se cruzaran.

La maestra lanzaba miradas alrededor, y yo intuí que quería deshacerse de nosotros. Los ojos de mi marido seguían concentrados en ella. No se me escapó la luz que había en ellos. Recordé entonces que esa mirada, esa luz, en su día había brillado sobre mí.

La maestra no parecía darse cuenta, o tampoco le interesaba demasiado. A lo mejor estaba acostumbrada a ese tipo de atención.

Volviéndose hacia mí, me soltó que era un gusto tener a mi chiquitina en clase. Había hecho ademán de apartarse cuando mi marido la detuvo y le preguntó: «¿Para dónde vas ahora?». Me quedé paralizada, avergonzada.

Ella murmuró algo antes de alejarse.

—¿Por qué has hecho eso? —musité.

Él frunció el ceño automáticamente.

—Solo estábamos charlando.

—Pero le has preguntado de dónde es, si tiene hijos. Es demasiado personal, ¿no?

—¿De qué hablas?

—Hablo de que es la maestra de nuestra hija.

—Pues a mí me parece normal —afirmó, sin levantar la voz—. Soy una persona curiosa, me gusta hacer preguntas.

—Solo digo que deberíamos mantener una mínima distancia con una maestra, o con cualquier empleado del colegio. Podría ser incómodo para las niñas. —Incluso en el preciso instante en que pronunciaba aquellas palabras, no sabía realmente a qué me refería con ellas, qué es lo que pedía.

Ahora lo sabía. Estaba diciendo: si de veras tienes que hacer esto, no lo hagas aquí.

Porque era madre, y entre nosotros había cosas más preciadas, más frágiles, que el matrimonio.

Él no dijo nada, y recogió un libro que se había quedado abierto

sobre la mesa.

La hierba me irritaba la nariz. Estornudé, y le pedí a la vecina que me ayudara a levantarme. Tiró de mí como si no pesara nada. Nos quedamos en silencio unos minutos hasta que dije:

—¿De verdad crees que es posible?

—¿El qué?

—Lleváis casados... ¿Cuánto, treinta años?

—Veintisiete.

Miré la tierra entre nuestras casas, el cambio gradual de verde a marrón.

—¿De verdad crees que nunca te ha engañado?

No respondió, sino que se puso a tararear despacio, mientras les pasaba el dedo por encima a sus violetas. Sospeché que, en cualquier caso, a ella le daba igual.

8

Cuando más echaba de menos a mi marido era en la cama. No las relaciones íntimas, dado que con el tiempo nuestra vida sexual había menguado, sino las conversaciones que solíamos mantener en la cama.

Mi marido y yo no habíamos compartido aficiones como otras parejas, y a lo largo de los años hubo ocasiones en las que no teníamos gran cosa que decirnos, en las que una conversación sin más se me antojaba casi imposible. Él tenía sus anécdotas favoritas, que desarrollaba durante una temporadita, ampliándolas de formas que yo nunca había oído, añadiéndoles extensiones bien planeadas, aunque con el tiempo esas modificaciones parecieron definitivas. Los dos sabíamos cuando una de sus batallitas se volvía cansina, tras repetirla demasiadas veces. Cuando eso ocurría, intuía en él cierta vergüenza, parecida a la que yo sentía cuando, después de dos años de matrimonio, yo seguía publicando en redes sociales nuestras fotografías de boda, con pies de foto en los que, con corazones de colores, iba contando los meses que llevábamos casados.

Lo cierto es que nuestra relación dependía en exceso de hablar de otros. Sobre todo de otras parejas, aunque a veces nos decantábamos por debatir sobre un amigo en concreto, alguien que tristemente nunca se había casado, alguien que había perdido el tren y tendría que resignarse a lo que le deparara el destino. Hablábamos incluso de mi hermana. Divorciados, viudos, hijastros. Establecíamos escalas informales, analizábamos quién era más feliz y quién parecía triste de verdad. De forma tácita, empleábamos nuestro matrimonio como vara de medir. A veces, si una pareja estaba demasiado

enamorada, nos planteábamos si no estarían sobreactuando, y qué podrían estar ocultando. Hablábamos de amigos que habían renunciado a tener hijos, y nos preguntábamos cuánto podría durar su matrimonio. Sin duda, no había nada que los mantuviera unidos.

Sucedía con toda la facilidad del mundo, en la cama, cuando estábamos casi dormidos. Nos tranquilizaba, aplacaba nuestros nervios como una generosa capa de magnesio en la planta de los pies. Nos girábamos el uno frente al otro sobre las almohadas y apoyábamos la cabeza en los brazos doblados. Por lo general se nos antojaba algo inofensivo, hasta amable, porque nunca culpábamos a nadie, formulábamos nuestros juicios en el lenguaje de la inquietud. No era culpa de ellos, y hacíamos bien en preocuparnos. No podían evitar estar como estaban. Empezamos a emplear la expresión «no estar bien».

—El motivo por el que Fulanito y su mujer se hablan así es porque ninguno de los dos está bien —decía él.

—Sí —concedía yo, adormilada—. No están nada bien.»

Intuía que esas conversaciones complacían a mi marido, que siempre estaba dispuesto a mantenerlas. A veces eran como una balsa salvavidas, el único argumento que nos mantenía a flote. Yo no estaba muy interesada en saber de su trabajo y era evidente que a él le daba igual enterarse o no de lo que yo estuviera escribiendo para mi libro. Al principio de estar juntos, había creído que podría interesarle Diana, la historia de la estatua, el mito de la diosa, sobre todo porque nos habíamos conocido a sus pies, pero él no lo veía de ese modo, y que yo regresara constantemente a aquel tema le parecía obsesivo y absurdo.

Con el tiempo, había acabado olvidándome de ella, de todas las historias que había ido aprendiendo durante los meses que había pasado visitándola. Historias de cómo Augustus Saint-Gaudens la había creado a partir de dos modelos distintos: el cuerpo de uno y la cabeza de otro. O cómo su interpretación de la diosa difería de la forma en que se representaba en la Antigüedad. Históricamente, se la mostraba desnuda, durante el baño, en un instante de sorpresa, para escenificar la historia del cazador Acteón, que se presentó ante la diosa cuando no debía y ella, enfurecida, lo transformó en ciervo,

y acabó devorado por sus propios perros. También se la solía representar vestida de cazadora, a la manera de un joven romano, con un arco y una flecha en mano. Pero el escultor Saint-Gaudens nos muestra una Diana desnuda para cazar, no para bañarse, con una pose de bailarina, no de asesina. Su aspecto es sensual, no reservado. Más venusiana que artemisiana, más interesada en captar la atención del hombre que en matarlo.

Todas las historias se desvanecieron con el tiempo, excepto una. Seguía fascinada por el hecho de que el arquitecto Stanford White hubiera encargado aquella estatua para hacer de veleta en la torre del Madison Square Garden. Una veleta, para una diosa que dominaba el viento.

Diana era la homóloga romana de Artemisa, a quien Agamenón —que había matado a un ciervo sagrado y se las daba de mejor cazador que ella— tuvo que apaciguar para conseguir un viento favorable que le permitiera navegar hasta Troya con sus buques de guerra, y por quien sacrificó a su hija Ifigenia. Ordenó a la joven que se preparara para su boda, y con sus mejores galas fue conducida hasta el altar, donde la esperaba el cuchillo de su padre.

Sentí que Stanford White se había tomado a pecho el mito, que el espíritu de Agamenón lo poseía, y anhelaba venganza. Pero ¿cuál era el objetivo real de esa revancha? ¿El castigo por el hecho de que una divinidad hubiera exigido un sacrificio? No, no era solo eso, pues salta a la vista que nadie habría desnudado a Zeus o a Apolo para ponerlos a dar vueltas a merced del viento. Era porque la deidad que lo humilló era mujer.

Y a una mujer hay que dejarle muy claro cuál es su sitio.

Instalar la estatua encima de la torre había supuesto un problema. Era demasiado voluminosa y desgarbada para girar con el viento, así que al final hubo que desmontarla de nuevo. Yo imaginé que la propia Diana había intervenido y no le había puesto el trabajo fácil a nadie. En 1894 instalaron un diseño modificado, uno que de verdad funcionara como veleta, aunque esa también acabó en un almacén cuando derribaron la torre del Madison Square Garden en 1925.

Aun así, sentí un profundo dolor al imaginarla allí, girando con el

viento, durante treinta años. Al recrear mentalmente el espectáculo que daba, sentí que algo se apagaba en mí. Empecé a imaginar que me necesitaba, que la veneración de mi mirada la protegía. Cualquier cosa que yo escribiera después de verla viajaba, como imaginaba que hacía su flecha, a través de diversos paisajes. Historias que podrían haber sido antiguas, que me recordaban a mitos o cuentos de hadas, aparecían en el papel.

Me tumbé entre las niñas, sus cálidos cuerpos cargados de sueño. El día había pasado sin pena ni gloria, un día de limpiar, alimentar, ignorar mis sentimientos y compartimentar el torrente de recuerdos que habían empezado a brotar. ¿Dónde habían estado todo este tiempo? ¿Dónde se había escondido el pasado durante estos años de mala memoria?

La mayor musitó algo en sueños y lanzó un brazo hacia arriba. Era una guerrera hasta en sueños. Cuando la amamantaba, recién nacida, me había roído los pezones hasta hacerme sangre. Recordé, mientras la observaba forcejear en sueños, la habitación que habíamos transformado en su cuarto, con su guirnalda de luces de colores y sus paredes empapeladas de arcoíris y todo. Y recordé un momento en que, cuando ella no tenía aún ni un año, mi marido entró riéndose en la habitación mientras yo la amamantaba.

Mi hija mamaba de un pecho y agarraba el otro, tirando de él, haciéndolo gotear, mientras yo escuchaba a mi marido relatarme un artículo que había leído en el suplemento dominical. Un estadounidense del montón, que durante años había detestado con todas sus fuerzas a su esposa, se había decidido a asesinarla.

Le pregunté por qué, por qué no la dejaba y punto.

—Era una mujer rica —afirmó— y quería heredar su fortuna y quedarse con la cuantiosa indemnización de su seguro de vida.

El hombre había llegado a la conclusión de que él mismo no debía matarla, pues lo pillarían, y además, tampoco estaba seguro de que, llegado el momento, fuera capaz de hacerlo con sus propias manos, así que contrató a un asesino a sueldo al que pagó con criptomonedas.

Pero el tiempo pasaba y el sicario no remataba la faena. Su

mujer seguía vivita y coleando. El hombre esperó, cada vez más frustrado, hasta que un día alguien llamó a la puerta. Era el FBI, había ido a comprobar que su mujer estaba bien. Le contaron que habían detenido a un sicario y que el nombre y los datos de ella aparecían en su lista.

La mujer estaba escandalizada, asustada. ¿Cómo era posible? Quería saber quién había ordenado su asesinato.

El agente les dijo que aún no lo sabían, pero le preguntaron si tenía antiguas rencillas con personas de su pasado.

Ella respondió que no, que no se le ocurría nadie, que siempre había intentado llevar una vida pacífica y evitado buscarse enemigos. Cuando le contó la terrible noticia a su marido, él fingió estar horrorizado.

—Qué cosa tan horrible y extraña —exclamó—. Gracias a Dios que han pillado al asesino.

Más adelante el FBI encajó todas las piezas y lo detuvieron.

Mi marido se echó a reír de nuevo, esta vez tan fuerte que el bebé dio un respingo en mi pecho.

Lo miré un instante.

—¿Y ya está?

—Ya está —afirmó él, sin parar de reír.

Le dije que no le veía la gracia, y el hecho de que él sí se la viera me resultaba inquietante. Se encogió de hombros y se fue a seguir leyendo. La siguiente vez que nos invitaron a una cena, contó de nuevo la historia.

Cuando nos mudamos a la casa nueva, al año o así de casarnos, yo sabía en qué cuarto quería poner mi estudio para escribir. Tenía un gran ventanal que daba al peral de Bradford del jardín delantero. Había escogido un escritorio, un pequeño sofá cama para el rincón, y una librería para colocar mi creciente colección de novelas y monografías. Encargué un tablero de corcho para organizar mis ideas. En mi tiempo libre, miraba fotografías de espacios de trabajo de escritores famosos, con sus máquinas de escribir de color verde y sus ceniceros en forma de garra.

Estar casada me daba alegría, pero, sobre todo, me encantaba

la paz. Las tardes y las noches con mi marido parecían pasar demasiado rápido y por las mañanas, cuando él se iba a trabajar, yo me sentaba en el estudio y escribía. Llenaba cuadernos, que destruía después de haberlos llenado, rompiendo las páginas en pedacitos para que no pudiera leerse ni una sola palabra, igual que mi padre destruía documentos en la oficina. Me planteé comprar una trituradora de papel, pero me encantaba el sonido de la página al rasgarse, sentir cómo el papel se me deshacía en la mano. Había algo osado en destruir mi trabajo, algo que parecía hundir sus raíces en una suerte de fe. Como si supiera que en mi interior había un pozo que no se secaría.

Daba igual cuánto desechara, porque siempre empezaba cada nueva página con entusiasmo. Durante una parte del día, sentía que por fin vivía sola. Sin padres, sin hermana, sin nadie que me preguntara qué hacía. Notaba la casa en silencio, espaciosa y fresca. No había objetos caros que había que manejar con cuidado. Quería que siguiera así de desnuda para siempre. No había nadie a quien atender, debía concentrarme solo en escribir.

El suelo de madera crujía cuando mi marido volvía del trabajo, cuando torpemente intentaba quitarse los zapatos junto al pasamanos. Tenía el andar pesado. Nunca me había fijado.

Al principio, yo bajaba las escaleras en cuanto lo oía llegar. Pero con el tiempo me fue costando más mantener la costumbre. Me volví inmune a los sonidos, sorda ante ellos. Tan inmersa estaba en lo que me traía entre manos que no pensaba en mi marido hasta que llamaba a la puerta de mi estudio. Entonces me levantaba de un salto del escritorio y corría a sus brazos.

Más adelante, eso también cambió. No tardé en limitarme a responder con un simple «Entra» o, incluso: «Estoy ocupada».

De vez en cuando a lo mejor gritaba: «Ve pidiendo algo, que ya bajo».

En alguna ocasión, ni siquiera llegaba a bajar, y no veía a mi marido hasta que nos acostábamos. Con el tiempo, dejó de llamar a la puerta. Llegaba a casa y se ponía a jugar a videojuegos, solo.

Francamente, me tomé esa distancia como un alivio. Había empezado a temer los nudillos en la puerta, incluso el primer crujido

del suelo, o el sonido del portazo en la planta baja cuando él entraba en casa. Pero entonces el zumbido de la televisión, que antes había sido un sonido de bienvenida, una señal de que estaba entretenido y durante al menos un par de horas no vendría a buscarme, también empezó a crisparme los nervios; las sutiles fluctuaciones de volumen aguijoneaban mi concentración. La casa, que había parecido excesivamente grande para dos, ahora estaba abarrotada, era agobiante. Yo solo quería silencio, un espacio propio todo para mí y un árbol que floreciera con estridencia en verano y se marchitara en invierno.

Me acabó desagradando ese momento del día que señalaba su regreso, ese cambio de color, el sol poniéndose, todo aquello que antes había parecido tan sereno, tan placentero, y que ahora me asfixiaba. La oscuridad que crecía en la habitación, que bajaba reptando por las paredes, me llenaba de pavor, y yo tecleaba con furia en mi ordenador, tratando de terminar lo que pudiera, una escena, una idea, deseando que por su trabajo a veces tuviera que regresar tarde o estuviera obligado a viajar.

Mis fantasías vagaban hasta rincones perversos en los que nadie volvía a llamar nunca más a ninguna puerta. ¿Y si ese día no llegaba a casa? ¿Y si se veía envuelto en alguna clase de accidente? No uno mortal, sino uno que lo mantuviera alejado, en un hospital o algo por el estilo,durante un tiempo. Sin embargo, eso me habría obligado a quedarme allí con él, cuidándolo, diciéndole que dentro de nada estaría en casa. Me decanté por que contrajera alguna enfermedad tropical rara, una que fuera altamente contagiosa, que los médicos tardaran bastante en diagnosticar y tratar, que lo obligara a pasar un periodo en cuarentena. No para siempre, claro está. A lo sumo unos meses. Para entonces yo podría tener acabado mi libro.

Quería a mi marido, pero no me hacía falta verlo todos los días.

Quería a mi marido, pero también me encantaba pasar tiempo sola. No estaba preparada para la velocidad con la que el idilio de la convivencia iba a perder su encanto, para lo rápidamente que me iba a quedar sin cosas que decirle. Nunca nos habíamos peleado, pero de repente nos peleábamos todo el rato, y siempre por las

mismas cosas: que la cena no estuviera lista cuando él llegaba, que yo no me esforzara lo bastante con su familia, o la cantidad de dinero que gastábamos.

Cuando le mencioné todo esto a Sama, me dio la impresión de que sabía de lo que le hablaba, pero le preocupaba que tuviera que sacar el tema. No comprendía qué era lo que había empezado a irritarme tanto de mi marido. Sí, los maridos eran irritantes, y los niños y los padres, y era posible que los maridos fueran los más irritantes de todos ellos, eso me lo concedía, pero yo había convivido casi confinada con mi hermana y mis padres muchísimo tiempo, ni siquiera me había ido de casa durante la universidad, y no era posible que mi marido fuera una carga todavía peor que aquello a lo que ya estaba acostumbrada.

Cuando me quedé embarazada, dejé de escribir. Algo dentro de mí se detuvo. Sama me pidió que no me preocupara, me aseguró que todo volvería a su cauce, pero que, por el momento, mi energía creativa estaba siendo redirigida. Le di la razón cuando lo dijo, pero por dentro sentía que se equivocaba, que mi escritura y mi gestación no provenían del mismo lugar, que, de hecho, no tenían nada que ver la una con la otra. Mientras el bebé crecía en mi interior, no sentía la satisfacción que me producía la escritura, sino más bien un entumecimiento.

Tras dar a luz a mi segunda hija, sin poder pegar ojo porque sus llantos nocturnos provocados por los cólicos acababan despertándonos a todos, sobre todo a su hermana, mi marido me convenció para que renunciara a la habitación donde yo escribía para que ella pudiera tener su propio cuarto. Agotada y agobiada por dos niñas pequeñas, acepté sin reparos.

Más adelante, a medida que las niñas crecían y cada vez me necesitaban menos, las alenté para que desarrollaran su independencia. Les dije, de forma amable y amena, que debían apoyarse entre ellas, cuidar la una de la otra, con la esperanza de que eso me liberara para volver a escribir. Pero cuando a duras penas conseguía algo de tiempo para sentarme en mi escritorio, allí no había nada, tan solo un espacio en blanco. Un vacío. Era como si

la última vela de la habitación se hubiera apagado, y hasta ese momento no fui consciente de cuánto ese ápice de calor, ese diminuto resplandor, había significado para nuestra casa.

Fue en ese vacío en el que la astrología se coló en mi vida. Antes, yo solo creía vagamente que los cuerpos celestes tuvieran algún tipo de relevancia en nuestras vidas, pero cuando me vi forzada a admitir que mis palabras se habían secado, mi escritura se había estancado y el libro en mi imaginación se había esfumado, busqué consuelo en los símbolos planetarios y en las antiguas técnicas de gestión del tiempo. Escuchaba podcasts de astrología, mientras daba de mamar a las niñas y me ocupaba de la casa. Empecé a ver que una carta astral era como un relato y los planetas como arquetipos, personajes, que interactuaban a través de antiguos patrones de movimiento. Y a su vez se hizo evidente que muchos mitos y cuentos populares evocaban condiciones planetarias.

Me interesaba especialmente la quinta casa de la carta astral: la casa de los hijos, y también la semilla para cualquier tipo de expresión creativa. Me preguntaba cómo estas dos fuerzas en apariencia contradictorias podían surgir del mismo lugar de la carta. Era como si en esa casa solo hubiera sitio para una: o los hijos o el trabajo creativo, pero en ningún caso las dos. Mi propia quinta casa no albergaba planetas cuando nací, pero busqué posibles tránsitos que pudieran activarla. También vigilé de cerca a su planeta dominante, Júpiter, para ver qué claridad podía poner a mi disposición. Finalmente acepté que el tiempo era la única respuesta. Un día, estos dos opuestos, los hijos y el trabajo creativo, generarían su propia solución, su propia resolución. Yo solo podía esperar a ver. Y mientras aguardaba en ese desconsuelo, aparté diligentemente una pregunta que llevaba una temporadita corroyéndome por dentro, a saber: ¿eran mis hijas las que estaban poniéndole trabas a mi escritura o era otra cosa?

De vez en cuando, me empeñaba con más ahínco en encontrar la forma de volver al mundo de la escritura, como la noche en que entrevisté a la autora en la librería, en que mi marido se puso baboso con la maestra de nuestra hija. Hice una chapuza, por

supuesto, olvidé el nombre de la autora, perdí el hilo varias veces en medio de la conversación, y al día siguiente me desperté con el estómago revuelto.

Después del acto en la librería, le escribí a la escritora un correo para preguntarle si le importaba echarle un vistazo a alguno de mis relatos. Se mostró generosa, dijo que le encantaría hacerlo e incluso me llamó a la semana siguiente para darme su opinión.

Los relatos eran interesantes, afirmó, insólitos. Parecían surrealistas, a veces oníricos, como si el narrador entrara y saliera de distintos estados de consciencia sin ningún tipo de control.

Su reacción me sorprendió. No había sido mi intención que los relatos se leyeran de ese modo, pero no quería reconocerlo ante ella, así que acepté que aquello era una parte de los personajes, un ingrediente de la voz narrativa que yo había incorporado adrede.

Mi respuesta la entusiasmó, lo oí en su voz.

Su opinión positiva me anuló aún más. Me convencí de que no sabía escribir personajes reales, de que de algún modo no sabía humanizarlos del todo. También comprendí que podía permitirme hacer lo que quisiera, siempre y cuando afirmara haberlo hecho a propósito. Siempre y cuando el defecto estuviera en el personaje, y no en mí.

Pensé en Diana, todos aquellos años dando vueltas a su alrededor en el museo, sentándome ante ella con absoluta devoción. Había depositado en mí sus ideas, me había escogido a mí para contar la historia. Era su historia la que yo estaba contando, y ella había hecho que mis circunstancias vitales fueran las propicias para narrarla: me había reunido con mi marido en la misma sala en que estaba ella. Me había distanciado de mi familia. Me había situado en una casa, una habitación, con una mesa, y un árbol en el jardín que olía a vida y putrefacción.

Pero yo no había comprendido ese regalo, la improbabilidad de su favor, y lo había desaprovechado.

Una de las niñas tosió y, desde mi escritorio, eché un vistazo a la cama. El primer atisbo de luz del alba goteaba desde los postigos de la ventana. El día se acercaba.

9

En el siglo XIX, los naturalistas se fijaron en un polvo blanco que se desprendía del cuerpo de las cigarras periódicas. Al examinarlas más de cerca, observaron que un hongo había devorado el abdomen del insecto. Un tapón blanco y terroso llenaba ahora la cavidad donde antes había estado el estómago.

Massospora cicadina. El hongo se propaga mediante el contacto entre individuos, principalmente machos, y las esporas pasan de unos a otros.

A partir de ese momento un macho infectado solo tiene una idea en mente: su deseo de aparearse. No obstante, desde el interior de sus timbales ya no solo emite el reclamo exasperante que atrae a las hembras de la especie. Los machos infectados también pueden reproducir el suave sonido rasposo que entona la cigarra hembra cuando intenta atraer a una pareja.

Tanto la cigarra macho como la hembra se ven engañadas y atraídas por el macho infectado, por la posibilidad de procrear. El macho infectado llama la atención de forma indiscriminada, modificando sus sonidos en función de lo que haya disponible. Las esporas fúngicas se propagan mediante el contacto de los cuerpos. La cópula nunca llega a ocurrir.

Los machos infectados están desesperados, fuera de control. Los testigos comentan que se comportan como zombis. El delirio y la muerte inminente no impiden que la cigarra macho infectada busque el placer. Mientras el hongo devora el tórax del insecto, el macho infectado sigue cantando. Exhibe un aumento de la resistencia y suprime la alimentación antes de su ulterior fallecimiento.

Por lo general, se contamina un cinco por ciento de los especímenes de cada generación.

El hongo mantiene con vida a su huésped mientras las esporas se diseminan, aprovechando los hábitos sociales de la cigarra para su proliferación. Por último, cuando el individuo infectado echa a volar, el tapón de esporas se abre y explota como una nube, y el hongo cae como la nieve sobre todo lo que hay debajo.

Mi marido me informó de que esa semana no vendría a ver a las niñas, porque tenía otros planes. Estaba a punto de preguntarle en qué consistían esos planes, y si eran más importantes que sus responsabilidades como padre, cuando Sama me envió un mensaje para decirme que su hijo estaba enfermo en casa y no había ido al colegio, así que ese día no podría ir a hacer la compra.

Los maldije a ambos, y llamé a un taxi.

Tenía claro que mi marido quería ser un padre ocasional, que organizarse la vida de este modo era parte de su plan cuando se fue de casa. Cuando llegué al supermercado, pagué el taxi, conteniendo la respiración al pasar la tarjeta de crédito, espirando cuando el pago fue aceptado.

Desde el principio, él debía de haberlo odiado todo de nuestra vida juntos. Tal vez tuviera la esperanza de que, en algún momento, lo que fuera que le disgustara mejoraría. Pero la cosa no hizo más que ir a peor.

Llamé a Sama desde la sección de congelados y oí a su hijo llorar de fondo.

—No creo que lo odiara todo desde siempre, no tiene ningún sentido —negó—. Probablemente esté teniendo una aventura. Sé que es más fácil atribuir su marcha a todos esos motivos complicados, pero por lo general suele ser algo bastante simple. Y demoledor. Puede que incluso se haya enamorado de otra.

Noté que, cuando ella dijo aquello, yo no sentí nada, y me pregunté si no habría dado un pequeño paso adelante sin percatarme.

—Lo que no tiene sentido es que apenas vea a las niñas.

Las niñas. ¿Intentaría quitarme a las niñas? La idea me hizo

sentir furiosa como un animal salvaje: eran carne de mi carne, ¿cómo se atrevía a pensar que tenía derechoa quedárselas? Empecé a imaginar la batalla que tendría que librar para no perderlas. Ningún juzgado le quitaría un hijo a una madre que fuera capaz de cuidarlo. Pero yo en realidad no sabía conducir. Ni nadar. Me pregunté si él intentaría alegar que yo era una inepta o una incapaz.

Pensé en el taxi que acababa de pagar con tarjeta y me planteé que quizá me había equivocado al hacerlo. Él ya habría recibido el aviso. Un recordatorio de que yo no conducía, de que necesitaba asistencia cada vez que debía salir de casa. Tenía que hacerle ver que era capaz de ocuparme de todo yo sola, sin implicarlo a él, sin necesitar nada de él.

Pero daba la impresión de que de todas formas él no quería quedarse las niñas, no se sentía responsable de criarlas a tiempo completo, de vivir en la casa con ellas. Era como si no le importara, no lo viera como parte de su papel, como si él no fuera más que un cuadro de la casa: si estaba allí colgado o no era algo secundario.

¿Y yo qué? ¿Se daba por descontado, sin más, que yo las criaría? Sinceramente, no sabía con quién había estado casada todo ese tiempo. Había construido una vida entera sobre algo que no existía. Yo creía que era un padre abnegadísimo, que sería capaz de cualquier cosa con tal de no hacerles daño a sus hijas. Que se sacrificaría en lo que fuera necesario, que se daría cuenta de que una vez que los hijos entran en la ecuación nuestras vidas privadas pasan a un segundo plano, se convierten en un asunto del pasado: el significado de la paternidad consistía en que nuestra propia vida, nuestra juventud y aspiraciones dejaban de ser el centro. En comprender que tu momento había pasado.

Observé a una mujer con chaquetón de guata y gorro de lana que intentaba encajar su carrito de la compra en una fila. Trasteó un poco con él y al final le pegó un empujón, que lo lanzó hasta estamparse contra la espalda de otra cliente.

Por supuesto que había habido ocasiones, a lo largo de los años, en que había imaginado que lo perdía, pero siempre era porque se moría. Lo visualizaba muerto, tirado en el carril de entrada, o en una piscina, su cadáver flotando en el agua. Lo imaginaba a mi lado en

la cama, frío e inerte. Y luego me imaginaba a mí sola.

Pero él no estaba muerto y yo seguía sola. Estaba sola con él allí, y no sabía distinguir la pena de la rabia.

Estaba vivo y era un monstruo. Había traído hijos al mundo con un monstruo. No bastaba con que ya no lo tuviera como pareja, ahora debía tenerlo como enemigo.

No quería un padre innoble para las niñas. Claro que necesitaban a su padre vivo, por supuesto, pero ¿esta clase de hombre? Las niñas se preguntarían qué habían hecho para merecer esto.

«¡Vosotras no habéis hecho nada mal!», les diríamos cuando preguntaran. «Esto no tiene nada que ver con vosotras.»

Bueno, ¿es el destino? ¿Es Dios? ¿Quién ha conspirado contra ellas? Y ¿cabía la posibilidad de que, un día, vieran en ellas mismas alguna desviación y se preguntaran si eran como él, si eran como su padre?

Sentí una tremenda culpa por lo mala madre que había sido, la madre que les había dado su ADN, y puede que ellas un día también sintieran su propia y misteriosa culpa, una culpa que caminaba y respiraba, por el mero hecho de existir, una culpa que no hundía sus raíces en el hacer, sino en el ser, una culpa como una maldición, que no podía expiarse.

Sama me susurró al oído:

—Un montón de niños tienen padres divorciados. Están bien, con terapia y medicación, están bien.

—Ojalá yo solo hubiera sentido tristeza. Ojalá se hubiera muerto. En vez de vivir y abandonarme. ¿No es preferible un buen hombre muerto que uno vivo y malvado?

—A lo mejor se muere —comentó Sama distraídamente, y sus manos hicieron ruido con algo.

Le dije que se fuera, que se quedara con su hijo, y colgué. Yo estaba de pie frente a un surtido de quesos redondos. El quesero llevaba *piercings* en las cejas y me ofrecía una tabla de quesos, gouda, gruyer, lo que ese día estuvieran intentando promocionar.

Siempre supe que mi marido era un poco egoísta, aunque todo el mundo piensa eso de sus esposos. Era el punto en torno al cual

dábamos vueltas cuando hablábamos con nuestras amigas. Sabíamos que nunca se preocuparían tanto como nosotras, que se les podía entrenar, enseñar a actuar en público, pero el sentimiento nunca les calaría. Un padre podía despertarse por la mañana con ganas de hacer pis, pero eso no significaba que tuviera en cuenta que su hijo necesitaba lo mismo. A menos que se le dijera.

Me apoyé contra un expositor de revistas y saqué el móvil, me puse a teclear.

«¿Piensas que eres el único que fantasea con irse? Yo también tengo deseos. ¿Piensas que has satisfecho mis necesidades? Qué decepción. Sé que hay otra persona, sé que durante años has estado con otras mujeres. Sé que ahí es donde va a parar todo el dinero, por eso nunca hay suficiente.»

Miré el mensaje, lo releí una y otra vez en silencio, y luego con dedos trémulos lo borré.

«Amor mío, lo siento. No lo decía en serio.»

Ese mensaje tampoco lo envié.

—Disculpe —dijo una voz.

Levanté la cabeza, la cajera me observaba expectante.

—¿Efectivo o tarjeta?

Las manos me temblaron al sacar la cartera e insertar la tarjeta de crédito en la máquina.

—La han rechazado. Fondos insuficientes.

Hurgué en busca de efectivo, pero no había suficiente. Había agotado lo que quedaba pidiendo comida para llevar para las niñas. La mujer detrás de mí en la cola se llevó las gafas de leer a la cabeza, me observaba. Sopesé mis opciones. Podía salir corriendo de la tienda y dejar la compra donde estaba. Eché un vistazo alrededor. Allí me conocían. Tendría que ir a comprar a otro sitio el resto de mi vida.

Metí la mano en la cartera y saqué la tarjeta negra de mi padre. Con dedos trémulos, la inserté en el datáfono. El pago fue aceptado y, mientras ella imprimía el recibo, me lo imaginé, tal vez sentado en el despacho, con el teléfono iluminándose por el aviso.

Llamé a mi marido desde el taxi, pero no contestó. Un instante después sonó el móvil. Era mi padre.

—Papá —respondí.

—¿Qué tal? —preguntó.

Oí la televisión encendida de fondo.

—Ahí voy.

—¿Todo bien?

—Sí.

—Acabo de caer en que llevamos semanas sin veros a ti y a las niñas.

—Lo sé.

—¿Quieres que vayamos este fin de semana?

—Este fin de semana, no, papá.

Se quedó callado un instante.

—Verás, mamá y yo queremos llevaros unas cosas. Les hemos comprado unos regalos a las niñas.

Me agarré al asiento.

—Ya te aviso.

—¿Dónde estás? —preguntó.

—En un taxi.

Me preguntó por mi marido.

—Está bien —respondí con voz temblorosa—. Todo va bien.

—No lo parece —objetó—. Dime cuál es el problema, que yo lo soluciono.

—No hay ningún problema, solo que ando muy liada. Liada con la casa, con las niñas. Ya sabes cómo es.

Seguí conversando sin decir nada, hablando sin sentido, tratando de convencerlo, sabiendo que con cada palabra no hacía más que alimentar sus sospechas. Dije que tenía otra llamada, y colgué. Luego me eché a llorar en el asiento trasero del taxi, jadeando, con unos sollozos sin resuello que sobresaltaron al taxista.

El móvil me sonó de nuevo mientras entraba en casa, y solté la compra cerca de la puerta.

—Me has llamado —dijo mi marido.

—La tarjeta no funciona —contesté. Oí que mi voz se elevaba entre los fuertes latidos de mi corazón.

—Lo miraré.

—No, con eso no basta, necesitamos una solución.

—Tienes razón. He estado pensando que tenemos que hacer un cambio, tal como está ahora la situación es insostenible.

—¿Cuál, cuál es la situación?

—Habrá que mantener dos casas, no una. Los gastos serán el doble.

—¿Dos casas?

—No puedo quedarme en un motel para siempre. —Después de una pausa, añadió—: Creo que tenemos que vender la casa.

Tragué saliva y me senté en las escaleras.

—Esta casa es para las niñas. Llevan viviendo aquí toda su vida.

—Lo sé, a todos nos encanta la casa, pero no va a ser posible seguir pagándola si yo también tengo que pagar mi alquiler. Debemos plantearnos algo de menor tamaño, a lo mejor los dos podemos buscar algo más pequeño, o pisos que estén cerca el uno del otro.

—No, no te permitiré que hagas eso. Es su casa y también es mi casa —casi grité.

—Seguro que se nos ocurre algo.

Me dijo que miraría lo de la tarjeta y colgó. Dejé el móvil en el último escalón y subí las escaleras tambaleándome. Abrí el grifo de la bañera, a tope. El agua salía caliente, perfecta. Fuera, las flores del peral de Bradford brillaban al sol con luz tenue.

Nos habíamos mudado a esta casa al año de casarnos. Era increíblemente grande para dos personas. Deshicimos las cajas en un pispás: nos vinimos con nada. Me gustaba desnuda. Llegaría el día en que tendríamos porcelana de ceniza de hueso en los armarios y copas de vino ordenadas en función de la uva, pero no hoy. No aún.

Cuando no estaba escribiendo, lo cual era raro, iba a la cocina, me sentaba en su apacible amplitud y aprendía a cocinar. El espacio vacío estaba lleno de interrogantes. ¿Quiénes seríamos cuando nos hiciéramos mayores?

Yo estaba limpiando los estantes del botiquín del cuarto de baño cuando él entró con un blíster de plástico en las manos.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Doxiciclina.

—¿Para qué?

Me habló de su diagnóstico.

—Los dos tenemos que tomarlas durante siete días —dijo. Su hermana nos las había recetado a los dos, para que yo no tuviera que ir al médico.

Lo primero que se me ocurrió fue reír. Cuando asimilé el significado de sus palabras, retrocedí para apoyarme en la pared que había detrás de mí.

—¿Con quién has estado acostándote?

—No me he acostado con nadie. Debo de tenerlo desde hace mucho tiempo.

—¿Cómo lo has sabido? ¿Por qué te has hecho las pruebas ahora?

—Tenía unos ganglios linfáticos inflamados, y fui a que me los vieran. El médico me propuso hacerme la prueba.

—¿Por qué no me dijiste que ibas a ir al médico?

—No quería preocuparte.

Al principio de estar casados, me contó que se había hecho las pruebas antes de que empezáramos a mantener relaciones sexuales.

—Te mentí —confesó—. Nunca me las hice.

Le pregunté por qué. Qué cosa más tonta para andar mintiendo. Le pregunté si sabía lo que aquello significaba. Si yo había sido positiva todo este tiempo, cabía la posibilidad de que fuera estéril.

—No pensaba que pudiera tener nada. No creía que fuera a ser un problema.

—Lo que quieres decir es que no creías que te fueran a pillar.

Me suplicó que lo perdonara. Me recordó que de todas formas yo decía que no quería tener hijos. Reconocía que había hecho algo horrible. Argumentó que, si se hubiera imaginado que aquello acabaría saliendo a la luz, en su momento se habría hecho las pruebas. Yo era incapaz de superar la mentira.

Pero ¿cuál era exactamente la mentira?

—¿Con quién te estás acostando? —le pregunté de nuevo.

—Con nadie —respondió mirándome a los ojos. Insistió en que podía ser infantil, pero no infiel.

Le pregunté cómo era capaz de hacerme esto a mí, sin saber aún de qué lo acusaba. De serme infiel o de mentir. Si la traición podía cuantificarse, ¿cuál sería la medida? Mi razonamiento fue que una mentira sola era desconsiderada, incluso egoísta, pero no patológica.

Me tomé los antibióticos que me dio y, una semana más tarde, fui a la médica y le conté la historia. Me hizo un análisis completo de ETS y todo salió negativo. Lloré en su consulta cuando me dio los resultados. Le pregunté si era posible que la enfermedad llevara latente tanto tiempo. Dijo que sí. Esperé a que dijera más, a que respondiera las preguntas que iban implícitas en la que yo había formulado: «¿Había alguna posibilidad de que él hubiera contraído la enfermedad hacía años? ¿Era probable? ¿Debía creerlo?».

La médica me observó mientras yo la escrutaba. Ya había pasado antes por esto. Su gesto inexpresivo no se inmutó. No insinuaba nada, no implicaba a nadie.

Noté que me escindía en dos. Sentí alivio porque él me hubiera dicho la verdad y también porque la mentira estuviera bien construida, porque le hubiera importado lo bastante como para verificar los hechos de su historia. Después de aquel día, jamás volví a cuestionar aquellos sentimientos.

Le pregunté a la doctora si creía que no podría tener hijos.

Me dijo que podía hacerme pruebas, pero que en estos casos el modo más fácil de averiguarlo era intentarlo. Contesté que de todas formas no estaba segura de querer tener hijos. Quería escribir mi libro, y otros libros. Cuesta escribir cuando tienes hijos, cuesta leer con hijos.

Afirmó que todo era posible. Ella trabajaba y estudiaba a la vez cuando sus hijos eran muy pequeños. Las mujeres podían hacer cualquier cosa, podían hacerlo todo, y todo a la vez. Las mujeres que ella conocía se las arreglaban muy bien.

Negué con la cabeza.

—No, no. Yo no soy capaz. Ni siquiera sé conducir, y nunca aprendí a nadar.

Su boca se ensombreció.

—Bueno, en ese caso, supongo que no importa.

Seis meses más tarde estaba embarazada de mi primera hija. Me puse de parto el día de Navidad. El hospital estaba lleno de gente. La matrona llevaba un gorro de Papá Noel.

Después de aquel día en el cuarto de baño, no fui capaz de reconciliarme conmigo misma. Me había desdoblado y cada parte iba a lo suyo. Una era complaciente, entregada a su matrimonio, y a la otra la desquiciaba la verdad que la acosaba.

La primera incorporaba a su marido. Lo llamaba amor verdadero. Pero era patológico, una enfermedad. Aceptaba la mentira, en detrimento suyo, sostenía una estructura que le garantizaba su propia ruina, interiorizaba lo que la hacía vulnerable, creaba las condiciones para su propia decapitación.

La segunda intentaba fisgar entre las cosas de su marido, rebuscaba el olor de otras mujeres en su ropa, andaba a la caza de algo concreto, pero cuanto más miraba, más se le escapaba. Él borraba sus rastros con gran maestría.

Yo también borraba sus huellas con maestría. Nunca le conté a nadie lo de la infección. Quería olvidarlo lo antes posible, no quería ser verdaderamente consciente de que eso podía ocurrirle a mi matrimonio, a mi nueva vida. Porque asumirlo lo habría cambiado todo.

Tenía que darle una oportunidad. Me habían enseñado a darles una oportunidad a las personas.

No quería hablar de ello, porque los rumores eran peligrosos, y nunca había que hablar de las personas a las que querías, de las personas de tu familia. Los rumores eran el pasatiempo inútil de las mujeres.

Pero los rumores también eran una vacuna para la mujer. Si me hubiera permitido a mí misma saberlo, pensar en la realidad de mi matrimonio, si me hubiera planteado lo que esta historia significaba con relación a mi marido, con relación a su capacidad para la mentira, para el subterfugio, no me habría quedado con él. ¿O sí?

Si les hubiera contado a mi familia y amigos lo de aquel día en mi casa, cuando me entregó el blíster y lo de la visita a la médica, me habrían dicho que lo dejara, que jamás tuviera hijos con él, que me protegiera. Lo habrían hecho, ¿o no? Jamás me habrían dicho

que me quedara, que lo dejara estar, que lo arreglara, estas cosas pasan, todos cedemos, ningún matrimonio es perfecto.

Entonces no podía saber las cosas que ahora sabía, porque me había aislado del tipo de conocimiento necesario para defenderme. Quererlo a él significaba no saber todo lo que podía saber. Y por eso no lo sabía, aunque fuera a costa de mí misma, pese a que no saber fuera en contra de mí misma.

Pero el conocimiento seguía filtrándose. Me rodeaba por todas partes. Me susurraba cuando estaba sola. Daba vueltas en torno a las cartas natales y me plantaba una Diana en el jardín. Condicionaba mis sueños. Aun así, yo no confiaba en un conocimiento que no podía nombrar. Lo ignoraba y abandonaba mi cuerpo, que buscaba la revelación. Con el tiempo, mi cuerpo se convirtió en una reliquia, y su habla en una lengua muerta. Un objeto mudo en un museo contra el que chocaban las voces de otras personas. Una estatua girando al viento, hacia un lado, y luego hacia el otro, siempre a la merced y al gusto de otra persona.

¿Podía culparme a mí misma por no querer saber? El saber podía aislarte. Podía condenarte al ostracismo. Saber demasiado te conducía a la muerte. No solo a mí, sino a otros que me importaban. Todos estábamos abocados a no saber. Que todos no supiéramos la misma cosa era lo que hacía de nosotros una familia.

Querer era decidir no saber. Ser fiel era apartar la vista, con convicción, del saber.

Saber ciertas cosas me habría destruido. Al nacer, había pactado con este mundo no saber, no saber nunca. El acto de no saber se volvió natural con el tiempo. Me lavaba los dientes con él en cuanto me despertaba por la mañana, hasta que la costumbre y la preferencia se hicieron indistinguibles.

Tocaba los pies de mis mayores y me decían que me desentendiera del mundo. Hasta tal punto me acostumbré a no saber que no recordaba qué era saber. Al llevar anteojeras, me quedaba sin visión periférica. No saber era la única forma de ser. Todo estaba en una caja, y todo era bonito.

Y aun así parecía que me estaba acercando al saber. Muy a mi pesar.

Oí el autobús escolar en la calle. Las niñas estaban en casa. Me buscaron en todas las habitaciones, hasta que me encontraron en el cuarto de baño.

—Mamá —dijo la pequeña—. ¿Qué ha pasado? Mamá, está todo mojado.

Cuánto se parecía a mi hermana. Sobre todo sus ojos inteligentes.

Me pregunté qué pasaría cuando yo fuera vieja y estuviera mal de salud y no pudiera pagarme un seguro, cuando mi vida perdiera su integridad estructural y yo no fuera más que un despojo de miedo y arrepentimiento. La generación de mis hijas no vería motivo alguno para sentirse en deuda con sus padres, para entonces ya no se esperaría que cuidaran a los ancianos: olvidarían lo que yo había hecho por ellas, los años de sacrificio, de servitud, mi delicadeza cuando ellas eran lo bastante pequeñas para aplastarlas; no quedaría ningún recuerdo de aquello, ningún recordatorio de lo que me debían. El único modo de garantizar que me cuidarían era embargarlas de culpa y de terror, generar la dependencia suficiente para que prevaleciera sobre la cultura.

Pensé en su padre, en su rostro de joven, cuando me habló del truco que usaban sus amigos para ligar con chicas que no les hacían caso.

—Les echan un piropo que no saben cómo tomarse.

—¿Como qué? —quise saber.

—Por ejemplo, podrían decirte que el vestido que llevas puesto es increíble. Que te favorece muchísimo, que hace que parezca que estás en forma.

Me quedé mirándolo.

—Entiendo.

Se había reído de la cara que yo había puesto y me rodeó con el brazo.

—No lo decía en serio. Era solo por poner un ejemplo.

Me reí y rodeé con el brazo a mis hijas. La mayor parecía preocupada. Siempre se preocupaba. Me tocó el brazo, la cara. Me la imaginé de mayor, una mujer adulta, pero con una voz todavía joven, todavía de niña. Para mí siempre sería una niña.

En el futuro, querrá saber de esto. Pedirá detalles de lo ocurrido. «¿De quién fue la culpa?», dirá tal vez la niña-mujer.

«De nadie», afirmará su madre.

Pero ella conoce a la niña y se da cuenta de que tiene que ubicar el mal en alguna parte, para así confirmar que sus padres no rompieron su matrimonio por ella. Por encima de todo, tiene que saber eso.

La madre le dirá que no es culpa de nadie, no porque ella misma lo crea, sino porque es lo correcto, lo que debe hacer. Pero no funcionará.

La niña ubicará el mal, la niña descubrirá el origen del mal. Y si no lo encuentra, se lo inventará. Al fin y al cabo, de alguien será la culpa. Debe de haber una mala persona, una persona a la que hay que castigar.

La madre mira a su hija, que es ahora una mujer, le toca el pelo y observa cómo se le enrosca en el dedo.

—Papá —dice la madre—. Ha sido papá. La culpa es suya.

La cama estaba empapada y mi cuerpo también. ¿Estaba otra vez sudando de noche? Tirando hacia arriba de las mantas, me estremecí, casi disfrutando de la extraña sensación de frío-calor. Oí la voz de mi hija mayor.

—Mamá —dijo—. Está aquí Nana.

Mi pequeña me acarició la cabeza. Miré su cuerpo, a mi lado.

—Estoy cansada —comenté.

Y luego otro cuerpo apareció en mi campo visual, agachado, y vi un rostro que llevaba años sin ver.

—Hola, Didi —murmuré, y ella sonrió sin enseñar los dientes.

Para el primer cumpleaños de la mayor, fuimos a celebrarlo a casa de mis padres. Didi y yo habíamos discutido durante la tarta, de fresas y nata. Yo le había encargado a un joyero que hiciera una pequeña gargantilla con el nombre de mi hija. De oro de dieciocho quilates y diamantes. Aunque era diminuta, todavía le quedaba demasiado grande, con ese cuellecito. La gargantilla me había llegado unos días antes, y se la enseñé a mi marido.

—¿Cuánto ha costado? —preguntó.

Se lo dije, y abrió los ojos como platos, simulando terror.

—No saques el tema delante de ellos. Me darán la tabarra con que debo ir solamente a su joyero.

—A lo mejor deberías hacerlo.

—No —protesté—. Nunca acierta, siempre mete la pata en algo.

Pero cuando llegamos a casa de mis padres mi marido sí que sacó el tema, preguntándome por qué no le había puesto la gargantilla a la niña para la celebración.

Mi madre se volvió hacia mí.

—¿Qué gargantilla? —preguntó. Quiso saber cuándo la había encargado.

Carraspeé.

—Hace un mes.

—Tendrías que habérmelo dicho. Jhaveri lo habría hecho estupendamente. Ahora hace diseños modernos. Todo con la última tecnología. Hasta renderizaciones en 3D. ¿Cuánto has pagado?

Se lo dije y asintió.

—¿Y cuánto pesa?

—¿A qué te refieres?

—¿Cuánto oro han usado? ¿Y los diamantes? ¿De qué calidad son?

—No lo sé exactamente, pero es una buena marca, estoy segura de que la calidad de los diamantes es perfecta.

Abrió los ojos como platos.

—No me puedo creer que ni siquiera preguntaras por el oro. ¿Cómo sabes que no te están engañando? Enséñame una foto.

Se alejó el móvil de la cara para ver la imagen.

—¡Esto! Esta miniatura. ¿Y te has gastado todo ese dinero? Créeme, no tienes ni idea. No haces más que tirar el dinero.

Más tarde, me llevé al bebé arriba para darle el biberón, y mi marido vino detrás. Cuando estuvimos en mi antiguo dormitorio con la puerta cerrada, le eché la bronca.

—Te dije que no sacaras el tema. Te dije que no dijeras nada.

—¿Qué tema?

—La gargantilla. Sacaste el tema adrede.

—¿Adrede? ¿A qué te refieres con adrede?

—Me refiero a que te pedí que no dijeras nada. ¿Por qué mencionaste adrede la gargantilla cuando sabías que eso daría lugar a una discusión con mi madre?

—¿De qué me estás acusando exactamente? —preguntó, poniéndose de pie.

Se lo repetí, y se enfadó aún más.

—¿Adrede? —gritó—. ¿Adrede? ¿Quién te crees que eres?

—¿Puedes responder a mi pregunta? ¿Por qué sacaste el tema cuando te pedí que no lo hicieras?

—Responde tú a mi pregunta, ¿a qué te refieres con que lo hice adrede? No puedo creer que me estés acusando de esto.

—¿Yo? —grité. Pero ya no había forma de pararlo, obcecado como estaba en la palabra «adrede», empujándola una y otra vez hasta el núcleo de la discusión. Dentro de esa palabra había un enorme abanico de significados que nunca había imaginado. Al usarla, yo había logrado asesinar al personaje de mi marido y le había hecho un grave daño psicológico. ¿Es que yo no veía, quería saber él, lo profundamente insultante que era acusarlo de hacer algo como aquello adrede? No estaba seguro de que pudiera superarlo.

—Si crees que soy la clase de persona que haría esto adrede, ¿por qué te has casado conmigo?

Hacía ya un buen rato que mi queja original se había evaporado.

—Lo siento —me disculpé, con voz apagada—. Lo siento mucho —repetí, no porque de verdad lo sintiera, sino porque quería que la conversación terminara. En cuanto las palabras salieron de mi boca, mis ojos se desplazaron hasta la puerta, que estaba abriéndose lentamente, y la cara de mi hermana apareció a través de la rendija.

—Eres una puta zorra —dijo él, articulando cada sílaba.

La cara de Didi denotó sorpresa, alarma, y algo más, algo que me hizo sentir que tanto a mi marido como a mí nos habían pillado in fraganti, y mi mente se apresuró a calcular qué explicaciones tendría que dar ahora.

Mi marido siguió mi mirada, volviéndose para ver allí a mi hermana, pero antes de que él pudiera decir nada, ella apartó la vista de él, dio un paso atrás y cerró la puerta.

Volvimos a casa sin soltar palabra. Mi marido condujo despacio y sin música. La bebé iba dormida en su sillita. Yo miraba por la ventanilla, a los árboles que habían estado repletos de hojas naranjas la última vez que habíamos hecho el trayecto, y ahora estaban desnudos.

—Bueno —dijo, con voz cordial—. La cosa se nos ha ido de las manos.

—Hmm —murmuré.

No quería volver a hablar del tema.

—Y ha aparecido tu hermana. ¿Qué crees que habrá oído?

—No lo tengo claro —dije, pero no era cierto.

—Y supongo que se lo comentará a tus padres.

Seguí callada, y él probó de nuevo:

—Seguramente ya se lo habrá dicho.

—No lo sé.

—Ya, claro que lo sabes. Lo sabéis todo de todos.

Él aguardó, pero yo no le quité ojo a la carretera, oscura y vacía.

Luego dio un largo suspiro.

—Estoy cansado de esto, y estoy cansado de cómo me hablas.

Pegó un volantazo y detuvo el coche en el arcén junto a la autopista.

Di un grito ahogado y miré al asiento trasero. La bebé seguía profundamente dormida.

—¿Qué haces?

Me miró, con cara inexpresiva.

—Estoy demasiado nervioso para conducir. Sigue tú.

Me quedé mirándolo.

—¿En la autopista? No.

—Venga —dijo, desabrochándose el cinturón. Abrió la puerta y salió.

—Esto es peligroso —grité.

Rodeó el coche hasta mi lado y abrió la puerta.

—Sal del coche.

Mi cuerpo estaba aterido de frío y de miedo, pero de alguna forma me quité el cinturón y salí. Caminé despacio hasta el otro lado

y me subí al asiento del conductor.

Él estaba sentado a mi lado, con una expresión casi placentera.

—Adelante. Quiero que nos lleves a casa.

Me temblaron las manos.

—Vamos, arranca —ordenó.

—Para ya —susurré.

Nos quedamos allí sentados durante lo que se me antojó una eternidad, hasta que de repente rompió a reír.

—Estaba de broma —dijo. Se bajó y vino hasta el lado del conductor.

Abrí la puerta de un empujón y salí de un salto, corrí hasta el asiento del copiloto, temiendo que se largara sin mí.

Arrancó el coche y siguió conduciendo como antes, despacio y sin música. Cuando llegamos a casa, vomité en el césped, mientras él metía en casa a nuestra hija dormida.

Didi llamó al día siguiente. Me contó que no le gustaba lo que había visto y oído.

—No me puedo creer que te hablara de esa forma —dijo.

—No era lo que parecía —mentí—. Entraste en el peor momento. Después de eso no hubo más.

—Pero ¿qué pasó? ¿Qué lo puso tan violento? —continuó—. ¿Te insulta a menudo?

Me froté los ojos, que estaban secos después de una noche sin dormir; seguía con el estómago revuelto desde el día anterior.

—Déjalo y punto —le solté.

Pero ella no estaba dispuesta. Siguió sondeando, retirándose un instante para luego retomar sus preguntas. Me confesó que estaba preocupada, preocupada por mí y por mi hija.

—Conmigo puedes hablar —susurró.

Aquellas palabras me provocaron un escalofrío, y la rabia empezó a bullir en mi interior. Le dije que se metiera en sus asuntos, que lo único que estaba era amargada, y que no era culpa mía que su vida fuera un infierno.

Mi hermana y yo no nos habíamos dirigido la palabra desde aquel día.

Didi me ayudó a incorporarme en la cama, y le pidió a la mayor que trajera algo seco para cambiarme. Me puse de pie y sentí la alfombrilla empapada bajo mis pies.

—Creo que me olvidé de cerrar el grifo —le dije.

Me tocó la cara.

—No pasa nada, ya lo limpiaremos luego.

Me ayudó a subirme al asiento trasero del coche de mi padre. Él esperaba delante, con las manos en el volante. No volvió la vista mientras nosotras nos apretujábamos.

—Hola, papá —dije. No le veía la cara, solo la raya recta y bien hecha de su pelo cano en el espejo retrovisor.

—Hola —contestó.

Yo iba sentada entre mis dos hijas; cada una me agarraba una mano.

Didi se sentó delante con una bolsa.

—Creo que esta noche deberías quedarte en casa —comentó.

Yo murmuré algo, cerrando ya los ojos, relajándome sobre aquel asiento de piel tan familiar.

SEGUNDA PARTE

10

Un hombre se echa agua en la cara de un cubo azul de plástico. Las gotas me salpican las mejillas. Filas de saris de algodón, camisas de cuadros de madrás, goteando, el agua escurre de la tela, pasa una bicicleta, un carro con dos mujeres, que se protegen los ojos de la luz cegadora con las manos.

El suelo es gris y polvoriento y un adolescente alto, de la misma edad que Didi, la mira fijamente, le tiende la mano, escupe algo rojo. Unas gotas como de pintura le dan en los pies. Didi chilla.

No tengo más de seis años.

Papá dice que vamos a ir a un templo que se erige sobre el lugar de reposo del dedo del pie de la diosa.

—¿El dedo del pie? —pregunto—. ¿Cuál? ¿Entonces ahora tiene nueve dedos? ¿Y puede andar sin ese? Y si es una diosa ¿por qué no se lo pega de nuevo?

Papá responde que, cuando murió, su marido la cortó en pedazos, y las partes de su cuerpo están desperdigadas por toda la India.

Las campanas repican, y casi no puedo oírlo. ¿Por qué debía morir la diosa? ¿Cómo pudo hacerle eso su marido? Las baldosas del suelo varían del gris al marrón, también están polvorientas, por encima y entre ellas, las propias baldosas se mantienen unidas por el polvo, cortadas en pequeñas onzas cuadradas, parejas, como tabletas de chocolate, unas enteras y otras rotas, esperando a que el agua de las inundaciones de los monzones las limpie.

Cruzamos unas puertas metálicas, pintadas de azul pero descascarilladas y gastadas, y algo que suena como un golpeteo, un

repiqueteo, una cacofonía de campanas y tambores, hace que todas las superficies retumben, las paredes, las caras entre el gentío tiemblan. El clamor me abruma, y me tapo los oídos. Alguien empieza a toser, es uno de nosotros, pero como a todos nos duele la garganta no estoy segura de quién se trata. Es invierno y el aire está cargado de humo gris, la ciudad parece interminablemente gris, simpar en su falta de color. La mayoría de los días no se ve el otro lado de la calle, el aire es inerte, sólido, y siento que si suelto un objeto pequeño delante de mí el manto de niebla y humo lo sostendrá.

Finjo no tener miedo. A nuestro alrededor, los cuerpos se aproximan y nos arriman unos a otros. Mujeres con saris y el vientre al aire, con las blusas mojadas bajo las axilas, el olor a sudor, a brillantina. Examino el vientre de una mujer, su barriga a la altura de mis ojos y, aunque no le vea la cara, noto que en su vientre hay otra cara, un ombligo como una boca que hace pucheros, con estrías como arrugas de la risa a cada lado. Me quedo hipnotizada hasta que algo me golpea la cabeza, algo duro, un codo.

Las voces se alzan y sé que nos estamos acercando, pero ¿a qué? ¿Al dedo del pie? En el aire flota el hedor de la expectación, del pánico. Grito y tiran de mí hacia los brazos de mi padre.

Mi hermana mayor está a su lado. Él sujeta la mano de Didi, sus dedos están entrelazados. Mamá está detrás de nosotros, rodea su cuerpo con sus brazos. Yo no dejo de taparme los oídos mientras mi padre se abre paso a empujones, arrastrándonos a todas con él, como si fuéramos un único organismo indivisible.

—Quítate los zapatos —dice, arrancándomelos de los pies.

Yo sigo mirando todas las caras, caras que me inquietan y me apremian, que no parecen ser conscientes de sí mismas, caras que no están obsesionadas con su propio reflejo, que no se han pasado la vida delante de espejos, recomponiendo sus rasgos y expresiones para mostrarlos en público. Dientes amarillos, narices arrugadas, labios agrietados cubiertos de baba. Siento una presión en la mandíbula cuando mi padre me vuelve la cabeza. Delante de mí, en lo que se asemeja a un pozo oscuro cubierto de infinitas guirnaldas de flores, rosa, caléndula, jazmín e hibisco rojo, un rostro oscuro me

devuelve la mirada. El rostro tiene tres ojos naranjas y las pupilas negras; un ojo en el centro de lo que debe de ser su frente y, desde su boca, enseña una dentadura superior dorada y saca una enorme lengua de oro reluciente. De las flores surgen dos pequeñas manos naranjas. Una sostiene una espada curva. Sobre su cabeza hay una corona.

Alguien me mete a la fuerza en la mano un capullo de hibisco aplastado, y nos siguen empujando, expulsados de nuevo antes de que queramos darnos cuenta, bajo el cielo gris abierto.

—Venid, por aquí —dice papá mientras nos acercamos a una pared negra. Me doy cuenta de que allí hay una habitación, una especie de cobertizo de techo bajo, y mi padre me lleva dentro.

Una cabra, enguirnaldada como la diosa, es obligada a avanzar. Tiran de ella con una cuerda, le rocían la cabeza con un líquido. El animal es joven, suave, le falta músculo. Tiene el pelaje brillante y perfectamente negro. Sus cagarrutas caen al suelo, bolitas oscuras entre los pétalos de rosa desperdigados. El olor viaja hacia mí y todo el vello de mi cuerpo se pone de punta. Suelto el hibisco aplastado.

Un hombre se da la vuelta. Lleva el pecho desnudo, su piel brilla de sudor, mientras levanta una gran hacha metálica. La cabeza del hacha es curva como una hoz. La cabra forcejea y chilla, pero los hombres no hacen caso. Su cabeza está sujeta entre los dientes de una horca de madera que sale del suelo, una horca que parece hecha para esa cabeza.

El hombre blande el hacha en el aire y la deja caer. La cabeza sale volando y yo, histérica, miro y la busco por todas partes. El cuello de la cabra es un boquete enorme que derrama sangre al suelo, parte de ella se recoge en un barreño. Empujan a un lado el pequeño cuerpo, que cae, le tiemblan las piernas, el animal sin cabeza sigue vivo.

Mi hermana grita e intenta retroceder para apartarse, pero mi padre le sujeta el brazo. Mete el dedo en la sangre que encharca el suelo y la toca con él entre las cejas, luego hace lo mismo conmigo. Envuelvo con los brazos el cuello de mi padre cuando se da la vuelta para irse, y veo que ya hay otra cabra colocada y presentada. Una vez decapitada, da sus últimos pasos hacia mí antes de desplomarse

en el suelo.

Me desperté a oscuras, con una hija a cada lado, cada una me sujetaba un brazo, me agarraban en busca de consuelo, o tal vez para inmovilizarme, encadenarme a la cama, como si fuera una loca. En cuanto llegamos a la casa de mis padres, me llevaron directa a la cama, al cuarto de invitados, me desvistieron como a una niña, me quitaron los zapatos y me arroparon. Protesté, pero mi hermana me mandó callar, me aseguró que cuidaría de las niñas, y cuando mi cabeza tocó la almohada cedí al sueño.

Me escabullí de sus manos y busqué mi teléfono en la mesita de noche, luego en el tocador, el armario y el cuarto de baño. No lo encontré por ninguna parte. Un reloj del pasillo anunció que eran las tres de la mañana y yo sentí el mismo desasosiego que cuando, de niña, volvíamos de un viaje y el *jet lag* me convertía en una bestia nocturna que deambulaba sola por la casa.

Con cuidado de no hacer ruido bajé despacio por la espléndida escalinata, media espiral con una elaborada balaustrada. Mis pies se hundieron en la moqueta, y sentí que encogía, me convertía en la niña que antaño vivió allí. En el comedor había más fotografías de muertos que de vivos, toda una pared de bisabuelos, tías abuelas y tíos abuelos. Las imágenes eran posados, tomadas en antiguos estudios fotográficos coloniales, los sujetos iban bien vestidos y engalanados, con kurtas, gorros topi como el que llevaba Nehru y majestuosos saris. Una de mis antepasadas estaba sentada ante una mesa escritorio de teca, con los tobillos cruzados y la cara girada para mirar a la cámara. Sostenía un libro abierto en las manos, aunque dudábamos de que hubiera sabido leer. Las fotografías de la pared eran en blanco y negro, todas salvo la más reciente, la de mi abuela materna, que murió cuando yo era una niña.

Aturdida, eché un vistazo por las habitaciones. Qué poco familiar me resultaba todo después de nueve años: la pintura nueva, el tapizado del sofá, lo fui asimilando todo, sintiendo al mismo tiempo que conocía a fondo todas las paredes, todos los rincones. Cada casa tenía su propia música durante la noche, su orquesta de crujidos, radiadores de calefacción o aparatos de aire acondicionado,

ventanas y ramas que vibraban contra el tejado, y los sonidos de casa de mis padres me resultaban inconfundibles.

Se oyó un leve rugido y me sobresalté, antes de darme cuenta de que eran mis tripas. Cuando abrí el frigorífico, el olor a fenogreco lo invadió todo: Vi aloo methi, un plato de patatas con fenogreco, en una fiambrera y pan thepla envuelto en papel de aluminio, las sobras de la cena. Me reí para mis adentros al imaginarme a las niñas comiendo aquello, sobre todo a la mayor, que no soportaba el olor de esa comida.

—Aprenderán a que les guste —decía siempre mi madre, y yo sabía que tenía razón, que en eso consistía la crianza, en anular los sistemas naturales del niño.

Una de las masis debía volver al mes siguiente de un viaje a la India. Regresaría con una maleta llena de pan paratha, encurtidos y masala. Mi madre lo guardaría todo en el fondo del congelador y usaría primero los alimentos que llevaban allí más tiempo. Toda la familia estaba al tanto de la costumbre de mamá de acumular comida de la India, convencida de que duraría para siempre. A lo largo de los años sus hermanas habían intentado disuadirla de aquella compulsión, sobre todo cuando se quejaba de que mi padre siempre quería salir a cenar, pero mamá se negaba a ver la conexión. De hecho, para ella era un motivo de orgullo que, en las poquísimas ocasiones en que tenían invitados, pudiera servir una comida india completa, literalmente. Todos los platos, los ingredientes, e incluso el embalaje, habían llegado de la India, a menudo de contrabando, viajando a través de océanos, igual que ella. Las comidas que servía reflejaban a la perfección quién era ella. El coste de traerlo todo, el billete de avión, y el tener que convencer a quien fuera para que cargase con una maleta extra para ella: aquello era la máxima demostración de amor. Sus hermanas actuaban en consecuencia, contando de antemano con ir más ligeras de equipaje, y con los años habían aprendido a no exigir jamás que mamá hiciera lo mismo por ellas.

Pero la comida no sabía igual que en la India, había pasado demasiado tiempo y el sabor se había perdido en la lenta expansión y contracción del hielo. Un fósil, por muy perfectamente que se

conserve, sigue estando muerto.

Subí las escaleras, entré en el cuarto de invitados sin hacer ruido y encendí una lámpara del tocador. Las niñas ni se inmutaron. La habitación era sencilla, una colección de muebles pasados de moda, pero por lo general inofensivos. Eché un vistazo a las diferentes tonalidades de crema y beis. No había nada de color, tan solo un rastro de malva en la alfombra de Cachemira. En el cuarto de baño, había tres juegos de toallas apilados con esmero, junto a un surtido de jabones y champús de hoteles de cinco estrellas en los que mi padre se había alojado durante sus viajes de trabajo. Abrí un botecito, lo olisqueé y lo cerré de nuevo. Olía a rancio.

Había cosas mías en el armario, llevaban guardadas allí desde que me casé. Bajé una caja de cartón y la abrí. Algunos peluches que olían a moho. Un cuaderno lleno de mis primeros pinitos literarios. Un joyero infantil que en su día tenía música. Lo abrí con precaución y la pequeña bailarina de plástico que había dentro saltó irguiéndose como un resorte, girando con una tensa pirueta. Tenía el pelo pintado de amarillo, los ojos azules y la boca de un rojo intenso. Llevaba un tutú azul y se movía en silencio. No recordaba cómo era la canción, pero sí el día que me lo regalaron.

Cuando éramos pequeñas, papá iba todas las mañanas a la oficina y mamá al centro comercial. Se iba directamente después de dejarnos en el colegio y, cuando nos recogía, ya la habían asaltado los remordimientos. Así que nos echaba una ojeada por el retrovisor y decía: «Tenemos que parar en el Garden Plaza. Necesito devolver una cosa».

En el centro comercial, nos dejaba sentadas en el local de los *pretzels* y le encargaba a Didi que pidiera algo. Siempre elegíamos el de mostaza y miel con la salsa de queso aparte y compartíamos una Coca-Cola Light sin hielo. Solíamos esperar a mamá como una hora, más o menos. Hacíamos los deberes, jugábamos al tres en raya en los márgenes de los libros de texto y juzgábamos si las mujeres que pasaban por nuestro lado eran más o menos guapas que nuestra madre. A veces, cuando mamá volvía a por nosotras, no llevaba nada en las manos, pero en ocasiones venía cargada con un montón de bolsas.

Pedía un café con mucha leche y se hundía a nuestro lado en el banco del reservado. Su cara delataba cansancio, parecía exhausta, y yo me imaginaba el día que había llevado sin nuestra compañía, los demonios que había vencido para mantenerse en pie.

Para Didi aquello siempre era una oportunidad. Comentaba unas cuantas cosas a las que les había echado el ojo. Artículos de papelería. Un par de Dr. Martens. Un vestido de nido de abeja y unas gafas de sol. Y siempre añadía algo para mí. Cintas para el pelo con brillibrilli. Un bolígrafo de cuatro colores. Un joyero con una bailarina dentro. Nunca decía que deseábamos aquellas cosas. Solo que eran bonitas. Con un gesto de la mano, mamá desechaba la idea, demasiado agobiada para pararse a pensar en lo que sus hijas querían.

Pero de camino a casa Didi empezaba a montar su numerito. Se quedaba callada, seria, aunque nunca se enfurruñaba tanto como para parecer que estaba de mal humor. Tenía perfeccionado el arte de expresar desagrado en silencio.

Mi madre ponía música o intentaba dar conversación, pero Didi se dedicaba a mirar por la ventana. La mayoría de las veces mamá capitulaba, y nos proponía volver al centro comercial para que Didi pudiera comprar lo que necesitaba. Didi se negaba, aduciendo que no le hacía falta, que mamá tenía razón, que era demasiado y demasiado caro, y que al fin y al cabo ella no necesitaba nada. Mamá daba media vuelta y conducía hasta el centro comercial por tercera vez en el mismo día, diciéndole a Didi que podía comprarse algo, por qué no, no tenía nada de malo, y también alguna baratija para mí. Didi entonces comentaba que ya ni siquiera lo quería, que se le habían pasado las ganas, que nada de eso la iba a poner feliz. Antes de regresar al centro comercial, mamá le suplicaba que por favor se comprara lo que quisiera, porque si no le daría un tremendo disgusto.

—¿Qué es eso?

Di un respingo y miré hacia arriba. La mayor estaba de pie a mi lado, bostezando, con la cara marcada por el borde de la almohada. Le entregué la caja.

—¿Te he despertado? —susurré, y la culpa me embargó de

inmediato. Intenté no pensar en el día anterior, en el estado en que me encontraron.

Asintió y se rascó la cabeza.

—¿Has visto mi móvil? —le pregunté.

Se lo sacó del bolsillo.

Dando un grito ahogado, se lo arrebaté de la mano.

—¿Por qué lo tenías ahí metido?

—Te lo estaba guardando.

—¡No tienes por qué guardármelo! No quiero que uses el teléfono.

—Pues así es como llamé a Nana cuando estuviste a punto de inundarnos la casa —respondió, dando media vuelta, y allí me quedé, sentada con las piernas cruzadas en el suelo del armario empotrado.

El sol salió e inundó la habitación, y yo bajé de nuevo las escaleras. Mi madre ya estaba sentada en su sitio favorito, el sofá frente al televisor. Llevaba puesta una colorida bata de algodón, como de costumbre, y abrió los brazos en cuanto me vio.

—Estaba yo pensando quién estaría bajando las escaleras primero. Mi jaan, mi jaan —dijo, mientras yo me inclinaba hacia su abrazo. Llevaba la rodilla vendada por un ganglio que le habían drenado hacía poco y se había colocado varias almohadas por detrás para apoyar su maltrecha espalda. Me dijo que había cha en la cocina, del que siempre tomábamos, tal y como su madre le había enseñado a prepararlo. Al entrar en la cocina olí esa mezcla de hierba limón, jengibre, hojas de té negro y leche, y un poco de azúcar de palma disuelto en la tetera, suficiente para ella, para mi hermana y para mí, y también un poquito más en caso de que las niñas quisieran. Sabía que no contaba con mi padre, que no bebía café ni cha, y para quien la cafeína era un placer femenino.

Las niñas bajaron poco después que yo, con mi padre, riéndose de algo que él había dicho. Se movían por la casa como si la conocieran bien, como si ya hubieran estado antes. Didi apareció la última, ya vestida, como si fuese a salir. El jardín estaba perfectamente arreglado, la hierba era una moqueta suntuosa y

tupida, y las niñas salieron con sus gofres descongelados para disfrutar de la neblina matutina. Las observé y casi pude ver el jardín trasero tal como lo recordaba de pequeña, con una piscina en el centro que más adelante mi padre había insistido en tapar.

Mi familia no pareció sorprenderse cuando les dije que mi marido me había dejado.

—Debe de ser por el Kali-iuga, la Era de la Riña, seguro que es por eso —afirmó mi padre.

—Ha cambiado —dije yo—. Creo que todo empezó cuando Urano entró en una de sus casas angulares.

Todos asintieron, aunque estaba segura de que no sabían de lo que hablaba.

—Apuesto a que ni siquiera se siente culpable —añadió mi hermana.

La estudié de arriba abajo, con detenimiento, por primera vez aquel día. Parecía la misma de siempre. Si acaso, estaba más joven, más guapa. Con los pómulos carnosos, los ojos más abiertos que nunca, la piel brillante, como la miel. Yo estaba gris, demacrada, pero mi hermana, seis años mayor, parecía estar rejuveneciendo.

Mi padre se rio con disimulo y se puso de pie, metiéndose las manos en los bolsillos.

—Hagas lo que hagas, no te lo tomes como algo personal.

Nuestras miradas siguieron su cuerpo erguido y esbelto mientras caminaba de una punta a otra de la habitación, elaborando su idea. No se trataba de una afrenta a mí como esposa ni como mujer, afirmó. Mi marido era un síntoma del nuevo caos, de esta era de locura y perversión. Estaba perdido y, de hecho, enfatizó mi padre mientras levantaba un dedo, debíamos estar agradecidos porque se hubiera marchado.

Los hombres como mi marido, intervino mi hermana, nunca decían la verdad.

—Olvídate de la verdad —la corrigió mi padre—. Llevan dobles vidas, cómodamente, sin ningún conflicto interior. Mienten, ocultan sus indiscreciones.

Me di cuenta de que mi padre tenía razón, me ardió el cuerpo al oír la sabiduría de sus palabras. Didi me apretó la mano, y sentí que

me transmitía algo, una inyección de alivio.

—Gracias a Dios que te ha dejado —resumió mi padre—. Te educamos demasiado bien como para que abandonaras tu matrimonio. Tú jamás habrías hecho algo así, ni aunque te fuera la vida en ello.

Le sonó el móvil, miró el número y salió de la habitación para responder. Lo vi marcharse. Nunca contestaba el teléfono en nuestra presencia. Mi madre dio un largo trago a su té y encendió de nuevo la televisión. La miró sin inmutarse un instante, antes de soltar una carcajada por algo.

—Hacíais buena pareja —comentó entonces, con los ojos fijos en la pantalla—. De hecho parecíais una pareja perfecta. Solía alardear de lo felices que erais con cualquiera con quien me topara. Qué vergüenza tener que decírselo ahora a la gente.

Sonó el timbre. Mi madre estaba hipnotizada por la televisión, así que me levanté para ir yo, pero cuando abrí la puerta no había nadie, tan solo varias cajas en el escalón de la entrada, todas con el nombre de mi madre.

—Lo que más me preocupa de este divorcio —dijo sin apartar la vista del televisor, mientras sus manos abrían distraídamente uno de sus paquetes— es que probablemente no puedas volver a casarte. —Me miró a la cara, retándome a contradecirla, y tal vez esperando que lo hiciera.

—Probablemente no.

—Sobre todo con dos niñas. Tus pobres niñas. Y la verdad es que no te has cuidado, como ahora hacen otras. ¿Has dejado de teñirte?

Me toqué la cabeza. Llevaba un mes sin apenas lavarme el pelo. Las raíces canosas destacaban en marcado contraste con el resto.

—Quizá tendrías que buscar empleo —continuó mi madre.

El estómago empezó a darme vueltas. Era la única certeza de mi futuro. De algún modo, sin ninguna clase de experiencia, tendría que encontrar trabajo. ¿A qué clase de trabajo me dedicaría? ¿Quién iba a contratarme, a mí, a alguien que no sabía nada del mundo laboral, cuando había tantísima gente con experiencia que no encontraba empleo?

—¿Cómo te las vas a arreglar? —preguntó mi madre leyéndome la mente—. Llevas toda la vida dependiendo de tu padre y de tu marido.

Negó con la cabeza, con cara de indiferencia, aunque por cómo sonaba su voz parecía a punto de echarse a llorar.

—¡Ni siquiera conduces! Me horroriza que tengas que desplazarte en transporte público. Y que te metas en una oficina durante la temporada de la gripe. Lo que no tendrías que haber hecho es casarte. Pero entonces ¿qué sería de las niñas? ¿Qué sería de mí sin mis nietas? ¡Son los grandes amores de mi vida!

A mi madre le encantaba lanzar declaraciones como esa sobre sus nietas, y claro que quería a las niñas, sin duda, pero yo sabía que las prefería en pequeñas dosis o, mejor aún, por teléfono, desde donde no tenía que aguantar su ruido, su desorden o sus exigencias con la televisión.

—Piensa en lo sencillo que habría sido todo si no te hubieras casado —prosiguió—. Podrías ir a la oficina con Didi todos los días para ayudar a tu padre, y luego pasaríamos las tardes en casa.

—¿Puedo probar el cha?

Todas nos volvimos. Mi hija mayor estaba apoyada en la puerta. No estaba segura de cuánto tiempo llevaba allí de pie, ni de cuánto había oído.

Nos quedamos mirándola un instante, hasta que mi hermana se levantó.

—Claro. Y galletas de glucosa —dijo, acompañándola hasta la cocina.

Miré de nuevo a mi madre, cuyo rostro dibujaba ahora una mueca. Se apretaba el cuello con las manos y se mecía adelante y atrás con suavidad.

—Tráeme dos —ordenó, indicando con un gesto el frasco de opioides que había sobre una repisa encima del televisor.

Me levanté de golpe, abrí el frasco, saqué dos píldoras y se las entregué. Se las metió en la boca y se las tragó apurando los restos de su cha.

—Tendrías que haberme llamado —me reprochó. Me lanzó una

mirada y la dirigió de nuevo al televisor—. Una hija debería llamar a su madre. Deberías haberme contado lo que pasaba. Yo no se lo habría dicho a papá. Ya no me cuentas nada.

—Lo siento.

Se encogió de hombros y se acomodó en su trono de almohadones.

La verdad era que yo nunca había hablado con mi madre de nada importante. Ella siempre daba a entender que no sería capaz de soportar la angustia, que no quería enterarse de los problemas. Sentía que la superaban, y se montaba una película. Y yo sabía que tarde o temprano me traicionaría, que le contaría a papá o a otra persona por lo que yo estaba pasando. No se lo echaba en cara, pero era lo que siempre ocurría.

En ese momento, al mirarla, sentí una presión en el pecho. Su cuerpo siempre estaba al borde del colapso. De pequeña, cuando lo pasaba mal por los enfados de mi padre, su desaprobación o su lengua afilada, siempre me había resultado más útil hablar con mi hermana.

Solo en una ocasión le conté un secreto a mi madre antes que a nadie, y fue cuando quise casarme. Sabía que mi padre se llevaría un disgusto, que lo pondría de mal humor, que el asunto quedaría en el aire y nunca se hablaría de él como había que hacerlo. Era el modo en que él trataba lo que no le gustaba, como si su descontento bastara para que todo se esfumase. Y yo sabía que Didi no me serviría de mucho. De hecho, temía que reaccionara igual de mal que mi padre. ¿Qué sentiría mi hermana si yo la adelantaba? Envidia, quizá, envidia de que yo avanzara con mi vida antes que ella, envidia de mi marido, y de cómo él cambiaría nuestra relación de manera irrevocable. Había otros sentimientos, ella rechazaría algunos, la confusión, la tristeza, pero yo sabía que era algo que nunca compartiría conmigo. Así pues, había optado por hablarlo con mamá primero, por pedirle consejo sobre cómo y cuándo sería mejor darle la noticia a mi padre. Era importante, las dos lo sabíamos, que él creyera estar enterándose antes que nadie. Pero más adelante percibí un cambio en él, una ráfaga de frío hacia mí, antes de que yo le hubiera dicho ni una palabra. Me di cuenta de que, si mi madre

estaba confabulada conmigo, bien podría estarlo también con él.

Al final me enfrenté a ella. ¿Había traicionado mi confianza? Pero ella lo único que hizo fue reírse y quitarle importancia. Después de todo éramos una familia, y ahí no había traición que valiera. La traición era algo que hacían los de fuera, como acababa de demostrar mi marido.

Encontré a las niñas en el cuarto de mi hermana, una habitación que en su momento habíamos compartido, pero que ahora me resultaba irreconocible. Las niñas estaban tumbadas en su cama, con su somier tapizado y sus sábanas de lino color crema. Detrás del cabecero colgaba un enorme tapiz, uno que nunca había visto, de un extenso bosque verde con un pequeño castillo al fondo. Seguramente era nuevo. En un rincón había una mesa antigua con elaboradas incrustaciones de nácar.

—¿Todo bien? —preguntó mi hermana.

Me volví y la vi en la cama, con las niñas. Era extraño. Unos instantes antes no me había fijado en ella.

—Sí, todo en orden —dije, sonriendo, hasta que me di cuenta de que las niñas miraban absortas la pantalla del móvil de Didi.

—Nada de móviles.

La orden me salió un pelín más brusca de lo que pretendía.

—¿A qué te refieres? —preguntó mi hermana.

—No hasta que sean mayores.

Las facciones de mi hermana adoptaron una expresión que yo conocía muy bien, una que durante toda mi juventud me había encontrado con frecuencia: una expresión de incredulidad, de burla, de dominio y agresión, pero con la misma rapidez con que había aparecido, su mirada se suavizó y su boca se transformó en una sonrisa, y hasta que salí del cuarto no me di cuenta de que el corazón me latía con fuerza.

Horas más tarde, el almuerzo estaba servido en la mesa. Además del shaak y el bhakri, había descongelado kachori, bolitas rellenas tostadas al horno, y aloo tiki, croquetas de patata cubiertas con cucharadas de chutney de ajo. Me senté a la mesa y mi hermana se quedó de pie detrás de mí, apoyándome las manos en los hombros, rodeándome la espalda. Nuestras orejas se juntaron de

golpe y sentí el pinchazo puntiagudo de su pendiente. El pelo le olía a fruta madura.

Mis hijas ya habían aprendido de mí el truco de remover lo que había en el plato cuando su nani traía más comida. Solían esconder algo para picar en la sala de estar y se lo comían calladas delante del televisor. Para mí era un engaño que demostraba su profundo amor y respeto por su abuela.

Mi hermana había puesto la mesa con un mantel recargado, bordado de flores y tallos hechos con nudo francés. En el centro había unos jarrones bajos con tulipanes abiertos, estirándose como si despertaran de una siesta. Las servilletas eran de distintos colores, con el dobladillo cosido con hilo marrón: disparejas, pero con estilo. Cada plato era único. Didi se fijó en que yo estaba admirándolos.

—Quédate con unos cuantos —propuso—. Compré de sobra. Así puedes deshacerte de los viejos. Todavía los usas, ¿verdad?

Se refería, deduje, a la vajilla que había comprado cuando me casé, los platos blancos lisos que habían llegado en cajas a la casa nueva cuando me mudé con mi marido. Nuestra vajilla de boda. Recordé como abrí cada caja y con gesto solemne coloqué los platos en el armario. Imaginaba que un día estaría lleno de objetos que habríamos reunido juntos.

—Te los traigo —me propuso—. Todavía están en la caja. Quiero hacerte un regalo.

—Qué buena idea —comentó mi padre mirándome.

—Los platos que usamos están bien —repliqué—, sirven para lo que sirven.

—Debéis tener platos nuevos. —Didi miró a nuestros padres sonriendo de oreja a oreja.

—Pero no compres nada que no necesites, sé sensata —añadió mamá.

En una mesa tan exquisita, la comida parecía escasa. Nos la fuimos pasando con cuidado. Temía que algo se derramara, que una gota de haldi fuera a parar al mantel de lino claro y lo estropeara para siempre. En pequeños cuencos había encurtidos a base de khajur, limón o mango. En la mesa de mi madre, los condimentos se servían primero, y aquel día apenas había comida de verdad con la

que comérselos.

Me sentí irritada y me moví inquieta en mi asiento, con la esperanza de que se me pasara. Qué típico de mi hermana comprar demasiadas cosas, gastar más de la cuenta, dar rienda suelta a su avaricia y luego, delante de nuestros padres, intentar disfrazarlo como una forma de generosidad. Endilgarme su ropa usada, los trastos que ya no quería, envueltos como un regalo, y esperar gratitud a cambio. Me di cuenta de que estaba conteniendo la respiración y solté el aire en una ráfaga por la boca. ¿Por qué estaba pensando todo aquello? Había pasado muchísimo tiempo. Nueve años. Mi hermana estaba siendo amable, estaba intentando reconstruir.

Como de costumbre, mamá miraba a mi padre, que estaba sentado con los brazos y las piernas cruzadas. Le preguntó si le gustaba la comida, aunque, por su plato, veía que todavía no la había probado. Se ofreció a cortarle cebolla de guarnición, y también rábanos, pero él lo rechazó con un gesto de la mano y preguntó a mis hijas si querían salir a tomar el postre.

Cuando llegamos al restaurante, me dio la impresión de que la recepcionista conocía a mi padre. Lo saludó y le tocó el brazo. Si mi madre se había fijado, no dijo nada, y le pidió a mi hermana que la acompañara al baño.

Mi padre había dicho que salíamos a tomar el postre, pero todas sabíamos lo que aquello significaba. Habíamos ido a almorzar por segunda vez. Examinó la carta, sosteniéndola de lejos porque tenía la vista entrenada solo para grandes imágenes. No veía los detalles, como que mi madre se hubiera quedado calladísima desde que entramos en el restaurante. Mi padre siempre pedía de más y luego no se comía lo que traían. Se había criado con estrecheces y ahora tenía dinero de sobra. Papá quería parecer rico y esbelto, y no le importaba desperdiciar la comida. Alguien se la comería.

Cuando mi madre miró la carta, la acercó a la luz porque en sus ojos el mundo era oscuro y todo en la vida era sombrío. No podía soportar la abundancia desenfrenada, el vergonzoso exceso que la rodeaba. Había estudiado en un colegio de monjas y siempre se sentía un pelín pecadora. Para no desperdiciar la comida, comía

hasta ponerse mala y luego se aborrecía a sí misma.

Didi se ofreció a pedir para toda la mesa, pero mi padre insistió en que se encargaría él. Mamá le suplicó que no pidiera demasiado. Él llamó con un gesto al camarero. Cuando acabó, se volvió hacia mí y se echó a reír. Ya sabes cómo va la cosa, parecía decirme, divertido.

Sentí que algo se tensaba en mi interior, pero me permití asentir, y él se lo tomó como una autorización para llamar de nuevo al camarero y pedir tres platos más. Mi madre hundió los hombros y esta vez se quedó mirándolo más tiempo, con los ojos empañados.

Mi padre arqueó las cejas y se rio más fuerte. Yo notaba que las niñas me observaban sin saber cómo reaccionar, y mi hermana negó con la cabeza, sonriendo con indulgencia tanto a mi madre como a mi padre. Luego les preguntó a las niñas por el colegio y si un día podía recogerlas en coche para llevarlas al centro comercial. A las niñas se les escapó un grito de alegría. Yo forcé una sonrisa dirigida a mi hermana, pero mi mirada fue a parar detrás de ella, a la puerta del restaurante, un rectángulo que enmarcaba su cuerpo, y contuve el impulso de levantarme y salir de allí, de respirar el aire cálido de la tarde, en el espacio abierto del aparcamiento. No quería seguir mirando a nadie, no quería oír lo que decían. Examiné mis dedos, mis manos en mi regazo, las grietas que nunca sanarían, contando los segundos, los minutos, hasta que llegara la comida. Mi madre buscaba en su bolso un blíster de antiácidos que se había traído de su último viaje a la India, lo sacó y se tomó dos con un vaso alto de agua.

Cuando llegó la cuenta, mi padre pagó sin revisarla. Mi madre lanzó varias cifras para adivinar cuánto había costado la comida.

—¿Doscientos? ¿Trescientos?

Yo di un sorbo al agua, sintiendo que empezaba a marearme, igual que cada vez que ocupaba el asiento del conductor. Mi padre seguía sin soltar prenda y mi madre no dejaba de intentar sonsacarle. Yo notaba cómo aumentaba su ansiedad, cómo me envolvía, y el desprecio de mi padre hacia ella me quemaba la piel.

—¿Cuatrocientos? ¿Quinientos? ¿Seiscientos?

Él no contestaba y ella seguía subiendo la apuesta, proponiendo

cifras cada vez más absurdas y descabelladas. Las niñas empezaron a reírse tontamente y a contar con ella.

—¡Setecientos! ¡Ochocientos! —entonaban, creyendo que era un juego, batiendo palmas.

Los ojos de mamá cada vez se abrían más y vi el terror que crecía en su interior, como si creyese que era posible. De repente le agarró el brazo a un camarero y le soltó que antes de que acabara el año estaríamos viviendo en la calle.

El camarero la rehuyó y miró a mi padre. Papá se encogió de hombros.

Mientras caminábamos hacia el coche, ella no paró de hacerme advertencias. Me dijo que no me acostumbrara a mi cómoda vida, que los gastos de mi padre se habían descontrolado y que prácticamente vivían con una mano delante y otra detrás.

Cualquier día, los muros que nos rodeaban se iban a desmoronar, afirmó mamá. Era cuestión de tiempo.

Siempre decía lo mismo, llevaba contándome que vivíamos al filo de la pobreza desde que yo tenía memoria. Cuando volvíamos en coche del colegio, yo me agarraba al borde del asiento hasta que aparecía nuestra casa, hasta estar segura de que aún seguía allí. Incluso esa tarde, al tomar la curva que había antes de la casa de mis padres, mi hija me preguntó por qué contenía la respiración.

—Voy a llamar un taxi —dije.

Todo el mundo me miró.

—¿Para qué? —preguntó mi madre—. Siempre tirando el dinero.

—Quedaos el fin de semana —propuso mi hermana, con un deje de alarma en la voz que no se reflejaba en su rostro sereno.

—Necesito comprobar unas cuantas cosas en casa —contesté.

—Eso puede esperar a mañana —replicó papá.

—No, papá, no puede.

Él lanzó las manos al aire, negando con la cabeza, y se fue tranquilamente a otra habitación.

—Vale, vale, yo te llevo —se ofreció mi hermana.

Estuve a punto de rechazar la oferta, pero me di cuenta de que no sabía si mi tarjeta funcionaría, y lo último que ahora mismo quería era usar la de papá.

Mi hermana me llevó aparte. El aliento le olía a crema de cacahuete.

—Creo que deberías plantearte quedarte aquí, al menos una temporadita.

—¿Una temporadita?

—Unas cuantas semanas. Tal vez un mes. Creo que las niñas necesitan estabilidad.

Me empezó a arder la cara.

—Las niñas están perfectamente.

Mi hermana nos dejó en casa y, desde la entrada, le dijimos adiós con la mano. Las nubes que se acumulaban en el cielo se asemejaban a las que tapaban los árboles.

—¿Significa esto que ahora nos hablamos con masi? —preguntó mi hija mayor, refiriéndose a su tía materna.

La miré, tenía el ceño fruncido.

—Pues claro que nos hablamos con ella.

Levanté los dedos para tocarle la mandíbula, la barbilla. Me sorprendió lo formado que estaba su rostro. Me di cuenta de que en el fondo todavía esperaba verla como una niña pequeña, un cuerpo que podía alzar y sostener con facilidad. Pero esa época ya había pasado.

—¿Entonces por qué no podemos quedarnos a dormir esta noche otra vez con ella?

—Creo que... —tartamudeé—. Qué a gusto se está en casa, ¿no? O sea, es solo que prefiero dormir en nuestra casa.

No podía decirle a mi hija lo que de verdad sentía: que una oleada de lucidez me había arrollado y tenía que reaccionar inmediatamente. ¿Cómo podía explicar que en realidad no se trataba de dormir, sino que no podía soportar la idea de soñar allí?

11

Cuando tenía cinco años, un astrólogo vaticinó que moriríamos en el agua. Los cuatro, y a la vez. Nadie hizo más preguntas, y el resultado fue el caos. Mi padre no pidió una copia de la carta ni detalles de los aspectos planetarios que habían dado lugar a aquel augurio. Confiaba en el Jyotish, aunque nunca hubiera conocido al astrólogo en persona. No sabía nada de astrología védica, pero estaba seguro de que era cierta, científica, la cosmovisión que había guiado a nuestros ancestros durante generaciones.

Casi todas las historias sobre la creación comienzan con un huevo, una palabra, un océano revuelto y lechoso. La nuestra comenzaba con una profecía que anunciaba nuestra desaparición.

Poco después, mi padre desarrolló una fobia a nadar que afirmaba haber tenido toda su vida. Todos los demás estuvieron de acuerdo. Como familia, odiábamos el agua. Mis primeros recuerdos jugando junto al océano en la costa de Nueva Jersey estaban etiquetados como fantasías infantiles, las alucinaciones de una niña que creía ser una sirena, un dios marino. Resultó que no era más que una niña. Sumérgela y le cortas la respiración.

Mi hermana no tardó mucho en convencerme de que las piscinas eran indecorosas, pues estaban llenas del sudor, la saliva y la orina de otra gente. No me hizo falta que insistiera demasiado. Sabía que para querernos unos a otros todos tendríamos que ser monstruos.

También nos ordenaron cambiar la orientación de la cama. Nunca se debía dormir mirando al norte. Las camas de la habitación que compartía con mi hermana estaban empotradas en la pared, así

que empezamos a poner la almohada en los pies en vez de en la cabecera.

De lo que nunca hablamos como familia era de que mi hermana se había tomado todo aquello un poco más a pecho. Por su ascendente en Virgo, a ella le interesaban los detalles. Después de la profecía, dejó de ducharse, o rara vez se duchaba, y en vez de eso usaba olorosas lociones y perfumes que compraba en Walgreens. El resultado era un extraño almizcle. Nuestro cuarto empezó a apestar a perro mojado y ropa recién lavada. No logré decidir si era agradable o no. Aquella racha se le pasó, o al menos la peor parte, al cabo de más o menos un año, pero me fijé en que cada vez que se agobiaba, o perdía el control, retomaba la costumbre. Se resistía a lavarse, como si la acumulación de sus propios residuos corporales fuera a restablecerla.

Y a lo largo de todo aquel extraño año, mis padres fingieron no darse cuenta de que la ducha estaba seca después de que Didi afirmara haberla usado. Evitaban incluso fijarse en que mi hermana tenía un cuerpo.

Soñé que iba a nadar a la piscina que antes teníamos en casa. Solo necesitaba un lugar donde ponerme el bañador. Pero los pestillos de las puertas no funcionaban y, mientras me quitaba la ropa, entraron mi madre, mi padre y mi hermana, negándose a marcharse, y cuando empecé a entrar en pánico y a llorar Didi me preguntó qué pasaba. Le dije que no tenía intimidad para cambiarme.

Me despertó el llanto de un niño. Yo estaba tumbada en la cama, bañada en sudor, con mis hijas a un lado. Las dos dormían profundamente, agarradas a sus mantas. Me incliné para olerlas, cada una distinta, única, pero de algún modo las dos olían a mí, a mi cuerpo.

Y, entonces, oí el sonido de nuevo, tenía más de aullido que de llanto. Estiré el cuello para echar un vistazo por la ventana, pero cuando llamó una vez más tuve claro que provenía de dentro de la casa. Me escabullí de la cama, con el corazón latiéndome con fuerza en los oídos. Cuando el ruido sonó de nuevo, habría jurado que venía de dentro de las paredes. Apreté mi cuerpo contra la pared

más cercana y presté atención, aunque sabía que era imposible, que allí no podía vivir ningún niño, entre aquellos fragmentos de aislante térmico de color rosa.

Seguí los gritos, que se oían con más fuerza en el cuarto de la pequeña. Me senté en su cama vacía y miré por la ventana. Estaba decidida a montar guardia, dispuesta a matar a cualquier cosa que se acercara. La noche era borrascosa y el viento cálido soplaba entre los árboles. Observé como se agitaba la hiedra del cenador de los vecinos.

Por la mañana mi hija mayor se despertó sola, pero a la pequeña hubo que convencerla. Se molestó cuando la llamé «bebé» y me pidió que le hiciera cosquillas entre las escápulas mientras contemplaba el día que tenía por delante. Dijo que le gustaba el tacto de mis dedos ásperos e insinuó que la noche había sido estresante. Le pregunté si había dormido bien, y ella contestó que no, que cada vez que cerraba los ojos tenía una pesadilla.

—¿De qué iba? —dije.

—No puedo decírtelo. O tendrás la misma.

Me reí de aquello.

—No te preocupes. Eso no pasa.

Su rostro se puso serio, sus labios desaparecieron dentro de su boca.

—Todos los sueños vienen del mismo lugar —dijo. Si me lo describía, luego me visitaría a mí.

En la mesa, las niñas hablaron con la boca llena y se mancharon la ropa de frambuesas demasiado maduras. Yo sorbí lentamente un vaso de un mejunje verde. La pequeña fue pescando las almendras peladas de sus cereales y me preguntó si había oído al gato por la noche.

—¿Qué gato?

—El que lloraba.

Me incliné sobre la isla de la cocina.

—¿Cómo sabes que es un gato?

—Porque lo hemos visto.

Las seguí hasta la rejilla del aire acondicionado y a través de las barras vi la silueta de un pequeño animal. Rebusqué en una caja de

herramientas que había dejado mi marido y encontré un destornillador. Cuando la gata salió del conducto, tenía los ojos rojos por el frío del aire. Era una gatita romana con pelo blanco en las patas, como calcetines de deporte. Me relajé, tratando de imaginar cómo se habría metido allí dentro.

—¿Puede quedarse aquí? —preguntó la pequeña.

Le expliqué que un animal tan bien alimentado y cuidado debía ser de alguien. Mi hija no tuvo respuesta para aquello. Puso morritos con el labio inferior y me recordó a mi madre. La pequeña no quería que otra familia se viera privada de su mascota. Tanto su sol como su luna caían en signos de agua, y sentía el dolor que ella ocasionaba con la misma intensidad que el dolor que a ella le ocasionaban.

Pero la mayor, con la luna en Aries, enseguida rechazó nuestras inquietudes, expresándose con todo su cuerpo: cada paso era un martillazo contra el suelo de madera, a la vez que agitaba los brazos en el aire y declaraba que la gata era nuestra porque nos había elegido y no hacía falta preocuparse tanto del resto del mundo todo el tiempo. Quería proteger a su hermana, pese a que a menudo era culpable de ser quien más la hería. Me fijé en cómo la mayor intentaba alentar la rabia en su hermana, le ordenaba endurecerse contra el mundo y quizá, con más apremio, contra ella misma.

Las niñas debatieron las posibles consecuencias de ocultar la gata y decidieron que podíamos quedárnosla hasta que nos acusaran de secuestro.

—Si interviene la policía —comentó la mayor—, les daremos la gata.

Admití que me parecía sensato.

Cuando se subieron al autobús escolar, les dije adiós a sus espaldas desde la ventana y me puse a buscar a la gata, que se había escondido. Debía de tenerme miedo, todavía no había determinado si yo era amiga o enemiga. Yo nunca había tenido contacto con animales, nunca había convivido con ellos, y caí en la cuenta de que no sabía qué comían los gatos. Leche, supuestamente. Y pescado.

12

Hace doce años, cuando todavía éramos unos recién casados, organicé una cena con mi marido y mi hermana. Esa noche ella había llegado conduciendo el Mercedes Clase C de mi padre y, cuando salió del coche, vi los solitarios de mi madre centellear en sus orejas. Didi siempre llevaba cosas caras, pero esto era algo fuera de lo común. Traía a mis padres a la cena a través de sus pertenencias, para asegurarse de que se notara su presencia. Quería distinguirse de mi marido, y puede que también de mí. Pese a que en otras ocasiones le gustaba reducir la diferencia de edad entre nosotras o bromear con que teníamos la misma, con que éramos prácticamente gemelas, aquella noche mantuvo una escrupulosa distancia. Llevaba los ojos meticulosamente delineados y un maquillaje felino y, de no haberla querido tanto, me habría puesto celosa.

Si había planeado la cena era porque mi marido me lo había sugerido. Él tenía la sensación de que apenas conocía a mi hermana y no se sentía cercano a ella. Nunca habíamos hecho cosas con ella sin mis padres, algo que a él le parecía raro. ¿Acaso ella no quería conocerlo?

Yo todavía no sabía bien cómo describirle ese aspecto de mi familia a mi marido. Lo había intentado varias veces, pero las explicaciones se quedaban cortas. ¿Cómo iba él a entender que mi hermana no iba realmente a ninguna parte sin mis padres, que siempre habían estado unidos, muy unidos, tanto que en los últimos años su trío se había calcificado y ya no había forma de separarlos? Si le aclaraba quién era Didi, no parecería más que una serie de

contradicciones. Mi hermana los cuidaba, pero a la vez dependía de ellos, era una adulta sensata pero también una cría pesada, al mando pero a merced de ellos. Todas esas cualidades estaban presentes, todas a la vez, y explicaban por qué ahora estaba sentada ante nosotros, esperando su comida, rígida, esperando la oportunidad de volver pitando a casa.

Didi se disculpó por llegar tarde y mi marido llamó al camarero para pedir la bebida. Aparecieron en la mesa unas patatas fritas rancias, que devolvimos, y hablamos de la última vez que habíamos estado en aquel sitio, de si creíamos que el servicio y la comida serían tan buenos como recordábamos o si todo se habría ido a pique, como inevitablemente les ocurre a la mayoría de los restaurantes. Las flores de la mesa eran de pega, ni siquiera una imitación de las de verdad, sino un extraño tallo mutante con diversas flores de plástico que brotaban de él. Mi hermana se detuvo unos instantes a observar el arreglo, entornando los ojos, y noté que algo bullía en su interior, hasta que finalmente levantó el jarrón y se lo entregó a nuestro camarero para que se lo llevara.

De repente quise desaparecer bajo la mesa pegajosa. No era el restaurante que ella habría escogido.

Antes, mi hermana me había dicho en privado que no entendía por qué teníamos que hacer una cena como aquella. ¿Por qué no podían venir también mamá y papá? Traté de quitarle hierro a su resistencia. Tampoco era para tanto. No era más que una cena agradable y divertida. ¿De verdad era pedir demasiado? Pero nuestra conversación acabó a grito pelado, rozando la histeria, y las dos nos vimos de repente al borde de las lágrimas.

—No lo entiendo —había gritado yo—. ¿Por qué eres así? ¿Por qué sois todos así? —Al colgar el teléfono me agarré la cabeza. ¿Qué le diría a mi marido? ¿Cómo iba a explicarle aquella ridícula negativa, aquella necesidad de controlarlo todo?

Me quedé pasmada cuando después me devolvió la llamada y accedió. Dijo incluso que decidiéramos nosotros el lugar y la hora y la avisáramos. Yo casi no podía hablar, y asentí al teléfono, antes de darle las gracias.

En el restaurante hortera, mi marido y Didi intercambiaron

preguntas vacuas. «¿Qué tal el trabajo? ¿Qué tal tu familia? ¿Qué planes tenéis para el fin de semana?» Durante un rato se las lanzaron de un lado al otro con fluidez, un peloteo relajado que me adormeció, y me ensimismé con el cúmulo de farolillos que había sobre nuestras cabezas, los banderines de papel que pretendían recordar a México. Él pidió algo más de beber, pero yo no noté el cambio que tuvo lugar en su cuerpo, el modo en que desplazaba el peso a los pies y se movía hacia adelante en la silla.

—¿Y tienes novio, o algo así?

Despegué los ojos de las paredes y miré a Didi. Su ceño daba señales de empezar a fruncirse, pero la voz que surgió de ella era neutra.

—No.

—Bueno, pero ¿quedas con gente?

Carraspeé.

—Yo tengo unos amigos estupendos —dijo él—. ¿Te gustaría que te organicemos una cita?

—La verdad es que no —replicó ella, y su tono se volvió gélido.

—¿Por qué no? —insistió él, ignorando mi mano en su pierna—. ¿No te van los hombres?

Ella lo miró fijamente, impertérrita.

Él se echó a reír y contoneó los hombros de un modo extraño.

—Perdona, ¿me estoy metiendo donde no me llaman? No pretendo atosigarte, es solo que soy una persona muy curiosa. Me encanta hacer preguntas.

—No pasa nada —dijo ella—. Puedes hacerlas.

Mi marido dio un sorbo a su copa y luego se enjugó el sudor con la mano.

—Lo que pasa es que no es muy lista —dijo en el coche, mientras volvíamos del restaurante a casa—. Intelectualmente hablando, quiero decir. Conozco a las de su calaña, lo he visto un millón de veces. Es una de esas chicas atractivas que nunca han tenido que cultivar su cerebro y, en consecuencia, no es capaz de mantener una conversación con un hombre.

Mientras hablaba, me imaginé a Didi contándoles la velada a mis padres. Les diría que mi marido era un tipo torpe, maleducado e

inseguro, y que no había que ser ningún lince para ver que tenía un problema con la bebida. Qué triste que yo me hubiera casado. Qué elección tan lamentable.

Los antiguos astrólogos situaban la Tierra en el centro del cosmos. El descubrimiento de un sistema heliocéntrico no cambió eso. Y los astrólogos occidentales asignaron significados a las incorporaciones de Urano, Neptuno y Plutón del mismo modo en que los hindúes añadieron dioses posteriores. A veces, cuando miraba una carta, todo estaba muy claramente delineado, los planetas y los puntos que aparentemente rodeaban mi centro vital, y la vida, en comparación, se me antojaba turbia. Mi sensación era la de ser atraída hacia la oscuridad.

En el centro de casi todas las galaxias, incluida la nuestra, había un enorme agujero negro. Nada podía escapar a la gravedad de ese lugar oscuro, ni siquiera la luz. Nunca se dejaría ver. Lo rodeábamos a ciegas.

Mis padres estaban al tanto de mi interés en la astrología, pero se preguntaban por qué no estudiaba la forma védica, una religión viva, una tradición ininterrumpida que se transmitía de maestro a discípulo. Les dije que me costaba entenderla, que los astrólogos de los que yo aprendía tenían acento americano y creían que la carta era algo que reflejaba nuestro mundo interior. No les dije que la profecía de mi infancia me había provocado una reacción de rechazo, que no podía pensar en ella sin sentir miedo.

Sobre mi escritorio, desplegué las cartas de mi familia, para compararlas con la mía. Yo era la única que había nacido de noche. Y qué distinto era el cielo de día, organizado alrededor de un único punto, el sol. Por la noche, cuando el sol dejaba de ser visible, había una extensión infinita de oscuridad repleta de otros cuerpos que brillaban con luz trémula. Nuestra atención se dispersaba de noche, nuestra visión era incapaz de adaptarse y ver lo que teníamos justo al lado. Los animales nocturnos dependían de otros sentidos. Las esferas celestes parecían expandirse en todas las direcciones, y hacían que no nos cupiera duda alguna de nuestra insignificancia. ¿Por eso temíamos los humanos la noche? La luz del día nos

permitía la fantasía de la dominación.

Pero nuestra realidad saturada de sol pendía del fino velo de la atmósfera de nuestro planeta. Todo lo que había más allá estaba bajo el manto de la oscuridad. Quienes habíamos evolucionado para alimentarnos de luz no estábamos equipados para eso, pese a que, incluso para los humanos, la vida se iniciaba en la oscuridad del útero.

Di un respingo al sentir un roce en la pierna. Era la gata, en busca de atención. Hoy estaba más cómoda conmigo, se me acercaba, dejaba que su cola me acariciara los tobillos. Se subió de un salto a mi cama y yo intenté echarla con delicadeza, pero ella posó su cuerpo sobre la almohada y pareció echarse a dormir. Había intentado que no tocara los muebles, pero no hacía caso, y volvía a subirse de un brinco en cuanto yo miraba para otro lado. Arañaba cualquier tejido peludo, le clavaba sus zarpas.

Volví a mis notas. Artemisa era una diosa virgen, asociada con la luna, los bosques y el parto. Me detuve, dejé el bolígrafo, fui hasta la ventana y levanté el cristal. Diana estaba allí, blanca sobre el fondo gris. El aire era húmedo y el cielo parecía más bajo, más pesado, como si estuviera a punto de estallar, pero la lluvia no llegaba.

En la mitología griega, Artemisa no solía buscar compañía entre los hombres, hasta que conoció a un valiente cazador llamado Orión. En una de las versiones de la historia, Apolo, su gemelo solar, se oponía a la posibilidad de su unión y, antes de que pudiera consumarse, mataba a Orión. Tal vez tuviera envidia de que su hermana pudiera reflejar la luz de otro. O quizá hubiera una parte de la historia que se había omitido.

Me senté de nuevo y miré mi página, el garabato ilegible que había dejado en ella, y luego me volví para observar la pared blanca y vacía. ¿Qué faltaba en aquella historia? Puede que Apolo supiera, informado por su Oráculo, que si Artemisa se quedaba embarazada y daba a luz a un hijo propio —un hijo que tal vez podría superar en poder a su tío o usurparle el trono a su abuelo— se revertiría algún orden y el reino de la noche y sus criaturas conquistarían el día. Quizá esa fuera la razón por la que, para el príncipe del sol, resultara imperativo que la diosa de la luna siguiera siendo virgen.

Todavía estaba escribiendo cuando las niñas llegaron del colegio.

—Te has dejado abajo el móvil —dijo la mayor.

Eché un vistazo a la habitación, al jaleo de papeles, y a la gata, todavía dormida.

—Tienes algunas llamadas perdidas de nana y de masi.

Me puse de pie. No había oído el teléfono.

—Han mandado mensajes —añadió.

—Y los has leído, deduzco.

Se encogió de hombros.

—Van a venir.

—¿Cuándo?

—Ahora, creo.

Al cabo de cinco minutos, oí el sonido inconfundible del automóvil de mi padre, aparcando en el carril de acceso. Se bajó del coche, también mi madre y mi hermana, y empezaron a sacar del maletero una bolsa tras otra, una serie interminable, como si fuera el coche de un payaso del circo.

Tiré de la puerta de mi dormitorio para cerrarla, dejando a la gata dentro.

—Oídme, he estado pensando —susurré a las niñas—. No digáis nada de la gata.

—¿Por qué?

—No saquéis el tema y punto. No sabemos si vamos a quedárnosla.

Pero en cuanto abrimos la puerta para ayudar a mis padres con las bolsas de la compra, mi hija mayor me preguntó con voz alegre si creía que nuestra nueva mascota necesitaba un poco de agua.

Didi y mis padres me miraron con cara de espanto.

—¿Qué mascota? —preguntó mi hermana.

—No está aquí, la tenemos encerrada, no os preocupéis.

Mamá soltó un grito ahogado y se tapó la nariz, como si de repente oliera algo hediondo, y papá amenazó con no volver jamás a mi casa. Le recordó a mi hija mayor que tener mascotas no era parte de nuestra cultura. Ella abrió los ojos de par en par y se le llenaron de lágrimas. De no haber estado tan furiosa, me habría

compadecido de ella.

Cómo podía tener un asqueroso animal en mi casa, quiso saber mi padre.

Volviéndose hacia mamá, empezó a relatar la historia de un amigo suyo que había muerto por culpa de un perro. El animal mordió al hombre, a quien su familia tuvo que acabar enjaulando cuando empezó a gruñir y a echar espuma por la boca.

—Lo miraron —dijo mi madre—, su padre y su madre lo miraron destrozados, en silencio, acongojados, mientras su hijo golpeaba su cuerpo contra los barrotes, ladrando y gruñendo, transformándose ante ellos. Después de aquel día, dejó de ser un hombre. La mordida lo había convertido en un perro.

Mi hija pequeña la interrumpió.

—Pero nana, nosotras tenemos una gata, no un perro.

Las cejas de papá se le enarcaron todavía más alto en la frente.

—¡Tú sabes el miedo que nos dan los animales salvajes! —exclamó, sin quitarme ojo—. Pueden volverse contra ti, siempre existe la posibilidad. No se puede civilizar a los animales. Al fin y al cabo, no tienen lóbulo frontal.

Asentí y les dije que, por supuesto, tenían razón, y que por nada del mundo nos quedaríamos con la gata.

Las niñas gritaron para protestar, pero las fulminé con la mirada. Devolveríamos la gata, repetí, en cuanto encontráramos a sus dueños.

Creí que eso calmaría a mis padres, pero se pusieron todavía más histéricos.

Mi madre me dijo que había protectoras, incluso hoteles para animales, y agarrándole el brazo a mi hermana le pidió que buscara alguno por la zona. A fin de cuentas no era mi problema, dijo mamá. ¿O también iba recogiendo humanos perdidos por la calle?

Les di la espalda y empecé a abrir las bolsas, y vi que estaban repletas de comida, alguna sacada claramente del congelador de mi madre y otra del supermercado, casi todo eran congelados, guisantes, zanahorias, una bolsa de coliflor y brócoli lista para prepararse en un wok. No era lo que yo compraba normalmente, pero se lo agradecía. Enseguida le mandé un mensaje a Sama, para

decirle que esa semana no necesitaba hacer la compra, que mis padres se habían pasado por casa con algunas provisiones.

«Mientras no aparezcan con las maletas...», escribió. Me metí el móvil en el bolsillo y abrí el frigorífico.

Mi padre me dio un codazo en el brazo que me hizo un poco de daño.

—Ven aquí —dijo—. Quiero hablar contigo. —Echó a andar hacia la sala de estar.

Yo miré a mi hermana, que lo seguía fijamente con la mirada, con una caja de helados en la mano, y luego salí de la cocina detrás de él.

—Estamos muy tristes por ti, y por las niñas —me dijo en un susurro—. Sobre todo tu Didi.

Le di las gracias por decírmelo, aunque era consciente de que para mi padre aquello también era una oportunidad. El fracaso de mi matrimonio era una ocasión para sanar otras rupturas. Mientras estuve entera, mi familia siempre pareció no saber qué hacer conmigo. Pero tal como estaba ahora, rota, empezaban a entenderme, y podían reunirse felizmente alrededor de mis fragmentos, igual que otras familias hacían puzles juntas.

Papá me sugirió contratar un detective privado. Mi marido debía de tener secretos, vicios de los que yo podía sacar partido.

—¿Qué partido? —pregunté. Volví la vista hacia la cocina y vi que Didi seguía observándonos. Nuestras miradas se cruzaron, y ella apartó la suya.

—Hmm, si esconde algo, se le puede sacar partido. Nunca se sabe. Cuando empiece todo el tema legal será mejor contar con algo con lo que puedas chantajearlo. No es nada malo, no tiene nada de malo. Él es un pervertido, ya lo sabes, su vida será un constante ir y venir de viciosos y delincuentes. Tú eres una persona maravillosa —me dijo—. Pero demasiado confiada. Siempre has sido un pelín demasiado confiada.

Papá fue a ver lo que las niñas tenían puesto en la tele y yo regresé a la cocina. Didi vino y se quedó a mi lado.

—¿Qué te ha dicho? —susurró.

—Ah. Nada, la verdad.

—Algo te habrá dicho.

Miré sus ojos abiertos como platos y me volví para encontrarme con mamá apoyada en la isla de la cocina, tapándome la vista de Diana, tratando de oír lo que yo decía. Claro, al llevarme a otra habitación, papá había protegido a mis hijas para que no oyeran la conversación, pero también había dejado a oscuras a mi madre y mi hermana, incitando la imaginación de ambas a enconarse, a preguntarse si yo era ahora su verdadera confidente, eclipsando así sus posiciones.

—De todas formas, no importa —rectificó Didi. Tuvo el sentido común de recobrar la compostura rápidamente.

Pero no mi madre. Se encaramó a un taburete y refunfuñó, rechazando el agua, e incluso el té, hasta que les llegó la hora de marcharse. Quise zarandearla, decirle que no cayera en aquella tontería, y, aun así, una parte de mí estaba paralizada, tan entregada al juego como siempre. En esta familia, alguien tenía que ser siempre el tonto, y por lo general lo éramos mi madre o yo. Pero en vez de protegernos mutuamente, malgastábamos nuestra energía evitando ese título, pasándonoslo la una a la otra.

Cuando se fueron y las niñas se acostaron, yo salí a la puerta de casa. La gata también vino, avanzando en círculos sobre el césped moribundo para luego dejarse caer sobre la panza, estirándose exageradamente. Me senté en el escalón de la entrada y esperé a que cayera la oscuridad, a que tomara el relevo, y a que algo me sacara de lo que debía de haber sido un sueño. El aire era húmedo y el rocío se acumuló sobre mí como si fuera una flor.

Mis padres llevaban falsificando mutuamente su firma desde que yo tenía uso de razón. En documentos legales, en felicitaciones de cumpleaños. De niña, saqué unas cuantas conclusiones de ese conocimiento: que de algún modo el matrimonio y la escritura estaban atados, que el matrimonio implicaba una fusión de identidades, y que, en cierta manera, era algo un tanto fraudulento.

Mi hermana y yo nos habíamos criado oyendo de nuestros padres que el matrimonio era un error. Puede que fuera lo único en lo que alguna vez habían estado de acuerdo. Cuanto mayor me hacía, más abiertamente hablaban de ello, a menudo mientras

cenábamos. Y por qué no, era un asunto familiar, un momento de enseñanza útil. Si pudieran deshacer todo aquello del matrimonio, lo harían. Nos lo comunicaron sonriéndose el uno al otro. Sabían que estaba de moda tratar a tus hijos como amigos, y aquello era su intento de ponerse al día. Cuánto se alegraban: qué maravilloso era que su discordia ya no fuera motivo de disputa. Al fin y al cabo, el sufrimiento podía ser colaborativo. Eran rivales que se encontraban décadas después del fin de la batalla. La vida había terminado.

Al mismo tiempo, el mundo en que vivíamos y el resto de la familia me decían lo contrario: que el matrimonio era el único destino respetable. Ser una mujer soltera y sola en el mundo, qué sino tan extraño y triste.

La realidad del matrimonio de mis padres era, a la hora de la verdad, la base del mío. El matrimonio no estaba hecho para personas como nosotros. Pero también era la única opción aceptable. Mi senda estaba trazada desde hacía mucho tiempo: la imposibilidad de encontrar la felicidad en el matrimonio y, al mismo tiempo, un vano deseo de redimirnos a todos.

Y en el caso de Didi, ella todavía estaba ahí, sosteniendo esa postura imposible, el experimento de mis padres, la encarnación de su teoría. Yo era consciente de su soledad, de su añoranza, sobre todo en la forma en que ahora me hablaba. Pero también sentía el residuo de una época anterior, algo que no había desaparecido en los años intermedios, sino que más bien había empezado a crecer en silencio.

Arriba, sin hacer ruido me puse el pijama a la luz de una única lámpara. Las niñas habían dejado entre ellas una estrecha ranura para que yo me encajara. Me incliné sobre el escritorio para guardar mis papeles, las notas en una pila, las cartas astrales en otra. Una hoja se me escapó de la mano y flotó hasta el suelo. Cuando me agaché para recogerla, vi la imagen familiar de mi propia carta astral. Y ahí estaba, aquel símbolo inconfundible plantado en el centro de la cuarta casa: el lugar para el hogar y el origen. Marte, el planeta del dios de la guerra, al nivel del *Imum Coeli*. Un cuchillo que apuntaba a la raíz.

13

Por fin comenzó a llover, y una vez que empezó ya no hubo modo de parar. Día tras día, las niñas arrastraban los zapatos por el fango, para luego quitárselos a patadas junto a la puerta. La gata las veía ir y venir sin inmutarse. El jardín se convirtió en una charca viscosa. La empresa de jardinería echaba la culpa al mal drenaje, a la tierra compacta, y a la falta de vegetación para este último problema. Me pidieron que les enviara fotos, y a su lista de motivos añadieron la inclinación inapropiada. Dijeron que se pasarían cuando el tiempo mejorara.

Yo me negaba a salir de casa e intentaba imitar en su sosiego a la gata, pero el olor de la lluvia solo servía para recordarme que mi dormitorio seguía patas arriba desde la inundación de la bañera: el moho se acumulaba en la lechada del cuarto de baño, la madera estaba combada y la alfombrilla despedía un tufo hediondo. Solucionar todo aquello me iba a costar una pequeña fortuna.

Casi era junio, se quejaron las niñas, ¿por qué todavía no habían llegado las cigarras?

—¿Nos has mentido? —preguntó la mayor, siempre suspicaz.

Yo pensaba que se habían olvidado.

—Creo que ha debido de pasar algo malo —dijo la pequeña.

Les expliqué que no era nada. Aún no hacía bastante calor. Vendrían, teníamos que ser pacientes. Solo estaban esperando, tomándose un poco más de tiempo bajo tierra. Aquello las haría más fuertes, más rápidas, puede que incluso un poco más grandes.

—¿Cuánto más grandes? —preguntó la pequeña, tratando de ocultar su miedo.

—No demasiado, solo un poquito —balbuceé—. Y ese poquito puede ser importante. Imagina que tu hermana entra en el instituto este año en vez del que viene. Dentro de un año estará mucho más preparada. Tendrá un año entero más de experiencia.

—¿Estás diciendo que no saldrán hasta el año que viene? —preguntó la mayor con actitud desafiante.

No, respondí, no estaba diciendo eso. Las dos parecieron conformarse, sin que les importara no recibir una respuesta definitiva, y ahí lo dejamos.

Pero me acordé de algo que los hombres de pantalones caqui habían mencionado. Siempre cabía la posibilidad de que una generación no saliera. Podría ser que el suelo nunca se calentara, o que se calentara demasiado y demasiado deprisa. Y luego también estaban los pesticidas, y la escasez de árboles para darles alimento. Una generación podía extinguirse o, en el caso de este año, dos generaciones.

Las niñas no habían hecho comentarios sobre nuestras recientes interacciones con mis padres. Yo había esperado que me cosieran a preguntas sobre lo que había ocurrido en el restaurante con su nani y su nana, o acerca de la historia del hombre que se convirtió en perro. Pero no dijeron nada. No veían nada fuera de lo común en la animosidad y agresividad de sus abuelos. Sentí alivio al no tener que buscar respuestas, y también pena porque estuvieran acostumbradas a comidas incómodas y a parejas que no disimulaban su mutuo desagrado. Les pedí que no le mencionaran nada sobre ese día a su padre.

—¿Por qué no? —preguntó la mayor.

—Solo daría lugar a malentendidos.

Su cara reflejó irritación.

Le di la espalda y metí una bolsa de palomitas en el microondas. Aunque había leído en alguna parte que no debía quedarme frente a la puerta, me incliné y miré fijamente cómo se expandía la bolsa, cómo explotaban los granos dentro.

Las niñas debían de haber disfrutado de la velada. Aquellas eran las rarezas inofensivas de sus familiares. Se suponía que los abuelos eran extraños y excéntricos. Y mi hermana ya les había dado todos

los caprichos habidos y por haber.

En realidad, el tiempo que pasaban con su nana y su nani siempre había sido limitado, moderado. En los últimos años, yo no había pasado mucho tiempo de calidad con mis padres. Venían de visita una vez al mes, se quedaban unas cuantas horas conmigo y las niñas, pero eso era todo. Hasta nuestras llamadas eran breves. Yo presuponía que Didi siempre rondaba por allí.

En los últimos nueve años habrían hablado un montón de mí, y yo estaba segura de que nada de lo que habían dicho era favorable. Elogiarme a mí o a mi marido habría sido insultante para mi hermana. Aunque estaba convencida de que mi padre tampoco me habría puesto a caer de un burro. No le habría servido para su objetivo. Tarde o temprano, él habría querido que nos reconciliáramos.

El sonido de las palomitas saltando empezó a ralentizarse. Las chicas me apartaron para ver el final, la bolsa llena de aire caliente y el olor a algo que imitaba a la mantequilla derretida.

Me imaginaba a mi padre, sentado en el sofá al lado de Didi, sin que mi madre estuviera cerca para oírlo, diciéndole que, por desgracia, yo ahora estaba casada, y ella sabía en qué se convertían las mujeres casadas. Olvidaban la lealtad a su propia familia, obsesionadas con sus maridos y haciéndole la pelota a su familia política. Él le diría que en realidad todo era culpa de mi marido, que él era la razón por la que yo ya no iba a su casa.

Estarían encantados de que mi matrimonio se hubiera acabado. Sentaba bien tener razón, maldecir a alguien y luego verlo sufrir. Seguro que a Didi la había hecho sentir poderosa, como si tuviera la fortaleza de un dios. Debía de haberle contado a papá lo horrible que era mi marido desde el principio, lo afectado y falso que le resultaba a ella, y que ella había intentado avisarme. Pero yo no la había escuchado y ahora mis hijas crecerían sin un padre, y él formaría una segunda familia y se olvidaría de nosotras.

Mi padre se arrepentiría, por un instante, de no haber insistido en habernos criado en la India, donde ese tipo de cosas nunca habrían ocurrido entre nuestros familiares y amigos. Ninguno de ellos mencionaría el hecho de que no nos quedaban amigos en la

India y ya no nos hablábamos con la gran mayoría de nuestros familiares.

Llamó mi marido.

—¿Todo bien?

Llevaba tiempo sin noticias mías. Noté la preocupación en su voz y cerré los ojos. Hubo una época en la que él solía preguntarme si estaba bien, y yo había creído que le importaba la respuesta. Pero, ahora, solo el sonido de las palabras ya parecía suficiente.

Le dije que necesitaba encontrar a alguien que le echase un vistazo al suelo y a los muebles del dormitorio principal.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Ay, no estoy segura. Hubo una especie de fuga.

—¿Cómo están las niñas? Siento no haber ido a verlas esta semana.

Me quedé de piedra. Había pasado una semana y no me había dado cuenta.

—No te preocupes —le dije—. Ni lo han notado.

La gata se subió de un salto en la encimera y ronroneó. Le tendí la mano y se onduló, curvándose alrededor de mis dedos, permitiéndome un contacto limitado. Me asombraba lo consciente que era de su cuerpo, de su propio placer.

Por la tarde se presentaron mi madre y mi hermana, esta vez sin mensajes ni llamadas. Les dije que esperaran fuera, bajo sus paraguas empapados, mientras yo atraía a la gata hasta el garaje con sardinas de cinco dólares.

Mi madre nos preparó cha, y dejó aparte una versión aguada con extra de leche y azúcar y un cuenco de galletas de glucosa para cuando las niñas volvieran a casa. Sacó del bolso un sobrecito de plástico del edulcorante artificial que robaba de las cafeterías. Les dije que estaba evitando tomar leche, pero ella, ni corta ni perezosa, añadió unas cuantas cucharadas y me pasó la taza.

—¿Noticias de ese suvar? —preguntó.

—Creo que está feliz.

Mamá soltó de golpe la taza, que chocó con fuerza sobre la encimera. El líquido caliente se le derramó por la palma, pero ella ni

rechistó. Miré nuestras manos, mi piel agrietada y las marcas de quemaduras en sus muñecas. Nuestras manos eran iguales, no sentían absolutamente nada.

—Claro que está feliz. ¿Quién no lo estaría, por ahí, de puterío? —dijo, y con un estremecimiento añadió—: Espero que no vayas a escribir sobre todo esto.

—¿Podemos no hablar de él? —intervino Didi.

—Ay —dijo mamá, dando una palmada—, antes de que se me olvide, las masis quieren hablar contigo.

Rebuscó en el bolso y sacó el móvil. Instantes más tarde, me lo entregó, y cinco caras aparecieron en sendos recuadros de la pantalla: cada una de mis cuatro masis y Sama.

Las cuatro empezaron a gritar en cuanto me vieron, cada una sostenía el teléfono cerca de la cara, de forma que yo solo veía ojos y la parte superior de la frente, todas casi indistinguibles. Hablaban a la vez, deseándole cosas horribles a mi marido, describiendo su tormento en múltiples vidas venideras: un coro que aullaba. Sama sonreía en la esquina de la pantalla.

—¿Qué te pasa en el pelo? —preguntó una de las masis.

—Por favor no me digas que has dejado de teñírtelo —exclamó otra.

—Ese *look* canoso no os queda bien a las chicas de piel oscura, ¿vale? No funciona y punto —dijo la madre de Sama. Tenía la piel más clara que sus hermanas y siempre encontraba la forma de dejarlo caer.

Siguieron prodigándome consejos sobre mi deteriorada apariencia y luego, bruscamente, cambiaron de tema y se pusieron a describir lo que habían estado cocinando esa semana, hablando con ferocidad, acabándose las frases unas a otras, evocando recuerdos compartidos, fundiéndose en una única madre de cinco cabezas y diez brazos. Al mismo tiempo que las escuchaba, una hoja de cristal pareció descender entre mí y los sonidos de todas sus voces.

Finalmente, una olla a presión silbó de fondo y una de ellas chilló que su arroz ya estaba listo, y las demás, al recordar que también tenían algo en el fuego, o en la secadora, se fueron desvaneciendo igual de rápido que habían aparecido, diciendo adiós

con la mano. Una de ellas se despidió con el inhalador que había tenido agarrado todo el rato, lista para dar una calada. Durante la llamada había estado chupando a intervalos regulares, como un bebé de una teta. Esa masi había heredado la enfermedad de su madre, aquejada de asma toda la vida, la misma semana que esta murió.

Cuando empecé a estudiar astrología, me di cuenta de que nadie sabía la fecha del cumpleaños de mi nani. Me horrorizó constatar que nunca podría estudiar su carta natal. La única persona que podría haberse molestado en dejar constancia del nacimiento de una hija era su madre, y la madre de mi abuela había muerto durante el parto. Intentamos averiguar la fecha localizando alguna prueba de la muerte de su madre, pero eso tampoco estaba documentado, porque en aquella época las idas y venidas de niñas y mujeres no tenían trascendencia alguna. Una niña era un recipiente para pasar de una familia a otra, algo que cambiaría su apellido, pariría hijos y luego sería desechado.

Ariadna, amada esposa del dios Dioniso, murió al dar a luz a sus gemelos. Se dice que la mató una flecha de Artemisa. ¿Significa eso que el parto tuvo lugar en el inframundo? Además, la madre de Dioniso también murió mientras estaba embarazada de él. Lo rescató su padre, Zeus, que lo llevó cosido a un muslo durante el resto del periodo de gestación. Pero ¿había descendido una parte de él al inframundo, aunque fuera un instante, cuando su madre fue aniquilada? Los niños nacidos en el inframundo ¿estaban destinados a tener un pie en cada lado?

Y luego estaba Inanna, reina sumeria de los cielos, que entró en el inframundo para conocer a su hermana oscura, Ereshkigal. En cada puerta del infierno, durante su descenso, se le pidió renunciar a un atributo de su identidad, hasta que encontró a su hermana, la reina de los muertos, que la mató y la colgó en un gancho para reses.

Pero Ereshkigal estaba embarazada y, mientras sufría los dolores del parto, dos espíritus enviados desde el mundo superior para rescatar a Inanna mostraron comprensión y dieron consuelo a la reina oscura, por lo que ella, a cambio, les prometió cualquier deseo.

Le pidieron devolverle la vida a Inanna. Ereshkigal les concedió el deseo, Inanna resucitó y se le permitió ascender de nuevo a los cielos. En cierto sentido, Inanna renació del útero de su hermana oscura. Había tomado algo del cuerpo de la reina de las sombras y había incorporado esa oscuridad a su persona.

—¿Recojo a las niñas del colegio? —preguntó Didi, y me di cuenta de que estaba mirándola fijamente.

Con rapidez me froté los ojos y miré a la mesa.

—No, no hace falta.

—Yo lo hago encantada. Será una bonita sorpresa. Llámalas para avisarlas.

—No, no quiero llamar al colegio, está bien así.

—Ah, claro, las niñas no tienen móvil.

—No, no tienen. —Me fijé en su piel perfecta, su boca inmóvil, su rostro inerte como una máscara.

—¿Dónde están las cucharas? —gritó mi madre desde la cocina, hurgando entre los cajones—. ¿Es que no hay cucharas en tu casa?

Antes de que yo pudiera responder, Didi ya estaba de pie. Le puso a nuestra madre una cuchara en la mano, del tamaño adecuado, justo la que ella necesitaba.

—¿Buscas el azúcar? —preguntó Didi, y le plantó delante el azucarero que había en la encimera—. Tendrías que haberme pedido que te lo llevara —añadió, ayudando a nuestra madre a volver a la mesa.

Mi hermana me maravillaba. Era brillante, lo entendía todo y, en cierto modo, llevaba la vida que quería. Tenía un don para saber lo que los demás necesitaban y cómo hacerse imprescindible. Didi lo mantenía todo en orden.

¿Tenía envidia de ella? Contemplé sus largos dedos que agarraban la taza. Tal vez la tuviera. Yo había querido que mi vida fuera inamovible, inmutable, pero al final era ella quien lo había logrado, su propia suerte de inmortalidad. Su sombra era alargada, perfecta, asexuada. Era el mejor hijo, la mejor hija.

La mejor esposa. Didi sabía que mi padre, de signo Acuario, un lobo solitario, de vez en cuando necesitaba una cómplice. Ella veía su indiferencia hacia mi madre, sus titubeos, su deseo de campar a

sus anchas, y también vio la necesidad de atarlo corto, de sujetarlo dentro de la unidad familiar. Así que se le ofreció como sustituta. Podría ser su igual: astuta, leal, capaz. Con este acuerdo, la incapacidad de mi madre pasó de ser un inconveniente a una bendición. Si mi madre era débil y dependiente, mi padre podría hacerse más grande en proporción, cual benévolo salvador. Pero si mi madre lo superaba en cualquier aspecto, mi padre se lo habría tomado como un ataque, algo intolerable. Necesitaba una pareja a su altura en la casa, pero su esposa no le servía. Y, de ese modo, mi padre y mi madre estaban amarrados el uno al otro y a salvo gracias a sus respectivos papeles, con mi hermana, cual Parca, encargada de devanar el hilo.

Puede que nuestros deseos nunca fueran tan distintos, los de Didi y los míos. Al fin y al cabo, yo me casé con mi marido para vivir en un cuento de hadas. Ahora podía admitir que había buscado que me salvaran de los peligros de ser un trabajo a medio hacer, al imaginarme que, si era capaz de coser bien mis cabos sueltos, la vida me daría la sensación de ser una obra acabada. Compartiríamos una casa, una cama, y con el tiempo empezaríamos a asemejarnos. La verdadera intimidad significaba vivir junto a otro cuerpo, envejeciendo día a día, casi de forma imperceptible, hasta la muerte y la descomposición. La vida sería una pintura, en la que el movimiento se insinúa mediante pinceladas, pero en esencia todo permanece estático. Un momento capturado. Rutinas llevadas a cabo día tras día, cuya repetición nos hace eternos, jeroglíficos en piedra. Seríamos como planetas orbitando alrededor del sol o dioses escenificando sus mitos. El matrimonio era una solución y yo quería disolverme.

Mi hermana y yo callábamos esos mismos miedos y deseos, miedos y deseos a los que nuestras vidas nos habían abocado. Queríamos estar a salvo, a toda costa, a cambio de cualquier sacrificio, y ese anhelo guiaba la vida de ambas, siempre en busca de un recipiente que no se hiciera añicos.

Después de que se marcharan, revisé la casa, llené el lavavajillas y llamé a la gata. Las niñas llegaron y se quejaron de su jornada.

Preguntaron si había algo de comer y les señalé el té tibio y las galletas.

La gata se sentó en mi regazo mientras las niñas daban sorbitos de sus tazas. Esta mañana, al despertarme, la había encontrado dormida en el borde de mi cama. La toqué con el pie y se volvió para mirarme, completamente despierta.

Las niñas estaban celosas. Competían por mi atención, y por la suya. La gata las rehuía y mostraba abiertamente su desagrado cuando la manoseaban. A todas nos sorprendía que yo pareciera ser su favorita.

—Espero que nunca nos deje —dijo la mayor—. Me enfadaré y la odiaré si lo hace.

Sonreí y le dije que la gata era salvaje, que merecía ser libre y jamás debíamos forzarla a quedarse con nosotras. Al fin y al cabo, había venido por su propia voluntad. Se marcharía del mismo modo, cuando estuviera lista.

La gata se dio la vuelta, se puso bocarriba y nos miró, como si supiera que hablábamos de ella. Me maravilló lo inteligente que era, y se lo dije a las niñas. Luego empezó a limpiarse. Cuando redondeó el lomo para lamerse entre las patas traseras, se me escapó un grito.

La gata se estaba lamiendo los testículos.

—¿Por qué gritas? —preguntó la pequeña.

Señalé, señalé directamente al animal, agitando el dedo. Nos habían engañado. ¿Os podéis creer, les pregunté con voz de pito, que hemos metido un gato macho en casa y ni siquiera nos hemos dado cuenta?

Se echaron a reír y la mayor me confesó que sí lo sabían, que lo habían sabido todo el tiempo.

—¿Entonces por qué la llamabais «la gata»? —pregunté.

La mayor puso los ojos en blanco y me dijo que el género en realidad no tenía importancia.

Su hermana insistió en que ella no tenía ni idea, pero que, de todas formas, ¿qué importaba?

—Sí, mamá. ¿Por qué te pones así?

Me recogí el pelo detrás de las orejas.

—Claro, no importa. Es solo que me ha pillado un poco de sorpresa.

Pero esa noche cerré la puerta del dormitorio y dejé al gato fuera. Lo oía arañar, llamarme, pero por alguna razón no quería dejarlo entrar. Me quedé tumbada en la cama despierta, incapaz de relajarme, y cuando por fin me dormí soñé que me estaba arreglando para mi boda, en una espléndida habitación de hotel, rodeada de todas las mujeres a las que quería. El maquillador me dio los toques finales en la cara y el pelo y, mientras sacaba un par de tijeras, me preguntó qué dedo quería que me cortara. Le dije que los necesitaba todos y él puso los ojos en blanco, de un modo que me recordó a mis hijas.

—A ver, tienes que cortarte al menos uno —dijo—. No querrás parecer una hortera.

Sonriendo de oreja a oreja, mi madre y las masis menearon sus manos delante de mí, mostrándome todas las falanges que les faltaban. Luego, a empujones, Sama se adelantó para mostrar sus dos índices ausentes, sustituidos por unos relucientes capuchones dorados.

—Las opciones para los accesorios son estupendas —dijo.

14

Sama se presentó en la puerta, lo que me recordó que era martes. Me sorprendió verla, puesto que ya le había enviado un mensaje para decirle que esa semana no necesitaba hacer la compra. De hecho, llevábamos por lo menos un mes sin hacer nuestras habituales visitas al supermercado: tenía el frigorífico hasta los topes, mi padre y mi hermana habían estado pasando por casa con cierta frecuencia para traer comida y también regalos para las niñas. La abracé y la invité a entrar. Me sentí relajada; por primera vez desde que yo recordara, en casa teníamos mucho de todo.

—Genial —dijo entrando despacio, mientras echaba un vistazo por la casa—. En fin, que te he echado de menos. ¿Va todo bien?

Le dije que sí, que habíamos estado liadas saliendo a cenar con la familia, pasando la noche de los viernes en casa de mis padres. Las niñas se divertían, les encantaba pasar tiempo con mi hermana. No había tenido tiempo de pensar en nada más.

Sama me miró.

—Te veo mejor —comentó—. Bueno, pues aquí me tienes. Si no necesitas hacer la compra, puedo llevarte a otro sitio. A lo mejor a teñirte el pelo.

Me toqué la cabeza.

—No, hoy no —admití—. Didi quiere que vaya donde va ella. Dice que ha encontrado un peluquero buenísimo.

—Mientras no te lleve a su médico...

Le puse delante una taza de café instantáneo.

—¿A qué te refieres?

—Sabes a qué me refiero —respondió, llevándosela a los labios.

Sentí que algo se encabritaba en mi interior, una imperiosa necesidad de defender a Didi. Era cierto, sus constantes cambios de aspecto eran a veces asombrosos, y puede que yo pensara que se le estaba yendo la mano con los inyectables, pero en realidad no era asunto mío. Ni tampoco de Sama. Cambié de tema.

Hablamos de mi jardín y de a qué campamentos íbamos a apuntar a los niños para el verano, vi que mi teléfono se iluminaba. Era un mensaje de Didi. Sentí un pellizco en el estómago y aparté el móvil a un lado, pero un instante después empezó a sonar.

—¿No piensas contestar? —preguntó Sama.

Dudé, era una videollamada, pero unos segundos más tarde respondí de todas formas.

Mi hermana iba en el coche, de camino a la oficina, después de haber recogido el almuerzo para ella y para mi padre. Me preguntó cómo estaba, qué hacía.

Lancé una mirada a Sama, al otro lado de la isla de la cocina.

—Nada.

—He estado pensando —dijo— que quiero adecentar el cuarto de invitados. Para ti y para las niñas.

Un sentimiento afloró en mí, pero me lo tragué antes de que pudiera expresarlo. Me habló de los cambios que quería hacer en la habitación. Una pequeña ampliación, un televisor montado en la pared, una cama nueva por fin orientada como es debido. Describió las sábanas que tenía en mente, las cortinas plisadas y el papel pintado nuevo para la pared. Si a mí me parecía bien, ella empezaría a moverlo, haría un *collage* de ideas para que yo diera mi visto bueno.

—No hace falta —dije—. No tienes que hacerlo por nosotras.

—Ah, es que quiero —exclamó. Y entonces, sin venir a cuento, se puso a describirme un bolso que había comprado hacía poco, de un diseñador que yo no conocía. Me explicó por qué era especial, por qué lo necesitaba, un bolso para el trabajo y para el fin de semana. Describió las correas, que podían cambiarse, que la marca lanzaba al mercado nuevos modelos todos los años.

—¡Es casi como estrenar un bolso nuevo! —Su voz sonó fuerte, estridente, y yo bajé el volumen, ignorando la expresión en el rostro

de Sama. Didi explicaba que no iba a comprarlo, era demasiado caro, aunque papá estaba obcecado en que fuera a por él sin pensárselo. Y que entonces, una noche, mamá entró en su dormitorio y le dijo que debía comprarse el bolso, debía hacerlo sí o sí, porque no pensaba lo suficiente en sí misma. El tira y afloja duró varios días, mamá insistía y Didi se negaba, y cada dos por tres las tornas se volvían. Mi hermana empezó incluso a convencer a nuestros padres de que, en realidad, la que debía comprárselo era mamá, hasta que al final, alrededor de una semana después, Didi aceptó que debía comprarse el bolso si para nuestra madre era tan importante que ella lo tuviera.

Sama se cruzó de brazos y miró dentro de su taza.

Le dije a mi hermana que tenía que irme, pero que la llamaría más tarde. Después de colgar, Sama negó con la cabeza.

—Me siento mal por ella —dijo.

—Está colgada, sí, pero me alegro de que ahora nos hablemos.

—De todas formas, raros sois todos, eso ya lo sabes.

—Yo no soy como ellos. Soy lo contrario a ellos.

Hizo una pausa antes de darme la razón.

—Solo te pido que tengas cuidado con las niñas.

—¿Cuidado por qué? Didi no es mala persona. Sé que es excéntrica, pero también inofensiva, y nunca las dejo solas con ella.

—Yo no diría inofensiva.

—Y tenía razón —proseguí, obviando la interrupción—. Ha tenido razón todo este tiempo.

—¿Razón en qué?

—Mi marido. Jamás se fio de él, lo tenía calado y bien calado.

Le conté a Sama una conversación que Didi y yo habíamos tenido una semana antes. Mi hermana se había mostrado implacable, enfadada, había llamado cabrón a mi marido, y me di cuenta de que era algo que yo había estado esperando. La atmósfera de la habitación había cambiado ese día. Había sentido un alivio tan profundo porque nuestro matrimonio hubiera acabado que, por primera vez, había sido capaz de imaginar que un día ya no habría más tristeza ni más pesar. Mi hermana admitió que él nunca le había gustado. No habíamos entrado en el pasado, en cuando la

acusé de tenerme envidia, o en cuando me dijo que me engañaba a mí misma, que ella nunca podría tener envidia de alguien que prácticamente no existía.

—Y, aun así, cada vez que yo criticaba algo de él, se te antojaba inaceptable —dijo Sama.

—Inaceptable no. Tal vez solo fuera demasiado pronto.

—No seas ingenua, por favor. Tu hermana tiene distintas razones para odiar a tu marido. Lo odiaba por quererte a ti y, aunque no te lo diga a la cara, está celebrando el hecho de que se haya ido. Eso que quede claro.

—Bueno, todo viene a ser lo mismo, ¿no? —dije.

Sama negó con la cabeza.

—No quiero discutir.

—Creo que ahora mismo me viene bien tener cerca a la familia.

Pude oír un graznido en mi voz.

—Lo sé, lo sé —me concedió, soltando el aire—. Es solo que la atmósfera en esa casa es muy extraña.

—Didi no es mala persona —dije, y en cuanto las palabras me salieron de la boca me di cuenta de que me estaba repitiendo.

—¿Cómo defines mala persona? —contratacó Sama, cruzando los brazos delante del pecho.

Antes de irse, me preguntó de nuevo si necesitaba algo. Le dije que estábamos bien, y tuve que contenerme para no pegar un portazo.

A solas, en la casa, caminé de acá para allá unos minutos, balanceando los brazos para expulsar lo que estaba sintiendo.

¿Pensaba Sama que yo era como mi hermana o como mis padres? Ella más que nadie sabía que eso no era cierto. Lo sabía todo sobre mí. Sabía que yo era la única de la familia que reconocía mis defectos, que tenía algún tipo de conciencia de mí misma. No quería que me compararan con Didi. Y al mismo tiempo sentía que debía protegerla y no quería oír las pullas de Sama.

A su manera particular, mi hermana me había ofrecido todo lo que podía para apoyarme a mí y a las niñas durante este periodo difícil. Y por muy excéntrica que fuera, sabía que ella también había sufrido, que también ella había pasado por sus propias épocas

oscuras. Aunque era cierto que no podía compartir conmigo su dolor como lo hacían otras mujeres, que era ajena a ciertas experiencias que yo había vivido, y que en algunos aspectos era una cría.

Me senté delante de la isla de la cocina y miré por la ventana, a Diana, que se erigía como una columna desde el suelo. Incluso a través de las nubes, parecía proyectar una sombra sobre el césped. ¿No era yo también una cría? Tenía hijas, una casa, un matrimonio, la parafernalia de la edad adulta. Pero no tenía ingresos propios, ni tampoco idea de cómo llevar la casa en que vivía, ni cuenta bancaria bajo mi control. Ni siquiera podía llegar al supermercado sin ayuda, y básicamente podía ahogarme en una bañera.

Tal vez Didi había pensado que no podía irse, que no podía abandonar a nuestra madre, con sus constantes achaques, sus visitas al médico y sus ataques de ansiedad. Tal vez le preocupara qué le ocurriría a mamá si ella no estaba. En cierto modo, yo no tenía que pensar en eso. Didi ya pensaba en todos los demás, así que yo podía soñar, pensar en planetas y dioses y libros y museos. Ella se había sacrificado quedándose.

Si se nos sumaba a las tres, mamá, Didi y yo, el resultado quizá habría sido un ser humano completo. Sama tenía razón. Éramos todas extrañas, todas desadaptadas al mundo, todas miembros fantasma.

Salvo papá. Papá estaba intacto.

Cuando éramos pequeñas, pasábamos los sábados en el centro comercial, el lugar donde más a gusto nos sentíamos como familia. Era un día en el que no se nos permitía cortarnos el pelo o limarnos las uñas, pero sí podíamos ir de compras. A papá le gustaba comprar zapatos los sábados, y mamá por lo general tenía cosas que quería cambiar. A veces, si papá no necesitaba nuestra opinión, Didi y yo íbamos a ver una película. Solíamos comprarnos un helado al salir, aunque mamá se quejaba de que no tendríamos hambre para la cena.

Recordaba un día concreto en el que, con la cara pegada a la vitrina de cristal, contemplé con anhelo la cubeta de helado de menta moteado de pepitas de chocolate.

—¿Cómo vas a tomarte un helado de color verde? —preguntó mi madre—. Pídetelo de vainilla o de chocolate.

—No —protesté, convencida.

Mi padre levantó las cejas. En el pasado, había bastado con eso para callarme la boca.

—¿Qué? —repliqué, levantando también las mías.

Mi padre negó con la cabeza.

—Muy bien, haz lo que quieras.

Lo pedí e instantes después me senté en el reservado con el resto de la familia, lamiendo la enorme bola que descansaba en lo alto de mi cucurucho. Ya se estaba derritiendo.

—Se parece a un lagarto —dijo mi padre—. A una serpiente.

Didi se tomó la tarrina de vainilla con la cabeza gacha, evitando el contacto visual. Yo pegaba mordiscos a mi bola con fruición, gimiendo de gusto. Mi madre le dijo a mi padre que se pidiera uno, pero él se negó, dijo que no quería, que verme a mí comiéndome aquella asquerosa baba verde le había quitado las ganas.

Sonreí al espejo que había junto a nuestro reservado. El verde me había manchado los dientes, la lengua, la boca entera. Papá se burló de la que había liado, lo cual me molestó, pero no le hice caso. Cuando era pequeña, no era capaz de superar la vergüenza de decepcionarlo, pero estaba llegando a la edad en la que disfrutaba de una pequeña trifulca, de una leve desobediencia.

Entonces se cruzó de brazos y me llamó niña inútil, con una sonrisita de suficiencia, para dar la impresión de que era una broma. Era uno de sus insultos favoritos y siempre escocía. Inútil. Mi cara enrojeció, la rabia me corroía por dentro.

—Venga, venga —dijo—. Si es que no sabes reírte.

Siempre reculaba cuando veía aflorar las lágrimas, cuando sabía que había ido demasiado lejos, cuando las críticas se convertían en insultos. No se nos permitía pelearnos por eso. Él sabía cómo azuzar nuestras emociones, pero nos negaba la posibilidad de darles rienda suelta. Según él, exagerábamos, teníamos la piel demasiado fina; y salíamos de aquellos enfrentamientos con la sensación de habernos imaginado algo mucho peor de lo que era.

Tragué saliva y bajé la vista a mi cucurucho verde. Me había

manchado la camiseta y había perdido el apetito. Didi me frotó un poco la ropa y me quitó el helado de las manos. Después de envolverlo en una servilleta, salió del reservado y lo tiró a la basura.

—Hey. —Una voz nos llegó desde el reservado de detrás.

Dos chicos, más o menos de la edad de Didi, se levantaron al verla. La rodearon con los brazos y la atrajeron para darle un abrazo. Ella sonrió y asintió a lo que fuera que le dijeran, con las manos rígidas, pegadas al cuerpo. Luego ellos le chocaron los cinco y dijeron algo de que ya la verían el lunes.

Mi padre no abrió la boca. Se limitó a mirar fijamente a mi hermana, con los ojos llenos de horror y repugnancia. Pero, cuando nos subimos al coche, le dijo que era asquerosa, que no podía creer que la hubiera educado para ser tan ligera de cascos.

Didi lloró e intentó defenderse. Apenas los conocía, insistió, solo compartían algunas asignaturas en el instituto.

Mi padre replicó que no era tonto, que no la habrían manoseado en público de aquella forma si ella no se lo hubiera permitido. Mamá trató de intervenir, pero también la tomó con ella, acusándola de haber criado hijas barriobajeras, sin modales, valores, ni amor propio. Luego le dio las gracias a Didi, le dijo que le agradecía que le hubiera abierto los ojos y que ahora sabía que no debía dejarla a su aire.

Las reglas ya eran estrictas de antes, pero después de aquello tuvimos la impresión de vivir en una cárcel. Papá quería saber quién llamaba cada vez que sonaba el teléfono, adónde íbamos cada vez que salíamos de casa.

Le dije a Didi que no tenía por qué hacer caso, que ella ya tenía dieciocho años, era adulta, y dentro de pocos meses se graduaría del instituto. Pero por algún motivo no fui capaz de llegar hasta ella. El sueño dejó de visitarla y, si no dormía, le costaba mantener a raya al animal que llevaba dentro. Siempre había unos cercos oscuros bajo sus ojos. Cuando mamá intentaba hablar con ella, insistía en que no le pasaba nada, pero su cuerpo contaba otra historia. Tenía los labios llenos de costras, de mordérselos, y también la punta de los dedos. No podía parar, no podía morder lo bastante para satisfacer la necesidad, y hasta de noche se quedaba despierta en la

cama y se comía su propio pelo. Daba la impresión de que le habían espolvoreado ceniza por todo el cuerpo, de tan cubierto de caspa y de piel seca como lo tenía. Parecía que cada centímetro de su cuerpo estuviera decidido a mudar la piel, y el resto ya se lo arrancaría ella a mordiscos.

Poco a poco su apetito disminuyó. Se quejaba de dolor, pero no era capaz de expresar la procedencia. La luz la molestaba, y también cualquier olor.

Mamá acabó por llevarla al pediatra. Yo fui con ellas. El médico le dijo que se desvistiera y observó sus pechos un ratito. Luego diagnosticó que probablemente era algo relacionado con un cambio hormonal, y que podía probar a tomar la píldora. De camino a casa, mamá reconoció que el médico no había estado muy acertado, pero dijo que no debíamos mencionarlo delante de papá.

15

El gato estaba distinto desde que se había convertido en macho. De repente, la planta de arriba era demasiado cálida, demasiado templada y agradable para su gusto, y casi todo el tiempo acechaba por la de abajo.

Me fijé en que me enfadaba con él más a menudo: me irritaba el juego al que jugaba, aquella fachada de domesticidad, cuando no era más que una bestia salvaje. De repente me vi deseando que se escapara, que lo atropellaran en la calle.

—Puedes irte —le dije un día mientras las niñas jugaban fuera. Dejé la puerta abierta y le mostré que debía marcharse, que no íbamos a intentar retenerlo. Me miró a mí y luego fuera, a las niñas, y deambuló lentamente de acá para allá, cerca del marco de la puerta, mostrándome que todavía no se había decidido, que aún no estaba seguro de si quería irse o quedarse.

A veces sí que se iba, pero al final siempre volvía. Debía de tener muchos más hogares en el vecindario. Muchas más personas como yo, que le ofrecíamos un lugar donde comer y dormir.

Si estaba contento con nosotras, últimamente no lo demostraba. Cada vez se volvía más y más desagradecido. Se creía con derechos, era exigente y receloso, nos miraba como si fuéramos sus carceleras.

Una noche se sentó junto a la ventana y lloró. La casa estaba a oscuras, solo los dos estábamos despiertos. Me quedé dormida con el sonido de sus maullidos y soñé que mi hermana me invitaba a una fiesta en la que los pasteles que servía resplandecían de un verde fluorescente. Cogía un tenedor y me obligaba a comer, y cuando yo le preguntaba por qué ella no lo hacía también, me decía que era

alérgica al gluten y los lácteos.

No me extrañó que al día siguiente mi hermana y mis padres llegaran a casa sin avisar. Abrí la puerta y el gato salió disparado como si lo hubiéramos retenido como a un rehén. Mi hermana pegó un grito y se llevó la mano al pecho cuando el animal pasó por su lado.

—Maldita sea —chilló mi padre, poniéndome mala cara.

Lo vimos correr a lo lejos y desaparecer detrás de otra casa.

Didi me miró.

—Vaya, lo siento, pero buenas noticias para nosotros.

—No te preocupes. Llevo tiempo buscando una excusa para deshacerme de él.

Mamá espantó unas cuantas moscas que le revoloteaban alrededor de la cabeza.

—Haz el favor —dijo—. Deshazte ya de ese horrendo árbol.

Entraron, soltaron las bolsas que llevaban y miraron a su alrededor, inspeccionando la casa como si fueran a comprarla o a venderla. Mamá abrió mi masala dabba, comentando en voz alta que no usaba las semillas de mostaza adecuadas. Las mías no eran lo bastante buenas. Y los cuchillos, los cuchillos de la cocina no estaban bien afilados. Había acumulado demasiadas cosas, dijo, debía hacer una purga.

—Puedo venir un día y ayudarte a limpiar —se ofreció Didi.

Yo parpadeé, mirando fijamente su boca. Tenía los dientes distintos. ¿Era posible que en los últimos cuatro días se hubiera puesto carillas?

Didi se quedó a mi lado mientras yo hervía agua al fuego.

—¿Cómo lo llevas?

—Ahí voy. Lo estoy reviviendo todo en mi cabeza.

—¿Como qué?

—Bueno, cosas de mi matrimonio.

—A mí puedes contármelo. Imagínate que soy Sama.

Me reí de su mal disimulada hostilidad y reconocí que me encantaría abrirme a ella. Sabía que probablemente Didi no querría que le hablara de mi vida sexual, pero le comenté que dentro del matrimonio la atracción era una cosa extraña, que una vez que te

casabas, metías tu deseo dentro de una jaula.

Pareció un poco violentada cuando le conté eso.

—Me entiendes, ¿verdad? —dije.

—Claro —contestó.

Le expliqué que había intentado tratar esos temas con mis amistades, pero que, si sabían de lo que les hablaba, hacían como si nada, actuaban como si me expresara en una lengua extranjera o, si acaso, suspiraban con inquietud.

—Es mejor hablar con la familia. Amigos —dijo—, ¿qué son los amigos?

—Es absurdo, estar casada y dormir con alguien en la misma habitación, día tras día, año tras año.

—¿Por qué?

—Porque cuando tu marido ya no quiere acostarse contigo, se complica lo de darte placer sexual a ti misma. —Solté una carcajada dándome una palmada en la pierna.

—Shhh —dijo ella.

—Es la verdad. Tienes que esconderte, hacerlo en la ducha. Yo intentaba esperar a estar segura de que él estaba dormido, pero luego, a la mañana siguiente, me decía que me había oído, me había oído masturbándome y eso le había alterado el sueño. Me pidió que esperara a que él se levantara por la mañana o que lo hiciera antes de que se metiera en la cama. En aquel momento no quise darle vueltas. Me habría vuelto loca.

Escruté su rostro en busca de entendimiento, pero ella se limitó a mirarme sin comprender.

—¿No significa nada —proseguí lentamente— que a él le diera igual que yo me masturbara?

—No sé —dijo, mirando el fuego.

—No estoy hablando de excitarse. No estoy diciendo que él tendría que haber querido acompañarme, o acostarse conmigo, o que tendría que haberme complacido porque veía que era lo que yo deseaba. La cuestión es que él no quería saber absolutamente nada de aquello. Lo molestaba. Prefería activamente no saber nada de mi placer, de mi cuerpo. Según él, debía mantenerlo en privado, lejos de él, incluso fuera de nuestro dormitorio si me era posible.

Las dos nos quedamos en silencio.

—No sé por qué se casó conmigo.

Mi hermana suspiró y, por un instante, pensé que parecía aburrida, como si esas conversaciones ya no le resultaran interesantes.

—Probablemente quería que papá pagara algunas cosas —dijo —. Sabía que se casaba con alguien con un padre rico. Sabía dónde vivías, veía los coches que había aparcados a la entrada. Sabía que papá se ocuparía de ti incluso después de que os casarais, y que, si algún día decidía desentenderse de las niñas, ellas también estarían atendidas. Para él, el matrimonio y los hijos no eran más que un experimento.

Me quedé sin aliento y, lentamente, me senté en el taburete junto a la isla. Al soltar el aire, sentí cómo me atravesaba el significado pleno de sus palabras y, al mismo tiempo, me asombró su brutal claridad. Ojalá hubiéramos podido tener una relación normal, ojalá hubiera podido abrirme a ella de verdad y confiar en sus respuestas. Ojalá hubiéramos podido hablar así de nuestra niñez, de nuestros extraños padres, aunque sabía que no sería posible. Mi hermana no comprendía la diferencia entre investigación y culpa. Podía analizar a mi marido porque era culpable, era su enemigo. Pero analizar a nuestros padres habría sido lo mismo que apuñalarlos por la espalda. Pedir una explicación era lo mismo que tirar toda la relación a la basura.

—¿Has pensado en lo que viene ahora? —preguntó, colando el té hirviendo en una tetera.

—¿A qué te refieres?

—Mamá y papá están preocupadísimos por ti. Es probable que tu marido deje de pagar la pensión alimenticia en cuanto pueda.

—¡No puede hacer eso!

—No sé. ¿Has hablado al menos con un abogado? Tu marido es un aprovechado, se ve a la legua.

Le pasé una bandeja.

—Quiero acabar mi novela.

—¿No era una novela corta?

—No, es una novela.

—Llevas años sin escribir nada.

La miré.

—¿Cómo lo sabes?

—Tienes dos hijas.

—Me buscaré un trabajo. Tal vez pueda trabajar para papá unos cuantos días a la semana.

—Sería perfecto que os vinierais a vivir con nosotros a la casa. Las niñas necesitan tener cerca a la familia.

—Tienen una familia, y ven a su padre.

—Pero a tiempo parcial. Sabes cómo deben de sentirse, ¿verdad? Abandonadas. ¿Crees que no notan el vacío todos los días? Deberías quitar sus fotos, él sigue por todas partes. ¿Estás obsesionada con él?

—No estoy obsesionada con él, estaba casada con él.

—Creo que a las niñas les preocupa que tu tarjeta de crédito no funcione nunca.

Me quedé paralizada.

—¿Quién te ha dicho eso?

Mi hermana me devolvió el gesto de asombro.

—Pues las niñas —contestó.

Se llevó la bandeja hasta la mesa del comedor, donde estaban sentados nuestros padres; sus zapatos taconeaban en el suelo. Miré las fotos de la pared, a mi marido sonriendo, con las niñas en brazos. A mí no se me veía por ninguna parte, siempre detrás de la cámara.

—¿Dónde está Didi? —pregunté al entrar en el comedor.

—Ha subido a decirles a las niñas que bajen —respondió mamá mientras sorbía su té.

—¿Sabes por qué nunca soporté a tu marido? —dijo papá cuando me senté a su lado—. Le interesaban demasiado los videojuegos. Como a un adolescente. Costaba mantener una conversación con él. Creo que vivir en ese mundo virtual todo el tiempo lo volvió así: infantil.

—¿Qué es todo esto? —Mi hermana había aparecido en medio de la habitación con una pila de papeles en las manos.

Sostenía mis cartas astrales, y encima estaban las notas que yo

había estado tomando sobre mitología, mi matrimonio, mi marido.

—¿Qué estás haciendo? —Di un grito ahogado mientras me levantaba.

—Se toma muy en serio todo esto de la astrología —dijo Didi, entregándoles los papeles a mis padres—. Ah, y también ha hecho mi carta natal.

—¿Por qué has hurgado entre mis cosas?

Didi me miró.

—¿Qué andas buscando en mi carta?

—Nada —respondí—. Todavía estoy aprendiendo, sin más, aprendiendo lo que quieren decir los planetas.

—¿Qué es esto? —intervino mamá, sacando una hoja de mi puño y letra—. ¿Qué estás escribiendo, quién va a leer esto?

Papá le echó un vistazo a la página que ella sostenía.

—¿Son cuentos infantiles? —preguntó riéndose.

Didi lo miró a los ojos y soltó una risita, y luego mamá también empezó a reírse. Parecían tan contentos, tan satisfechos, pasándose mis páginas, burlándose de mí.

Los odiaba, los odiaba a todos. Me entraron ganas de chillar, de decirles que era culpa suya, que su locura, su absurdidad y su cruel intolerancia eran lo que me había abocado a casarme con mi marido. Ellos se congratulaban por haberme rescatado de él, pero eran el nido de víboras del que yo había estado intentando escapar todo aquel tiempo.

Al cabo de un rato, yo cargaba el lavavajillas cuando mi padre me llevó aparte.

—Me he enterado de lo del campamento de natación —murmuró, su voz apenas era audible.

Me encogí de hombros y le dije que su padre quería que las niñas aprendieran a nadar.

Negó con la cabeza.

—Está intentando desautorizarte, sabe que eso va totalmente en contra de nuestros valores.

—Papá, no va en contra de mis valores. Las niñas tendrían que aprender a nadar.

—Tú sabes lo peligroso que puede ser.

—Más peligroso es que no aprendan —dije.

Suspiró, y luego me preguntó si podía comprarle un móvil a mi hija mayor.

—No —contesté—, por supuesto que no.

—¿Por qué no? ¿Qué tiene de malo? Lo ha dicho muchísimas veces. Y a nosotros nos iría bien.

—¿Qué más os da a vosotros?

—Podemos llamarla a ella directamente, mandarle mensajes.

—No —repetí—. Es demasiado pequeña para tener móvil.

Didi se nos acercó y papá dejó de hablar.

—Está bien, hablémoslo en otro momento —dijo, y entró en la sala de estar.

Mi hermana nos miró al uno y luego al otro.

—¿Va todo bien?

Carraspeé.

—Claro.

Esperó a que añadiera algo más, pero no lo hice, y se encogió de hombros.

—Muy bien.

Se agachó para cerrar el lavavajillas y, al inclinarse hacia delante, me fijé en el pendiente.

—Un momento —dije, y le agarré la cabeza con las manos—. ¿Por qué llevas dos pendientes distintos?

Se tocó las orejas.

—No, qué va —dijo—. No digas tonterías.

Pero desde donde yo estaba veía claramente que el diamante de una oreja era más pequeño que el otro.

—¿Qué ha pasado? —susurré—. No lo habrás perdido, ¿verdad?

—Cierra el pico —musitó, y se alejó de mí.

Esperaba que se fueran y me dejaran en paz, pero se quedaron a cenar y luego pusieron la televisión. Les dije que tenía que ir a arropar a las niñas, que por la mañana tenían colegio. Mis padres apenas me miraron, pero Didi dijo que subiría a darles las buenas noches.

Nos tumbamos en la cama, mi cama, con mis dos hijas dormitando entre nosotras. Didi tenía la mirada clavada en el techo,

como si estuviera viendo una película proyectada allí arriba, con la boca abierta.

—¿Te acuerdas —susurró— de cuando hiciste lo del entrenamiento del sueño con las niñas?

Yo me quedé callada, mi cuerpo inmóvil.

—Mamá nos contó que las dejabas llorando en otra habitación. ¿Cómo fue?

No respondí. ¿Por qué sacaba ahora ese tema? ¿Quería que las niñas lo oyeran? Ellas ya sabían que las había entrenado para dormir.

Una parte de mí estaba a punto de soltarle un bufido. Los tres en casa, desacreditando mi labor como madre. Pensé en todas las veces que mi madre me había llamado, en lo a menudo que había venido a casa aquellos primeros días, no solo para ver a sus nietas, sino para resucitar historias como huesos desechados, con mi hermana al acecho para roerlos.

—Estoy segura de que fue idea de él —añadió—. Qué bien que ahora las tres durmáis juntas.

—¿Te acuerdas de cuando mamá nos pegaba? —dije al cabo de unos instantes—. Creo que tú te llevaste la peor parte. A ti te pegaba muy fuerte. Y en la cara.

Mi hermana no se movió. Se le había ralentizado hasta la respiración, como un oso que entra en un largo letargo. Pareció que pasaba una eternidad hasta que se incorporó sobre los antebrazos. A oscuras, no veía lo que estaba haciendo, aunque finalmente comprendí que estaba asegurándose de que las niñas estuvieran dormidas, de que no la hubieran oído, o más bien de que no me hubieran oído a mí.

Cuando se quedó satisfecha, se volvió a tumbar.

—No tengo buena memoria para cosas que pasaron hace tanto tiempo —dijo.

Estamos en Calcuta, pero el clima no cuadra, la estación del año no cuadra. Nuestro padre nos ha sacado del colegio en octubre para hacer este viaje de urgencia porque su padre ha muerto.

Papá se pasa el día encerrado en una habitación con sus hermanos. Cada dos por tres se oyen gritos y uno de ellos sale

dando un portazo. Hay asuntos que decidir sobre la herencia. Y eso se traduce en que Didi y yo estamos temporalmente libres, por una vez nuestro tiempo no obedece a normas. Papá no se preocupa por nosotras aquí. Al fin y al cabo, estamos rodeadas de familia, en el seno de la madre patria. Estamos a salvo.

Hace calor en la ciudad, un tipo de calor que nosotras, que venimos durante las vacaciones de Navidad para huir de la nieve, en busca de un clima templado, no hemos vivido en viajes anteriores. Pero en estas semanas después del monzón, las temperaturas suben tanto que las puertas de madera se hinchan, expandiéndose hasta tal punto que no encajan en los marcos. Nada puede cerrarse con pestillo, así que Didi y yo nos turnamos para montar guardia delante del cuarto de baño.

A veces nos tumbamos en la cama, bajo el ventilador, contando los cuervos que pasan volando por la ventana, o acompañamos a mamá a comprar telas y a visitar a sastres que se equivocan con nuestras medidas y enguatan nuestras blusas. O vamos al cine a la sesión matinal y luego a ver a mamá comer jhal muri en la calle; insiste en que nuestros estómagos norteamericanos no serán capaces de tolerarlo, aunque a veces sí que nos compra chocolate de allí, que me encanta porque deja en la boca un regusto sutil, como si chuparas peniques. Y, una vez a la semana, a Didi y a mí nos obligan a acabarnos un vaso entero de chaas salado, hecho con agua Bisleri, en la que machacan una pastilla redonda blanca, una medicina tan amarga que me provoca reflujo de día y pesadillas de noche. Mi madre dice que es mejor que arriesgarnos a pillar la malaria.

Nuestro primo mayor, un jovencito larguirucho que solo le saca un año a Didi, ha vuelto de la universidad para pasar en casa el Durgá Puyá y nos lleva a visitar la ciudad. Lleva lentillas de colores y emana un leve olor corporal. Paseamos por la Southern Avenue y él nos señala las estatuas, poniendo nombre a políticos y luchadores por la libertad de los que nosotras jamás hemos oído hablar. Parecen delgados y humildes, llevan gafas gruesas y están sentados en grandes bancos de bronce, sus cuerpos son compactos. Nuestro primo compra paquetes de paan paraag y lo masca, un secreto que

les esconde a sus padres. Se lo ofrece a Didi, disimulando a duras penas el hecho de que está enamorado de ella, pero a mí me dice que soy demasiado joven para probarlo. Cuando quiere hacer reír a mi hermana, me enseña frases obscenas en guyaratí, frases que me hace repetir, como «tari ma ni chuut ma jatlo naji ne tari ben ne chodiis», que más o menos se traduce como «le pondré un colchón en el coño a tu madre y me follaré encima a tu hermana».

Los tres visitamos Kumartuli y observamos a los artesanos que construyen enormes ídolos de arcilla. Los muros del barrio están salpicados de barro, y nos adentramos en los talleres estrechos de luz tenue, donde las estatuas de la diosa despuntan varios metros por encima de nuestras cabezas. Para fabricar una estatua de la diosa hace falta tierra de lugares muy particulares, como debajo de la pata de un elefante o el jardín delante de la casa de una prostituta, lo que simboliza que nada es indeseable para la Gran Madre, nada está fuera de su alcance. Levanto la vista hacia el rostro de una y sus ojos, aunque todavía vacíos, todavía sin vista, parecen resplandecer, y sus ocho brazos desnudos crean una leve sombra en la pared, como una araña gigante. Nuestro primo ríe tontamente ante el mar de pechos desnudos, señalándole a Didi los que son especialmente grandes.

Nos lleva hasta un antiguo Raj Badi, la casa de un amigo suyo, donde llevan más de ciento cincuenta años representando el Durgá Puyá. Les señalo que los leones de Durgá parecen más bien perros, o incluso caballos, y mi primo me informa de que originariamente, en el este del país, los artesanos no sabían cómo eran los leones, y ahora los escultores siguen usando esas preferencias estilísticas. Los leones no tienen melena, aunque sé que la montura de la diosa en teoría es un macho. Durgá aparece en su forma feroz, Mahishasura Mardini, la que mata al demonio Mahishasura. Me quedo mirando el rostro del demonio, imaginando que será aterrador, la encarnación del mal. Sin embargo, su aspecto es normal y corriente, el de un hombre cualquiera, no muy distinto de los que ahora mismo hay por ahí. Con las manos unidas, ruega a la diosa otra oportunidad, pero ella no se conmueve, ni se apiada de sus súplicas, y le clava su tridente en el pecho, su león le arranca sus extremidades

demoníacas.

A medida que cae la tarde, se reúne más gente, hombres y mujeres, que se saludan unos a otros, y el ruido del patio resuena en la noche. Las mujeres van vestidas con saris, rojos, blancos, dorados, de todos los colores, sus ojos y dientes blancos destellan, sus dedos y pies están manchados de alta rojo. Le digo a una de ellas que su gran bindi redondo es precioso y ella se lo quita y me lo coloca sobre la frente. Se turnan para soplar por una caracola y el sonido es inesperadamente fuerte y profundo. Alrededor de la estatua de Durgá hay recipientes de barro, llenos de tierra, agua y estiércol, y dentro de cada uno han depositado una pequeña raíz. Didi le pregunta a una de las mujeres para qué son las plantas y esta le responde que, antes de que la gente hiciera estatuas de la diosa, en su lugar veneraban recipientes de tierra. Durante los últimos días del Puja, esa raíz empezará a echar hojas.

Ahora el sacerdote coloca una cortina delante de la estatua, se mueve detrás de ella. Están bañándola y vistiéndola, me cuenta mi primo. No nos permiten mirar. Cuando cae la cortina, Durgá aparece hipnotizante, vestida de sedas, con una corona de oro puro sobre la cabeza. Las mujeres se reúnen a su alrededor y hacen sonidos con la boca, ululando, sacudiendo la lengua. Los temblores me inquietan y me transportan. Y empiezo a percibir que está allí, la diosa. Está allí y me mira. Sus ojos brillan de repente y están vivos.

Mi primo mira a Didi, sonriendo, y dice que es el sonido que hacen en las bodas bengalíes para honrar a la novia.

Ella baja la vista al suelo, y creo ver que sus mejillas enrojecen.

—¿Es una novia? —le grito, pero no puede oírme por culpa del repiqueteo y los tambores.

Me quedo mirando a Durgá. Sí que parece una novia, vestida de rojo, como si estuviera preparándose para conocer al novio. Es fácil olvidar que ha sido creada para matar, que los dioses no lograron derrotar al demonio ellos solos, así que se reunieron y juntos la propusieron para hacer el trabajo. A mí, los ruidos que salían de las bocas de las mujeres me sonaban más bien a gritos de guerra.

Esa noche me despierto con sed. Didi no está a mi lado. Despierto a

mi prima pequeña, una niña tranquila de ocho años, que me lleva a la cocina a por un vaso de agua. Al encender las luces, se me escapa un grito ahogado y me agarro a ella. Todas las encimeras están cubiertas de cucarachas. Cucarachas de todos los tamaños, de todas las tonalidades, de marrón claro a negro azabache, camufladas sobre algunas superficies, bien visibles en otras. Reposan sobre platos, monstruos diminutos caminando unas encima de otras, algunas bocarriba, meneando las patas, acumulándose en oscuras bolas que se retuercen dentro de los cucharones de acero que reconozco de la cena. Mi prima me dice que no me preocupe. Siempre desaparecen con la luz de la mañana. Después de todo, nuestra abuela es una piadosa jainista. Nada de control de plagas en casa.

Bajo la vista a mi pierna, a la parte de piel que queda al descubierto, y veo a una cucaracha solitaria que se aferra a mi tobillo desnudo. Pequeña, no es más que una cría, totalmente negra, con las antenas moviéndose. Mi prima me la quita y tira de mí para sacarme de la cocina.

Jadeando, contengo las lágrimas y a oscuras regreso con sigilo a la habitación que he estado compartiendo con mi hermana. De repente, siento de nuevo la leve sensación, el cosquilleo, las patas como filamentos, que me suben corriendo por el gemelo. Sacudiéndome, paso la mano por la pared, buscando a tientas el interruptor de la luz, intentando quitarme el bicho de encima. No lo encuentro, pero hemos dejado la luz del baño encendida, veo cómo se filtra por debajo de la puerta. La empujo una vez, pero está atascada por el calor, la madera dilatada, y arremeto con todo el cuerpo una vez más. La puerta se abre de golpe y, a la luz, la veo, la criatura diminuta, ahora en mi rodilla. Me la sacudo y me estremezco, un escalofrío me recorre el cuerpo entero y me sale de la boca en un grito ahogado mientras el insecto cae al suelo y se escabulle correteando hacia la oscuridad de la habitación que hay a mi espalda. Y cuando levanto la vista, ahí está Didi, con nuestro primo. Los dos me miran fijamente, sobresaltados, aterrorizados, y él no tiene la lucidez de sacar la mano de entre las piernas de ella.

Después de que mis padres y Didi por fin se fueran a su casa, estuve un buen rato recogiendo los papeles que se habían estado pasando. Puse las páginas más o menos en orden, anotando de paso aquí y allá algún que otro dato adicional.

El décimo y último día se llevaba a cabo el ritual del visarjan, en el que las mujeres se pintaban la cara unas a otras con sindoor, una tintura nupcial, del color de la sangre. Recordé a las mujeres hablando de cómo, la noche antes, la diosa las visitaba en sueños. Ellas rodeaban en círculos a la diosa y con hojas de betel le secaban las lágrimas a modo de ritual. Decían que estaba de luto, como una novia que abandona la casa de sus padres. A continuación, nos subimos a un camión para llevarla al río, donde tendría lugar su inmersión. La familia le pedía a voz en grito que volviera a visitarlos al año siguiente. «¡Asche bochor abar hobe!», exclamaban: «Que las cenizas de esta joven se conviertan en algo». Iba a transformarse de nuevo en esposa, a desvanecerse otra vez en el hogar de su familia política, a retomar su papel como Parvati. Era al mismo tiempo una batalla y un matrimonio: Durgá Ma, una guerrera y una novia despedida por su familia, al mismo tiempo su salvadora y su hija.

Los patrones presentes en estos rituales y mitos siempre me llevaban de nuevo a mi propia experiencia, revelando algo que nunca había sido capaz de comprender en el centro de mí misma. Me ofrecían un modo de moverme a su alrededor, de escribir sobre ello, de mirar solo por el rabillo del ojo, y casi podía trazar su figura, sentir la vibración de su superficie. A veces parecía que me susurraba, y me daba la sensación de que lo que yo estaba rodeando también me rodeaba a mí. A veces notaba la fría sombra en mi piel y sentía que me acercaba.

Me detuve al notar algo en la pierna, algo que me hormigueaba por la rodilla, pero no hice ademán de quitármelo. Sabía que ahí no había nada.

Durante mi adolescencia, me acostumbré al desagradable cosquilleo de mis piernas peludas. Mi madre nunca nos dejaba afeitarnos. Nos hacía la cera, a menudo, a mi hermana y a mí, pero no lo bastante a menudo, y el pelo de las piernas me crecía en abundancia. Me daba asco sentirlo y me producía unos escalofríos

que me recorrían la espalda. Mi madre nos colocaba sobre la mesa del comedor cuando papá no estaba en casa, porque la luz allí era mejor. Nos tendíamos sobre una sábana vieja y manchada, como en una mesa de operaciones improvisada, mi madre mezclaba azúcar y limón y veía cómo se derretía al fuego, nos lo extendía sobre la piel y luego nos lo arrancaba de un tirón. Lo recordé: catorce años, hormonas y una frente cubierta de granos, corriendo por el campo de deportes durante la clase de gimnasia, obligada a llevar pantalones cortos, y el pelo apareciendo como brotes en primavera. Allí estaba yo, lejos de los demás críos, aguardando y temiendo, con la esperanza de que nadie me viera si me quedaba quieta, de que el balón nunca llegara hasta tan lejos, cuando una cucaracha gigante, una cosa que bramaba y chillaba, se estampó contra mis piernas. Grité y me tapé la boca. Era una cigarra, un monstruo torpe y patoso, una criatura adulta con alas que aún no sabía volar.

16

No le comenté a nadie que había invitado a casa a mi marido el domingo por la noche, que él quería que cenáramos juntos. Los cuatro.

Había dicho que era importante para las niñas. Debíamos seguir siendo una unidad.

Llegó el día y yo no sabía muy bien cómo tomármelo. Presté especial atención a mi pelo y mi ropa, limpié la casa y encendí una vela perfumada; en la etiqueta ponía roble y tabaco, que sonaba masculino, algo que a él tal vez podría gustarle.

El gato se coló de nuevo en la casa un día que las niñas dejaron la puerta abierta. Intenté atraparlo, ponerlo de patitas en la calle. Aquí ya no era bienvenido. No sabía adónde iba por la noche, en qué otro lugar estaba quedándose. No sabía qué venía a buscar otra vez en nuestra casa.

Saltó encima de los armarios de la cocina y se pegó a la pared, para que no lo viéramos. Creía que, si permanecía allí el tiempo suficiente, me olvidaría y lo dejaría tranquilo. Creía que le pondría comida cara y cuencos con agua, que le permitiría dormir en el borde de mi cama esa noche.

Lo que pasaba con el gato que no era de nadie ni respondía a un único nombre era que, pese a ser libre, también estaba en caída libre. Podía decidir dónde dormir de noche, tenía donde elegir, pero habría veces en las que nadie quisiera quedárselo. Pasaría por periodos de hambre, cuando la gente se olvidara de él. Yo sabía cómo acababa la vida de los gatos. Moriría solo y quienes lo habían querido dirían «me pregunto qué pasaría con aquel gato» y darían

por sentado que en ese momento sería problema de otra persona. Caería en el olvido, no porque nadie lo quisiera, sino porque no estaba allí.

Durante la cena, mi marido y yo nos mostramos alegres y quizá un tanto falsos, corteses el uno con el otro, de formas en que nunca lo habíamos sido. Les hablábamos a las niñas como si fueran bebés, haciéndoles más caso de la cuenta, atentos a lo que se servían en el plato para así no tener que mirarnos el uno al otro. Las niñas se mostraron más bien asqueadas. Nuestra actuación les había quitado las ganas de comer. Nos observaban con ojos huraños y esperaban el momento de que les diéramos permiso para irse.

Mi corazón se pasó toda la comida latiendo desbocado. Sentía que me estaban abriendo con una palanca. Por un lado, quería causar buena impresión, estaba nerviosa, entusiasmada, abrumada por verlo, por estar con él en la misma habitación, porque las últimas semanas me habían demostrado muy claramente, al menos, cuánto más simple era todo cuando estábamos juntos. No tenía que pensar en nada, la vida sucedía automáticamente. Podíamos flotar de día en día.

Pero no podía ignorar la fuerza que tiraba de mí en la dirección opuesta. A medida que había ahondado más en nuestras cartas, las pruebas empezaron a surgir por todas partes: nunca estuvimos hechos el uno para el otro. Para nada. Estábamos en nuestros respectivos ángulos muertos, sintiéndonos eternamente invisibles. Era incontestable, una certeza que era fruto de la distancia, del tiempo a solas para diseccionar lo que habían sido los últimos trece años. Ahora sabía que me habría resultado imposible quererlo de verdad de nuevo, confiar en él, acostarme con él. Cuando cerraba los ojos, la imagen era nítida: el único modo en que podría tenerlo en mi dormitorio era con un cuchillo bajo la almohada.

Paré de repente y volví en mí. ¿Qué estaba diciendo? No se trataba solo de nosotros. Estaban las niñas, éramos una familia. Me sorprendieron mis pensamientos: ¿cuándo había empezado a hacer aquella lista de pros y de contras? Y con él estábamos más a salvo que con mis padres y Didi. Al menos de eso podía estar segura, ¿o no?

Mi marido se sentó con las niñas en el sofá unos minutos, antes de anunciar que tenía que irse.

—¿Te vas? —dije.

—Sí. No pasa nada, ¿no?

No se me ocurría qué decir. No era que estuviera decepcionada, exactamente, pero tampoco me alegraba de que se fuera. Intenté no sentir absolutamente nada, y por un breve instante me pregunté dónde estaría almacenando todas las cosas que no sentía.

Cuando su marido, el dios Shiva, quiso abandonar el hogar conyugal, Kali creó diez versiones de sí misma y apostó una en cada entrada de la casa. Shiva intentó escapar y descubrió que todas las puertas estaban bloqueadas. Se dio cuenta de que ella era inmanente; no había ningún lugar en el que ella no estuviese.

En la puerta, mi marido vaciló, y luego me dio una palmadita en el hombro. ¿De qué iba aquello? ¿Iba a intentar abrazarme o besarme en la mejilla? ¿Quería yo que me tocara?, me pregunté mientras lo veía alejarse, fijándome en aquella forma tan familiar en que balanceaba los brazos. Sacó el móvil del bolsillo mientras caminaba, tocó la pantalla y se lo llevó al oído. Luego se volvió hacia la casa de la vecina, sin cambiar el paso, siguió hasta llegar a su puerta principal y llamó al timbre.

Y entonces apareció ella, la vecina. Mi vecina. Lo saludó, afectuosamente, juntando su mejilla con la de él. Charlaron animadamente. Mis dedos se cerraron en puños apretados.

Con un gesto hacia su puerta, ella lo invitó a entrar, y él la siguió. La respiración se me volvió superficial.

¿Necesitaba usar el baño? Pero si acababa de marcharse de nuestra casa. A lo mejor tenía que hablar con su marido, a lo mejor se habían conocido en algún momento, a lo mejor era algo relacionado con el trabajo.

Retrocedí hasta mi cocina y me senté en un taburete. ¿Acaso estaba el marido de la vecina en casa? No había forma de saberlo. No veía su coche delante, pero puede que estuviera en el garaje. La puerta de su garaje debía de estar cerrada, aunque desde aquel ángulo no lo distinguía. Todo el mundo la dejaba cerrada, para impedir que ardillas, mapaches, mofetas y ciervos se metieran

dentro.

Mi hija mayor me dio una palmadita en el hombro.

—Voy a subirme a mi cuarto.

—Vale. ¿Va todo bien? —Últimamente pasaba más tiempo en su cuarto.

—Sí, claro. Es solo que estoy cansada.

—Ven aquí —dije, tocándole la frente.

Se escabulló de mi mano.

—No estoy mala.

La miré parpadeando.

—¿Te ha molestado que papá se fuera tan pronto?

—No. Y te huelen los dedos a ajo.

Apreté los dientes y asentí, mirando cómo se iba, antes de volverme de nuevo hacia la ventana. Esperaría, tenía que esperar hasta verlo salir para saber cuánto tiempo pasaba dentro. Eché un vistazo a la hora, me crucé de brazos.

Ya había pasado demasiado tiempo para que mi marido solo usara el baño. ¿Y si me acercaba y llamaba al timbre?

Pero ¿con qué pretexto? Podría decirle a la vecina que teníamos sobras y queríamos compartirlas con ella.

El gato saltó a la encimera, justo a mi lado, en el preciso instante en que se abría la puerta de la vecina. Me agaché y me incliné hacia delante. Salieron tres figuras. Al final su marido sí que estaba. Pero ¿por qué le daba ella un cariñoso abrazo al mío?

Mi marido nunca se buscaría a alguien así. Era mucho mayor que él. Aunque era atractiva, debía admitirlo. Tenía la piel bronceada. Los pantalones cortos le quedaban estupendos hasta con varices. Tenía unas piernas más bonitas que las mías.

¿Se la había estado follando todo este tiempo? La tenía justo al lado. Puede que ella también estuviera planeando dejar a su marido, aquel pobre viejo. Él no lo sabía, no tenía ni idea de lo que se le venía encima.

Aunque era posible que el marido de la vecina estuviera en el ajo. Aquello podía ser un apaño que les conviniera a todos, algo de lo que los tres disfrutaran juntos. Por eso nunca me invitaban, no querían que viera el tinglado que tenían montado en casa, las

alfombras de animales, el arte erótico, una pintura orgiástica de Dioniso encima de la chimenea. Por eso tenían el césped repleto de estatuas desnudas: era una señal, una invitación a quienes estaban al tanto, y por supuesto mi marido lo estaba.

A mí me excluían porque no era lo bastante atractiva. Alguien como Didi habría sido más su tipo. Se parecía a una estatua. Tal vez mi marido les dijera que yo era monótona, o monógama, y que no me gustaba experimentar.

—¿Adónde vas?

Mi marido dio un respingo al oír mi voz.

—¿Qué coño? ¿Me estás siguiendo?

—Solo una manzana.

Negó con la cabeza.

—Tengo que irme.

—Dime solo adónde.

—Tengo que recoger unas llaves.

—¿Para qué?

—Del apartamento, ¿vale? El apartamento que tengo alquilado.

—No tienes por qué —solté de pronto. Ni siquiera mientras lo decía estaba segura de estar diciéndolo de verdad—. No tienes por qué alquilarlo. Puedes venir a casa. Ven a casa, podemos olvidarnos de que todo esto ha ocurrido.

Se quedó en silencio unos instantes, y tuve miedo de que pudiera decir que sí.

—No puedo —dijo—. Lo siento. No puedo vivir contigo, ni con todo eso que tienes en la cabeza.

—¿Qué tengo en la cabeza? —Noté que se me cerraba la garganta.

—Siempre estás metida en tu cabeza. No existe nadie más —dijo mientras se alejaba.

Pero entonces se detuvo, y dio media vuelta.

—Creía que tener hijos mejoraría las cosas. Creía que si te dejaba embarazada recordarías lo importante que era nuestra relación, podrías centrarte en nosotros. Pero no fue así. Estabas todavía más distraída, y agobiada. Ser madre lo que hizo fue

empeorarte.

Me quedé un rato sentada en los escalones, abrumada por las dimensiones de mi pérdida, y arrollada por oleadas de alivio. Mi marido tenía razón, pasaba mucho tiempo metida en mi cabeza.

Era mi lugar favorito.

A él le había gustado mi cabeza, aunque solo fuera al principio, cuando todavía era atenta, cuando su mirada estaba puesta en él. Menos de su gusto era mi cabeza cuando se concentraba en sí misma, cuando empezó a mirar por completo hacia dentro.

La vecina salió otra vez, miró las flores de sus perfectos parterres y examinó la malla que envolvía sus árboles, probablemente mientras les daba a todos las buenas noches. Las plantas eran como hijos. Me vio y me saludó con la mano. Me puse de pie y me acerqué, descalza, notando el cambio en cuanto pisé su frondoso césped.

—¿Por qué ha venido a tu casa?

Las palabras me salieron como si no fueran mías.

—Quería hablar con nosotros. Y yo con él.

Sentí que algo dentro de mí se hundía.

—Pensaba que éramos amigas.

—Sí.

—Bueno, ¿qué quería?

—Resulta que estaba buscando un apartamento. Y resulta que yo soy la dueña de ese apartamento.

Pestañeé.

—Ah.

Ella sonrió.

—No te preocupes, se lo voy a dejar por una ganga. Casi da vergüenza.

—Ah, ¿sí?

Se agachó para recoger una flor caída. La miró de frente.

—Le he comentado que obviamente os echaría de menos a ti y a las niñas si algún día os mudarais.

Me sentí como si hubiera echado raíces allí mismo.

—Ay —dijo—. Quería preguntarte si sabías cómo murió Stanford

White.

—¿Quién? —susurré desubicada.

—Stanford White. El que encargó una Diana en forma de veleta. Lo he buscado. ¿Sabes cómo murió? —Sonrió de oreja a oreja, era la primera vez que le veía todos los dientes—. De un tiro en la cabeza.

Sola en mi dormitorio, busqué información sobre la muerte de Stanford White.

En 1906, una apacible tarde de verano, cuando toda la alta sociedad neoyorquina estaba de celebración en el Madison Square Garden bajo la atenta mirada de la cazadora Diana, un hombre con una pistola oculta bajo el abrigo se acercó a Stanford White y lo acusó de violar a su mujer.

Luego le pegó tres tiros en la cabeza.

Stanford White murió, a los pies de la diosa, desangrándose por el cráneo. Y el viento amainó, y el aire se calmó.

Un artículo del *New York Times* decía: «En otra mesa adyacente a aquella en la que White fue asesinado había sentada una mujer vestida de blanco. Durante un tiempo se creyó que se trataba de una acompañante de White, y se dijo que se había inclinado para besar el rostro del hombre muerto, aunque es un dato que no pudo verificarse, pero lo que es seguro es que White estaba solo cuando entró en el edificio».

Me recosté en la silla y miré por la ventana, a la noche centelleante, al jardín de la vecina, y comprendí quién era la mujer desconocida de blanco que apareció de la nada y se acercó al hombre muerto, para despedirse de su enemigo. Al final, la diosa obtuvo su sacrificio.

17

Accedí al museo por la puerta lateral, donde nunca había cola, y caminé del mismo modo que cuando la visitaba con frecuencia. Le dediqué un pensamiento a mi marido: después de todo, a él también lo conocí en ese lugar. Se me pasó por la cabeza que los dos nos habíamos tratado mutuamente como objetos. Yo había querido una vida hecha de piedra, él había querido una estatua en vez de una mujer, y se llevó un buen susto cuando cobré vida.

Sin prestar atención a las galerías llenas de pinturas, medievales, renacentistas, barrocas, pasé junto a otros visitantes que hacían fotos, consultaban sus guías, pulsaban botones en busca del comentario sonoro correspondiente. Me sentí aturdida, como si mi cuerpo me llevara hasta ella de forma involuntaria, o como si ella, por algún acto de gracia, tirara de mí hacia delante.

Pero cuando llegué a su sala, las puertas estaban cerradas. Un cartel explicaba que estaban restaurando la galería, cerrada por reformas. Di un paso atrás, y me senté en un banco que había cerca. Yo había venido, y ella renegaba de mí.

¿Qué había hecho mal?

Me di la vuelta y caminé a ciegas de una galería a otra, sin apenas asimilar lo que veía. Al menos seguía estando en el jardín de la vecina, estaba allí ahora, para que yo la viera, la primera cosa cuando me despertaba y la última por la noche.

Seguí a una fila de personas que avanzaba hacia la salida. Debía irme a casa, esperar a las niñas. Trabajar en mi escritura. Pero resultó que la fila a la que me había unido no me conducía hacia la salida. Serpenteando de acá para allá, me depositó en la entrada de

una exposición temporal, una colección de arte indio que el museo acogía en préstamo. Recorriendo la exposición, me vi curioseando y me detuve por un instante frente a una gran apsará de bronce antes de continuar y examinar una serie de pinturas en miniatura dentro de unas vitrinas.

Una de las pinturas representaba una escena del Mahabharata: la historia de Draupadi, que se casó con cinco hermanos, los Pándava. Incluso de niña, cuando oía esta historia, me preguntaba por los aspectos prácticos de dicha relación, por los celos que podría haber suscitado. ¿Prefería a uno de los cinco, disfrutaba de la compañía de uno más que de los demás? ¿No causaría eso entre los hermanos fisuras que estropearían sus sentimientos fraternales? ¿Era algo que se remontaba a sus respectivas infancias, cuando su madre debía de tener un favorito, un hijo predilecto?

Ahora entendía por qué obtener el compromiso de cinco hombres a la vez podría haber sido una opción segura para Draupadi; o al menos por qué a ella se lo pareció en aquel entonces. Si uno de ellos perdía el interés, había otros cuatro para reemplazarlo. Tal vez a ellos no se les obligara a ser monógamos. Al fin y al cabo, ¿con qué argumentos podía ella exigirlo? ¿Podría haberles pedido a los hermanos que le fueran fieles cuando ella tenía cinco para elegir?

Pero con el tiempo a Draupadi la dieron por descontada, y uno de sus maridos, aficionado al juego, se la apostó contra otra banda de hermanos, los Kaurava. En el sistema de honor masculino, las promesas hechas entre hombres sobre una mesa de juego desbancaban a las formuladas en el altar nupcial. Los Kaurava celebraron su victoria tratando de despojar a Draupadi de sus ropajes en público, para deshonrar a sus maridos, que se vieron obligados a contemplarlo con impotencia. Sus nuevos amos y señores la degradarían por todos los medios posibles para demostrar que podían hacerlo.

Uno de los Kaurava agarró el extremo suelto del sari y Draupadi empezó a girar, desenrollándose con la tela. Pero en su desesperación hubo una chispa de clarividencia. Su vida no era suya, no le quedaba ningún motivo para la esperanza. ¿Qué horrores la

aguardaban? Violaciones, esclavitud, puede que incluso la muerte. En ese momento, se entregó al dios Krishna, depositando su destino en sus manos, y él, el embaucador mágico, oyó sus plegarias y transformó su sari en una bobina de tela infinita.

Por mucho que lo intentaran, los Kaurava no podrían desvestirla. Jamás se desenrollaría a Draupadi. Su fe era la fuerza centrífuga que la purificaba, la cristalizaba, girando eternamente, inmaculada, intacta.

La mujer de la pintura, de pie sobre montones de telas, todavía vestida. ¿Fue Dios quien la salvó o fue alguna fuerza que ella albergaba en su interior? Tal vez fueran lo mismo.

La pintura era exquisita, y otras personas se inclinaban para observarla más de cerca, empujándome con los hombros, insinuándome que tardaba demasiado, que existía un protocolo, un límite de tiempo, para contemplar cuadros en espacios públicos.

Me aparté de Draupadi y allí, en la pared delante de mí, me topé con una imagen familiar: una diosa decapitada, espada en una mano, su propia cabeza en la otra. De su cuello, la sangre manaba en tres chorros distintos. Dos caían hasta las bocas de las acompañantes femeninas que la flanqueaban. El tercer chorro iba a parar directamente a la boca de su propia cabeza degollada. De pie, posaba encima de una pareja que copulaba.

La cartela de la pared revelaba que había sido ella misma quien se había decapitado. La amputación de su cabeza representaba la amputación de la identidad del ego y la naturaleza inmortal de la fuerza trascendente que manaba de aquel sacrificio. Ella lo era todo, en una continuidad urobórica: era ella quien había llevado a cabo el sacrificio, quien había sido sacrificada y, por último, la receptora del alimento del sacrificio.

¿Quiénes eran ellas, las mujeres que había a su lado? ¿Sus hermanas? ¿Sus hijas?

Ella no renunciaba a la vida, sino a la identidad, a todas las identidades que hubieran sido suyas, madre, hija, hermana, esposa, a todas las cortaba por el cuello. Y mediante esa extinción de la personalidad, del representar un papel o responder a un nombre, ella y las mujeres a su alrededor salían fortalecidas.

Le pedí a Sama que nos viéramos en una cafetería para desayunar. Nos sentamos fuera, mirando a la calle. El aire era bochornoso y estudiamos la carta, le hicimos preguntas al camarero, pero al final acabamos pidiendo solo café.

Me preguntó qué tal estaba.

—Me encuentro mejor. Y un pelín menos asustada. Es liberador.

Le pregunté a Sama qué era lo que más miedo le daba.

—Pensar que mi marido se muera —dijo, encogiéndose de hombros.

Me había despojado de ese miedo. No era que desease que mi exmarido muriera, solo que personalmente ya no me importaba. ¿No era extraño?

—Entonces ¿no tienes miedos? —preguntó.

—Claro que los tengo. Tengo miedo por el dinero, por la comida, por las niñas. Morirme algún día sin ningún testigo. Pero todas son cosas concretas. Antes, el tipo de miedo que sentía era distinto.

Intenté explicárselo, aquel pánico disperso, incierto, que mutaba de forma, la inquietud invasiva, acechante, que había sentido cuando estaba cerca de mi exmarido.

Le conté que también me había liberado de otras angustias. Por ejemplo, el ostracismo social. Dado que ya no era una mujer casada, me había convertido en una marginada social, una forma liberada de su función. Podía retirarme a vivir en el bosque, en la biblioteca, en lo más hondo de mi armario. No había ningún lugar donde fueran a echarme de menos. Ningún acto social, ninguna fiesta. Nunca me recibirían con la frase: «La otra noche te echamos de menos». Ya no habría ninguna de esas noches.

Ya nunca más tendría que teñir, afeitar, depilar, arrancar, cortar o pintar. Ya no tendría que pronunciar esas palabras. Ni siquiera me hacía falta tener un espejo.

—Nadie es así de libre —dijo.

Dije que ya no vivía con relación a nadie más. Solo existía para satisfacerme a mí misma.

Con un gesto, a través de la cristalera que había detrás de mí, señaló a un hombre sentado en la esquina de la cafetería, junto a la puerta, que sonaba con una campanilla cada vez que se abría. Era

guapo, así en general, llevaba unas gafas tirando a feas, lo que realzaba la belleza del rostro que las lucía.

—¿Qué me dices de ese?

Aprecié lo que intentaba hacer y halagué su aspecto, aunque lo hice más por ella que por mí, como quien ve una película por segunda vez para hacerle compañía a una amiga.

Dijo que quería buscarme a alguien. Podría casarme otra vez. Me fijé en que cuando mencionaba el matrimonio, la palabra pasaba flotando por mi lado, su olor me resultaba familiar, pero ya no apetecible. Mi apetito por ese tipo de comida había desaparecido.

—Sabes bien la clase de hombres que hay ahí afuera —le dije—. ¿Te piensas que voy a dejar que alguno entre en mi casa? Tengo dos hijas.

Sama me miró fijamente, preocupada de que estuviera llevando todo aquello demasiado lejos. Quería hacerme entrar de nuevo en la rueda. Mis ideas empezaban a sonar peligrosas, radicales.

—¿Cómo están las niñas? —preguntó, cambiando de tema.

Me encogí de hombros. Estaban bien. Sus vidas habían cambiado y llevaban mal lo de las agendas. Tenían que acordarse de los días de la semana, saber qué día les tocaba con su padre. Dibujaban columnas y les ponían títulos. Lunes, martes, miércoles. Hacíamos que todo fuera divertido, una novedad. Coloreaban las columnas y enmarcaban el gráfico con pegatinas.

Le dije que había escogido al hombre equivocado una vez, y que podía hacerlo de nuevo. Un hombre malo podía parecer bueno, bajo una determinada luz, y a mí nunca se me había dado bien distinguirlos.

Y aunque su padre no fuera de fiar, lo que viniera detrás siempre podía ser peor, podía llevarme a casa a alguien peor. Había hombres que escondían bailarinas en cajas, que convertían a diosas en veletas. Yo había estudiado a esos hombres y no encontraba nada que los marcara, que los diferenciara. Esos hombres caminaban entre nosotras, su aspecto era normal y corriente.

Pero una cosa estaba clara. Tanto el matrimonio como la traición exigían un sacrificio. En el matrimonio, te sacrificabas a ti misma, y en la traición, a tu pareja. Me di cuenta de que eso era lo único que

había cambiado para mi exmarido. No la acción, sino su objeto.

—¿Qué vas a hacer el resto del día? —preguntó Sama, cambiando una vez más de tema.

—No sé muy bien.

Empecé a hablarle de lo que había estado leyendo, la historia del dios egipcio Osiris, descuartizado en pedazos y desperdigado por toda la Tierra. Su esposa, la diosa Isis, los buscó todos y cada uno de ellos y reconstruyó a su marido. El pene fue devorado por un pez, así que ella modeló otro de un trozo de madera y lo utilizó para fecundarse.

—Bueno —dijo Sama—. Entonces ¿qué?

Le dije que había estado escribiendo sobre lo que había ocurrido entre mi exmarido y yo, recordándolo y reordenando los pedazos después del desmembramiento del matrimonio. Tenía la sensación de estar dentro de ese mito y de que, como Isis, estaba juntando todas las piezas, rearmando mi matrimonio. En retrospectiva, mi exmarido me parecía más real. Y era evidente que, tras la muerte de nuestra relación, él me resultaba más útil para mi práctica creativa que cuando estábamos juntos.

Sama suspiró.

—No creo que sea lo mismo, pero me alegro de que estés escribiendo.

Apuramos el café y nos levantamos, y me despedí de ella.

—Te acerco.

—No, no. Cogeré un taxi.

Me abrazó con fuerza y, en su abrazo, sentí toda su angustia por lo que me deparaba el futuro. Quería hacerme saber que yo existía, que no se olvidarían de mí.

Me acomodé en el taxi y miré por la ventanilla. Las mujeres con más suerte eran las olvidadas. Eran las únicas que escapaban con vida. Yo tenía la oportunidad de ser una de ellas: olvidada, después de dejar atrás la flor de la vida, de superar la edad del deseo. Mi vida empezaría hoy.

Las niñas llegaron a casa sonriendo, sobre todo porque el verano ya estaba aquí y el colegio acababa dentro de una semana.

—¿Tenemos que ir al campamento? —dijo la pequeña mientras

subía los escalones de la entrada.

Antes de que pudiera responderle, el gato entró corriendo en la casa con algo en la boca. Una ramita, algún fruto podrido, no logramos distinguirlo. Pero entonces las niñas se pusieron a chillar.

Era un pájaro destrozado, muy pequeño, tal vez recién nacido. Sin plumas. La pequeña se echó a llorar.

Traté de distraer al gato con la comida que le gustaba, sardinas, anchoas, unos restos de sashimi que había en el frigorífico, pero ni me miraba. Les dije a las niñas que se fueran a poner la tele, pero se negaron e insistieron en que querían quedarse. El gato estaba encantado con su nuevo juguete, frotaba la cabeza contra el pajarillo como si fuese hierba gatera, lo lanzaba por los aires como un huesecillo de pollo y se abalanzaba sobre su cadáver diminuto.

Lo presencié horrorizada con las niñas, hasta que por fin logré ahuyentar al gato. Recogí la criatura rota, la envolví en pañuelos de papel. Tenía el cuello totalmente doblado hacia atrás y temí que se partiera. Me pregunté por su brevísima vida, cuántas veces habría podido respirar. Entre las tres lo enterramos en el jardín y, cuando miré al pequeño montículo de tierra al que habíamos dado forma como tumba, la rabia empezó a latirme por todo el cuerpo y a pitarme en los oídos. Regresé dentro y agarré al gato por el pellejo del lomo.

—¿Qué haces? —preguntó la mayor—. ¡No lo eches!

—No. Se va a quedar con nosotras, le gusta estar aquí, ¿verdad? —le dije al gato que se retorcía en mis brazos—. Pero está sucio, asqueroso. Por jugar con bichos muertos y por meterse Dios sabe dónde. Si quiere quedarse en esta casa, tiene que bañarse.

—Pero nunca lo hemos bañado.

—En esta casa todo el mundo tiene que bañarse —chillé desde lo alto de las escaleras—. ¿Por qué va a ser él especial?

Las niñas subieron las escaleras, sus caras aparecieron en la entrada del cuarto de baño.

—Los gatos odian el agua —dijo una de ellas—. ¿Qué jabón vas a usar?

Abrí el grifo de la bañera. El gato empezó a retorcerse con más fiereza bajo mi brazo. Se olía mis intenciones. Lo metí bajo el agua,

empapándome los brazos enseguida; él soltó un grito ahogado y con una sacudida se zafó de mis manos, arañándome la muñeca. Temblando violentamente, salió corriendo del cuarto de baño, dejando tras él un reguero de agua.

Me senté en el suelo con la camisa empapada, el sonido del grifo seguía inundando mis oídos. Bajé la vista a mi muñeca. El corte era limpio, y tardó unos segundos en sangrar.

Mi hija pequeña me sostuvo la mano, acariciándola con ternura.

—¿Te duele?

—No —respondí con un suspiro, y mandé a la mayor en busca del botiquín.

Cuando al cabo de unos minutos vi que no volvía, me levanté para ir a cogerlo yo misma. Pasé delante de su cuarto y allí estaba, dándome la espalda, mirando algo que había en sus manos. Era un móvil.

Me abalancé de una zancada y se lo arranqué de las manos.

Mi hija dio un grito de asombro e intentó quitármelo.

—¿De dónde has sacado esto? —dije, sujetándolo en el aire.

—De ningún lado —respondió, intentando alcanzarlo.

—¿Te ha comprado tu padre este teléfono?

Sin pensármelo, la agarré por el cuello de la camiseta y se lo retorcí. Ella dejó de moverse y me miró fijamente.

—Repito, ¿de dónde has sacado esto?

—Masi —respondió, con los ojos anegados en lágrimas—. Me lo ha dado masi.

El brazo se me aflojó, un dolor repentino lo recorría, me llegaba al hombro, como si el teléfono me pesara cada vez más en la mano. Miré a mi hija, con la camiseta dada de sí y arrugada por mi puño, y mi brazo inició su descenso, hacia abajo, hacia abajo, hacia sus palmas abiertas.

Pronto sería una adolescente, e iría al instituto, donde yo no tendría ningún control. Sus amigos ya le importaban más que yo. El mundo exterior sería una invitación a alejarse cada vez más. Y luego se marcharía, antes de que yo pudiera darme cuenta, y nunca miraría atrás. ¿Cuánta influencia podría yo tener? En realidad no podía protegerla.

El teléfono tembló en el aire justo por encima de sus manos. Pero, antes de que yo pudiera soltarlo, sentí algo que me estrujaba por dentro, que me agarraba ferozmente. Me di la vuelta y hecha una furia me dirigí hacia el cuarto de baño. Ella salió corriendo detrás de mí, llamándome.

La bañera todavía estaba llenándose, peligrosamente cerca del borde. Mamá tonta, siempre destrozando cosas con el agua.

Entró en el cuarto de baño mientras yo levantaba el móvil por encima de la bañera.

Negó con la cabeza.

Lo solté y cayó, salpicando, hundiéndose hasta el fondo como una piedra.

18

Las cigarras llegaron más tarde de lo esperado. Las temperaturas por fin habían subido y el aire era cenagoso, húmedo. Descubrimos las primeras en salir, sobre los árboles y al lado de la casa, las pocas que alzaban el vuelo antes que las demás, un sacrificio de sus breves y desenfrenadas vidas, de sus genes.

Volaban siguiendo sendas tortuosas, inexpertas, desgarbadas, tentando a los pájaros con su incapacidad, aterrizando delante de ardillas, ofreciéndose, con sus cuerpos recién descubiertos. Representaban su papel, asegurándose de que sus depredadores se saciaran antes de que empezara la temporada de apareamiento. ¿Había algo en su interior que las preparara para esto? Mientras esperaban bajo tierra, ¿recibían un adoctrinamiento, algún mensaje que les llegara a través de la savia y el barro, que les dijera que eran las elegidas para morir con el fin de que otras pudieran vivir? Aunque a lo mejor eso no importaba cuando la muerte siempre estaba tan cerca, cuando sentían que se aproximaban al límite. Después de todo, ya habían vivido bajo tierra, a salvo durante más de una década. Eran sabias, soldados curtidos, habían sobrevivido y visto a muchas perecer antes, a muchas incapaces de encontrar el camino que las sacara del suelo. Y las que sobrevivían pronto encontrarían también su final.

Con vistas a aquella línea de defensa, compré provisiones extra, llené el frigorífico y las despensas. Las expectativas ante aquel acontecimiento cósmico me colmaron, y supe que cuando llegara estaría preparada. Visualicé la casa como nuestro búnker, las niñas y yo juntas y acurrucadas dentro, mientras esperábamos a que el caos

pasara. Descubrí que me rascaba en sueños, al imaginar las patas filamentosas de las cigarras sobre mi piel.

Unos días después, al despertar me topé con una nube que cubría el suelo, que envolvía nuestro árbol, y el sonido de sus reclamos electrizaba el aire. Algún reloj interno, algún mecanismo de sus cuerpos, las había lanzado a todas a la vez. Llamé a las niñas, las manos y la voz me temblaban.

No las impresionó, les habían prometido millones de ellas. ¿Dónde estaba el cielo que se oscurecía, la luz que se eclipsaba? La expresión habitual de aburrimiento regresó a sus rostros y, a paso tranquilo, salieron al jardín, sin temor.

Pero fuera el sonido era ensordecedor, molestísimo, estremecedoras explosiones de sonido, lo oía incluso desde la cocina, y casi de inmediato las cigarras empezaron a aterrizar sobre ellas, a metérseles volando entre el pelo, y las niñas chillaron y regresaron dentro corriendo. Incluso a salvo tras el cristal, el ruido nos taladraba los oídos, nos invadía la piel, los poros, y nuestros cuerpos parecían traquetear desde dentro. Nos estremecíamos sin querer mientras las cigarras irrumpían a través de su vieja piel, mudándola, desvistiéndose, descubiertas en su desnudez, sus cuerpos húmedos secándose con la brisa, llenándose de aire, de color, sin avergonzarse de su transfiguración.

Las cigarras desfilaron tronco arriba por nuestro peral de Bradford, trepando unas sobre otras, atraídas por el olor a podredumbre. ¿Les había ofrecido el árbol raíces de las que alimentarse mientras aún eran jóvenes y vivían bajo tierra? ¿Guardaban un recuerdo de lo que las había nutrido, el olor sagrado, una lealtad filial? Las hembras pondrían huevos en nuestro árbol, sus crías se incubarían bajo nuestro hogar, el hogar bajo el que también habían crecido sus madres, el linaje al completo. Los cuerpos en descomposición de los padres enriquecerían la tierra, nutrirían el árbol, que a cambio alimentaría a la siguiente generación, cuya existencia sería subterránea durante al menos trece años. ¿Qué edad tendría yo cuando apareciera la siguiente generación?

Mi hija mayor me preguntó cuál de las dos generaciones estábamos contemplando, y le dije que probablemente las dos, las

dos al mismo tiempo y todas a la vez, indistinguibles la una de la otra.

Su gesto se volvió grave.

¿Qué problema había?, pregunté. ¿No era esto lo que había estado esperando?

Pero ¿cómo podían diferenciar quién era quién? Seguro que no querrían mezclarse unas con otras, ¿no?

Yo no estaba segura, le dije, avergonzada por tener que admitir que a mí no se me había pasado por la cabeza. Aunque supuse que podría ocurrir y ocurriría, la mezcla, que estábamos presenciándola delante de nuestras narices, que a las criaturas que habían estado bajo tierra, y ahora eran liberadas, la diferencia no las disuadiría. La diversidad era un punto fuerte para un banco genético.

Pero aquello no convencía a mi hija, que levantó la vista hacia mí, molesta, como si yo no me enterara, como si no sirviera en absoluto intentar explicarme nada.

Pero ¿dormirían sus crías trece o diecisiete años? ¿Vivirían sus descendientes hasta el punto medio, bajo tierra durante quince años, o cada una tendría que elegir de qué grupo quería formar parte?

Fui hasta la ventana y pegué el oído al cristal, con el sonido de las cigarras acelerándose, como un motor que se ahoga antes de romperse, y me imaginé a las que quizá surgirían aisladas en el futuro, desincronizadas con ambas generaciones, las que seguirían su propio ritmo, los experimentos fallidos de anhelo, los casos atípicos, destinadas a enfrentarse al vasto mundo ellas solas.

La vecina estaba sentada delante de su casa, sola, en una silla de plástico, mientras las cigarras entraban en comunión con las blancas superficies relucientes de sus estatuas, mudando la piel, apareándose, muriendo. Los dioses estaban cubiertos de ellas, vestidos, adornados, engalanados por el hambre, colonizados, desaparecían bajo un mar de transformación, el ciclo completo de vida y descomposición se desplegaba sobre sus cuerpos inmortales. Me planteé abrir la puerta, llamarla, pero temía el contacto con el aire, cargado de sonidos y partículas de enfermedad, deseo, miembros, secreciones, excreciones, el desorden arremolinado,

microscópico, de su delirio, temía inhalarlo, atraparlo dentro de mi cuerpo, de mis pulmones, vivir con él mientras circulaba en mi torrente sanguíneo, en mis sueños.

Miré de nuevo hacia ella y vi que también estaban encima, en su pelo, le cubrían los brazos, le subían por las piernas desnudas, mientras ella, impertérrita, no hacía nada por quitárselas.

Me volví hacia las niñas.

—Voy a salir.

—¿Qué? No —farfulló la mayor.

—Sí.

Abrí la puerta principal, centímetro a centímetro, y me escabullí, con el corazón traqueteándome en la garganta. Pensé que podía quedarme en los escalones, mantenerlas a raya, mientras decidía cómo me sentía, pero una inmersión lenta era imposible, o estaba dentro o estaba fuera. La vecina me observaba, como si hubiera estado esperándome.

Poco a poco se puso de pie, se volvió para mirarme de frente. Para ofrecerse como testigo de mi vida, y tal vez de mi muerte.

Las cigarras cubrieron los escalones, sus caparazones, sus cuerpos, algunas quietas como cadáveres, algunas meneándose.

Una avanzó hacia mí. Di un grito ahogado al ver sus ojos rojos, el encaje de sus alas. Volví la cara, incapaz de mirar, con los ojos ciegos y la mejilla aplastada contra la malla de la mosquitera, los puños apretados, a la espera, sin ningún objetivo, superada, en el umbral. Y percibí la primera sensación, el contacto. Un roce lento, ingrávido, y luego infinitos más.

Cuando invité a venir a Didi, la temporada de apareamiento ya había terminado. Todavía se oían unas cuantas cigarras remolonas, rezagadas, las que todavía buscaban, todavía anhelaban una pareja. Nuestro césped era una alfombra hecha de sus cuerpos, casi todas muertas, aunque algunas convulsionaban con las últimas boqueadas de vida. Cubrían nuestra hierba seca, nuestro césped muerto. Los coches las pisaban por la calle, dejando atrás sus cuerpos aplastados. Se acumulaban en torno a las alcantarillas, en los cubos de basura y los socavones. Las moscas y las hormigas se atiborraban

con sus restos.

Didi cruzó toda aquella carnicería sin apenas fijarse, con los ojos puestos en mí. No la afectaba el olor a sexo y muerte que lo impregnaba todo. Su inmunidad era su enfermedad. Era insensible al mundo natural, estaba ciega ante el salvajismo que la rodeaba, ante la naturaleza salvaje que brotaba de su propio interior. Cuando sonrió, de algún modo su sonrisa pareció distorsionada; sus labios, distintos que la última vez que nos vimos. Me preguntó dónde me había metido, por qué no había respondido a sus llamadas. Todo el mundo estaba preocupado.

Su ropa estaba perfectamente planchada, la silueta de su cuerpo era elegante. A su lado yo estaba desaliñada, pero ese día la distinción me tranquilizó. Mi cuerpo se relajó.

Me eché hacia un lado en el escalón y le hice un gesto para que me acompañara. Lo limpió antes de sentarse.

—Bueno, cuéntame —le dije—. ¿Qué ha pasado con el otro pendiente?

Sus ojos emitieron un destello.

—Ay, déjalo ya.

—No lo habrás perdido.

No me respondió. Su semblante era serio.

—No, con lo cuidadosa que tú eres con tus cosas... —dije—. Para mí que lo has vendido.

Su silencio fue transparente.

—¿Papá te obligó a hacerlo?

Siguió sin responder y yo ya no hice más preguntas. Sabía que estaba acercándome, que había tocado un punto sensible, pero no importaba. No había ninguna necesidad de indagar en los supuestos problemas económicos a los que mi familia podría estar enfrentándose. Ella era una buena hija. Yo nunca obtendría la verdad al completo.

—No me digas que me has pedido que venga para hablar de eso.

Le froté la rodilla con la mano.

—No, no. En realidad necesito tu ayuda.

—¿Con qué?

—Con el límite que estoy marcando.

—No sé de qué me hablas.

Le entregué la bolsa.

Miró dentro. Allí estaba el móvil, seco, en su caja original, con el cargador intacto.

—No intentes devolverlo, pasó una noche entera en la bañera.

—Se lo compró papá.

—Bueno, no es algo que él decida.

Negó con la cabeza y empezó a levantarse.

—¿Dónde están las niñas? ¿Están dentro?

—No puedes verlas. Hoy no.

—Soy su masi. —Su voz sonó entrecortada.

—Y yo soy su madre.

—Eres cruel —dijo.

Levanté la vista hacia ella.

—Lo sé, pero necesito que me ayudes con esto.

Cruzó los brazos con cara de incredulidad.

—¿Ayudarte a qué? ¿A destrozarles la vida a tus hijas?

Aquello me hizo reír de un modo que no me esperaba. Eché la cabeza hacia atrás y de mi boca salió un sonido que no reconocía, el sonido de todo lo que estaba estrellándose dentro de mi cuerpo.

Tendí la mano y agarré la suya.

Pasaron unos coches a toda velocidad. Yo oía las campanillas del canto de las aves, la nostálgica percusión de aquella época del año.

Diana era nuestra única testigo. Apuntaba directamente a mí. Si soltaba aquella flecha divina yo sabía dónde caería. Me sentí lúcida, lo que se avecinaba me reafirmaba en mi determinación, a sabiendas de que no teníamos vuelta atrás. Didi se irguió, con gesto altivo, pero yo podía oler su miedo.

—Gracias —le dije.

Didi no contestó. Tras zafarse de mi mano, que sujetaba la suya, agarró la bolsa, y luego dio un grito. El gato había aparecido de la nada, como siempre hacía, con la cabeza envuelta en un cono de plástico blanco. Mi hermana se echó atrás de un salto, y sus impolutos zapatos de escamas se hundieron en el barro de mi césped desahuciado, cubierto de cadáveres.

—¿Qué es eso? —dijo, indicando con un gesto el cono que rodeaba la cabeza del gato—. ¿Qué le ha pasado?

Sonreí y alargué la mano para acariciar el lomo del animal.

—Se limpiaba los testículos todo el rato, así que lo llevé a que se los quitaran.

TERCERA PARTE

19

Se inaugura un año nuevo, y yo me encuentro ante otra confluencia, no muy lejos del dique donde se unen los tres ríos. El Ganges, el Yamuna y el mítico Sarásvati. La luz es intensa, deslumbrante, mi ceño se frunce para proteger mi vista, y en algún lugar por encima de mi cabeza el planeta Júpiter ha completado sus doce vueltas alrededor del Sol para regresar a ese mismo punto después de 144 años.

—¿Dónde está el río Sarásvati? —me pregunta mi hija mayor—. ¿Cómo desapareció?

Hay muchas leyendas, le explico. Una es que la diosa Sarásvati nació de la cabeza de su padre, Brahma, quien al ver su belleza y potencial sintió un enorme deseo y la quiso toda para él. Por ese motivo, Brahma está maldito para siempre y Sarásvati solo corre bajo tierra.

Mi hija pone una mueca cargada de asco.

—No te preocupes —le digo—. No es más que una leyenda.

He recibido una cantidad idéntica de elogios y de burlas por este viaje. Unos me dicen que es una llamada, que después de esta experiencia mi alma será liberada del ciclo de la vida y la muerte. Otros me advierten de que es una estratagema, un poco de propaganda por parte de un gobierno fascista, y de que necesitaré medicación, o incluso hospitalización, después de entrar en contacto con las heces y los parásitos presentes en el agua. Pero en lo que todo el mundo parece estar de acuerdo es en que estoy loca, mal de la cabeza, por traer conmigo a las niñas.

No explico mis motivos para estar aquí, por un lado, porque no

tengo las palabras para hacerlo, y por otro, porque anhelo liberarme, no de la vida ni de la muerte ni de ningún inmenso ciclo cósmico, sino de mi propio miedo y de la opresión de otras personas, sus opiniones, sus agresiones y, tal vez, hasta de su amor. Venimos con un grupo de otras personas inadaptadas, todas mujeres, *queer*, solteras, divorciadas. Todas tienen una historia distinta, pero todas son de algún modo la misma, y siento que muchas de nosotras ya somos libres.

Nos movemos en bicicleta por las calles improvisadas, el suelo bajo nuestros pies es provisional, hecho con planchas de goma. La tierra sobre la que nos desplazamos, caminamos o dormimos es el lecho del río, y en cuestión de meses estará sumergida de nuevo. Este mundo efímero hará las maletas, se recogerá, se desechará antes de que retornen las aguas, pero ahora mismo nos cruzamos con sadhus acompañados de sus akhadas, creyentes que llegan en trenes, autocares, un mar de tiendas de campaña.

La persona que nos guía nos grita que debemos darnos prisa, se comenta que un político está a punto de llegar para su inmersión semanal, cerrarán la orilla del río y perderemos nuestra oportunidad. Cuando nos detenemos para bajar de nuestras bicicletas, mi salwar se engancha con una esquirla de metal punzante que sobresale del sillín.

Les agarro la mano a las niñas y caminamos hasta la hilera de barcas. Millares de personas se apresuran, por miedo a llegar demasiado tarde. Han venido solo a pasar el día, solo se pueden permitir quedarse un día, y duermen en enormes pabellones abiertos o incluso en las calles de la ciudad.

Un coche avanza a empujones detrás de nosotras, intenta abrirse paso entre la gente, atascado en el tráfico de cuerpos de doble sentido. El gentío empuja, intenta seguir adelante. «Cuidado con las estampidas. Hay gente que ha muerto, aplastada a pisotones.»

Mi hija pequeña me llama a gritos, pero no la oigo entre las voces, los altavoces que anuncian los nombres de niños perdidos, los llantos de sus madres, que les suplican que vuelvan, que los devuelvan, que suplican ayuda para recuperarlos.

—Tienes sangre —chilla mi hija mayor.

Oigo el pánico en su voz y bajo la vista a mi pierna, a la sangre que me corre por el interior del muslo. No fue solo mi salwar lo que se cortó con la bici. Me doy unos toquecitos con mi dupatta y le aprieto el brazo a mi hija.

—Estoy bien —le susurro.

Nos empujan contra un costado del coche, a las niñas y a mí. Sujeto sus manos con más fuerza y les digo que no me suelten, que se aferren a mi cuerpo, a mi ropa, la una a la otra. Cuando la presión afloja por un lado, nos abrimos camino juntas y avanzamos corriendo para alcanzar al resto de nuestro grupo.

En la barca nos entregan chalecos salvavidas y nos ordenan repartir nuestro peso de forma equilibrada por toda la embarcación. Obligan a las niñas a sentarse lejos de mí, y nos miramos, nuestros ojos nunca se apartan mucho. En el agua, pasan flotando pétalos de rosa, caléndulas y cocos partidos. Meto los dedos y me estremezco. La sangre se me ha secado en la piel y en la ropa.

Nos aproximamos al sangam, el punto de encuentro sagrado donde confluyen los ríos, y recibimos la orden de bajarnos, dejando nuestras cosas a bordo. Al entrar, nos sorprende el frío en contacto con nuestra piel. El agua apenas nos llega al torso. Nos pasamos unos a otros un thali metálico lleno de vibhuti, y nos extendemos la ceniza sagrada por los brazos y la cara.

Algunas de las personas que nos acompañan susurran oraciones antes de desaparecer dentro del agua para luego emerger de nuevo, respirando agitadamente, pasándose las manos por el pelo. Las niñas son valientes y se sumergen una y otra vez. Su disfrute no tiene fin.

—¿A qué esperas? —me pregunta la pequeña tirándome de la dupatta.

Le lanzo una mirada.

—Justo pensaba que nunca he metido la cabeza debajo del agua.

Y entonces trago aire y me sumerjo, rompo la superficie, y el chapuzón retumba en mis oídos antes de que se haga el silencio. Me revuelvo y tambaleo, un bebé incapaz de respirar, un embrión, y el

agua penetra en mis ojos, mi nariz, mi boca, abriéndose paso hasta lo más recóndito de mi ser.

Agradecimientos

La cita sobre la muerte de Stanford White proviene de un artículo del *New York Times* de 1906 disponible en su archivo digital: https://www.nytimes.com/1906/06/26/archives/thaw-murders-stanford-white-shoots-him-on-the-madison-square-garden.html.

El ejercicio para contemplar una obra de arte durante un largo periodo de tiempo que se menciona en la novela se ha modificado a partir de un ensayo de la historiadora del arte Jennifer L. Roberts titulado «The Power of Patience», que me descubrieron las conmovedoras memorias de Ruth Ozeki, *The Face: A Time Code*.

De los mitos que recojo en este libro, existen numerosas versiones. He empleado las que considero que apelan de forma más pertinente a los personajes y los temas de la novela.

El libro titulado *Chinnamasta: The Aweful Buddhist and Hindu Tantric Goddess*, de Elizabeth Anne Bernard, arranca con un verso en sánscrito que describe a la diosa como «el sacrificio, la sacrificadora y la receptora del sacrificio». En la novela se ha incorporado una reformulación de dicha idea como parte de la cartela ficticia de un museo.

No podría haber escrito esta novela si no me hubiera cruzado con la obra de C. G. Jung. Sus ideas pueblan estas páginas.

Como aficionada al sagrado arte de la astrología, estoy en deuda con mis maestros, el difunto Monty Taylor y Briar Jacques. *The Astrology Podcast* de Chris Brennan ha sido un recurso fundamental. Mi interpretación de la diferencia entre las cartas astrales diurnas y nocturnas se basa en la obra de Jason Holley.

Para la historia y las costumbres de apareamiento de las cigarras

periódicas, me documenté con el libro de Gene Kritsky *Periodical Cicadas: The Brood X Edition*.

Una palabra, o varias, acerca de la escultura de Diana, tan crucial en el libro:

Fue en casa de Max Blumberg y Eduardo Araújo donde por primera vez me topé con la Diana de Augustus Saint-Gaudens, y nunca podré agradecerles lo suficiente esa experiencia.

El Philadelphia Museum of Art alberga la estatua original que se instaló en lo alto de la torre del Madison Square Garden. Una versión posterior se encuentra expuesta en el Metropolitan Museum of Art de Nueva York.

Saint-Gaudens seguramente conocía otras imágenes de Diana, entre otras la escultura del siglo XVIII de Jean-Antoine Houdon, quien también retrató su desnudo con un arco y una flecha.

A raíz del éxito que cosechó el original, se crearon piezas de menor tamaño de la estatua de Diana, como las versiones en bronce de 78 cm y 53 cm. Encontré por casualidad la de 1899 que aparece en la novela en el sitio web del Smith College Museum of Art de Massachusetts. El artículo y su vídeo correspondiente muestran que la versión de Diana propiedad de dicho museo sí que gira, accionada por un pequeño pomo en la base de la estatua. No estoy segura de si otras piezas de tamaño reducido pueden girarse manualmente de este modo, ya que se trata de la única mención con la que di durante mi investigación. De hecho, al parecer el equipo curatorial del Smith College también descubrió dicho elemento por casualidad. La publicación y el vídeo de Matthew Blanchard pueden consultarse aquí: https://scma.smith.edu/blog/spinning-diana.

Mi profesora de lengua inglesa del instituto, la difunta Frimi Sagan, me dio a conocer el poema de Rainer Maria Rilke «Torso arcaico de Apolo» en el año 2000. El recuerdo de la época en que estudié con ella impregna felizmente todo cuanto escribo.

El cuadro de Draupadi mencionado en la novela es del pintor Nainsukh y forma parte de la colección del Metropolitan Museum of Art de Nueva York.

Gracias a mi magnífica agente, Maria Cardona, por estar de mi lado, y al fantástico equipo de Aevitas Creative Management.

A Hermione Thompson, que comprende lo que trato de hacer y siempre sabe cómo mejorarlo. A todas las personas de Hamish Hamilton y Penguin Random House UK por su asesoramiento: entre otras, a Simon Prosser, Ruby Fatimilehin, Laura Dermody y Chloe Davies. Gracias a Sarah Day y Ellie Smith por su santa paciencia. Y a Charlotte Daniels por crear la preciosa cubierta para Reino Unido.

A Laura Perciasepe, por su clarividencia y genialidad, y a todo el equipo de Summit por la cálida bienvenida y el maravilloso trabajo que han hecho para esta novela. A Judy Clain, Josefine Kals, Luiza de Campos Mello Grijns, Anna Skrabacz y Kevwe Okumakube, y a Natalia Olbinski por diseñar una cubierta espectacular para la edición de Estados Unidos.

A Rahul Soni, que combina el criterio más perspicaz con una enorme amabilidad, y a todas las personas de HarperCollins India por defender siempre mi trabajo, entre otras a Udayan Mitra y Anantha Padmanabhan.

A todas mis talentosas traductoras y a los editores y editoriales internacionales que han creído en este libro. A todos los habilidosos diseñadores de las distintas cubiertas. A los infatigables equipos de marketing y publicidad. A los libreros que lo leyeron y lo recomendaron con tanta generosidad. Y a cada lector y lectora, a través de quienes esta historia tendrá una nueva vida.

A Clara Rossell, Anna Soler-Pont y la Pontas Agency por su constante apoyo.

A Kavita Srinivasan por llevarme siempre con ella. Por sus conocimientos y su orientación para introducirme en los rituales de la Madre Divina, gracias a Devdip Ganguly y al profesor Debashish Banerjee. Y a Anshul, Ananya, Shana, Dong Yang y Nik. A la familia Goswami por acogernos en su hogar durante el Puja. Y al honorable magistrado de la Corte Suprema Biswanath Somadder y la señora Somadder por encargarse de que no me marchara de Calcuta sin visitar Kalighat.

A Lisa Ray por ser el puente. A Nivedita Saha por canalizar el poder y a Sharmistha Chatterjee por explicarme el significado. A Natasha Mahindra y el equipo de Anam Cara por el viaje del Kumbh Mela.

A la doctora Carla Ionescu por su generosidad a la hora de compartir sus conocimientos sobre el mito de Ariadna y Dioniso.

A Nada Raza por asegurarse de que contara con un espacio de trabajo cuando más lo necesitaba. A Abdelmonem Alserkal, Vilma Jurkute, Shama Nair y todas las personas de la Alserkal Foundation. Casi todo el primer borrador de esta novela se escribió durante mi residencia allí.

A todos mis escritores favoritos, que han hecho que la escritura no sea algo solitario, entre otros a Shubhangi Swarup, Sharlene Teo y Anna Metcalfe.

Por su orientación espiritual, mi agradecimiento a Simrin Gregory. A Neha Mishra y Zain Masud por las numerosas conversaciones sobre libros. A Payal Kilachand por sus agudas reflexiones sobre los personajes. A Manali Doshi y Maha Zeibak por sus consejos sobre la práctica creativa. A Aranka Israni por su perspectiva.

A todas mis amistades y a mi familia por sus cuidados y su aliento.

A los grandes amores de mi vida: mis padres y mis hijas.



Avni Doshi

Avni Doshi nació en Nueva Jersey en 1982. Su primera novela, *Azúcar quemado*, fue finalista del Premio Booker en 2020 y ha sido traducida a veintiséis idiomas. Sus escritos también han aparecido en *British Vogue*, *Granta* y *The Sunday Times*. Actualmente vive en Dubái.

Sinopsis

Una noche, su marido entra en el dormitorio y le dice que quiere divorciarse. Ella no da crédito. Creía que eran un matrimonio feliz, casi perfecto. Desde ese instante, aislada con sus dos hijas en la casa que construyeron juntos, empieza a desmoronarse. Sumida en una especie de trance, indaga obsesivamente en su carta astral y la de su exmarido en busca de respuestas, mientras aguarda la llegada de una horda de cigarras.

Al contemplar los escombros de trece años de vida en común, empieza a percibir las señales de alarma que había decidido ignorar. Ahora, obligada a aceptar las intromisiones de sus padres y de una hermana —la hija perfecta— con la que llevaba años sin hablarse, se pregunta si el matrimonio no fue sino una forma de sustituir un yugo por otro. En su mente, las escenas de su vida conyugal y los recuerdos de infancia se entrelazan con antiguos mitos de mujeres decapitadas y diosas vengativas, cuyas historias despiertan en ella un inesperado sentimiento de liberación.

Hipnótica, visceral y dotada de una belleza lacerante, *La primera casa* nos habla del final del amor, del hogar como sangriento campo de batalla y de la persistente amenaza que pueden esconder nuestros seres más queridos.

Otros títulos publicados en Gatopardo

1. Alejandro Magno
Pietro Citati

2. En peligro
Richard Hughes

3. La primavera de los bárbaros
Jonas Lüscher

4. El temperamento español
V. S. Pritchett

5. Mi Londres
Simonetta Agnello Hornby

6. Una vista del puerto
Elizabeth Taylor

6. Una vista del puerto
Elizabeth Taylor

7. Tumbas etruscas
D. H. Lawrence

8. Mis amores y otros animales

Paolo Maurensig

9. Los mejores relatos de
Frank Norris

10. La gente del Abismo
Jack London

11. Mujeres excelentes
Barbara Pym

12. La vida breve de Katherine Mansfield
Pietro Citati

13. Paseano con hombres
Ann Beattie

14. El legado
Sybille Bedford

15. Alejandría
E. M. Forster

16. Unas gotas de aceite
Simonetta Agnello Hornby

17. Dame tu corazón
Joyce Carol Oates

18. Teoría de las sombras
Paolo Maurensig

19. Amor libre
Ali Smith

20. El turista desnudo

Lawrence Osborne

21. El cielo robado
Andrea Camilleri

22. Amor no correspondido
Barbara Pym

23. Sexo y muerte
VV. AA.

24. La muerte de la mariposa
Pietro Citati

25. Vida de Samuel Johnson
Giorgio Manganelli

26. Viginia Woolf. Vida de una escritora
Lyndall Gordon

27. La mecanógrafa de Henry James
Michiel Heyns

28. Invierno
Christopher Nicholson

29. Desmembrado
Joyce Carol Oates

30. Río revuelto
Joan Didion

31. Quédate conmigo
Ayòbámi Adébáyò

32. Bangkok

Lawrence Osborne

33. La moneda de Akragas
Andrea Camilleri

34. Un alma cándida
Elizabeth Taylor

36. Palermo es mi ciudad
Simonetta Agnello Hornby

37. Lo que Maisie sabía
Henry James

38. El cuidador de elefantes
Christopher Nicholson

39. El río del tiempo
Jon Swain

40. A la mesa con los reyes
Francesca Sgorbati Bosi

41. Nada que ver conmigo
Janice Galloway

42. María Estuardo
Alexander Dumas

43. Conversaciones con Ian McEwan
Edición de Ryan Roberts

44. Los perezosos
Charles Dickens y Wilkie Collins

45. La vanidad de la caballería

Stefano Malatesta

46. Un asunto del diablo
Paolo Maurensig

47. Fresas silvestres
Angela Thirkell

48. Cazadores en la noche
Lawrence Osborne

49. Extranjeros, bienvenidos
Barbara Pym

50. La escritora vive aquí
Sandra Petrignani

51. Nadie puede volar
Simonetta Agnello Hornby

52. La casa intacta
Willem Frederik Hermans

53. Morir
Cory Taylor

54. Un montón de migajas
Elena Gorokhova

55. En un lugar solitario
Dorothy B. Hughes

56. Cásate conmigo
John Updike

57. Persecución

Joyce Carol Oates

58. Tú también puedes tener un cuerpo como el mío
Alexandra Kleeman

59. Los perdonados
Lawrence Osborne

60. El saltador del muro
Peter Schneider

61. El mal camino
Sébastien Japrisot

62. Los que cambiaron y los que murieron
Barbara Comyns

59. Los perdonados
Lawrence Osborne

60. El saltador del muro
Peter Schneider

61. El mal camino
Sébastien Japrisot

62. Los que cambiaron y los que murieron
Barbara Comyns

63. El corazón verdadero
Sylvia Townsend Warner

64. Hielo
Marco Tedesco y Alberto Flores d'Arcais

65. Beber o no beber

Lawrence Osborne

66. Estado del malestar
Nina Lykke

67. Temas de conversación
Miranda Popkey

68. Bienvenidos a América
Linda Boström Knausgår

69. Cuánto oro esconden estas colinas
C Pam Zhang

70. Perversas criaturas
Lawrence Osborne

71. Kalmann
Joachim B. Schmidt

72. Cuarteto de otoño
Barbara Pym

73. Caer es como volar
Manon Uphoff

74. Mía es la venganza
Marie Ndiaye

75. Los inquietos
Linn Ullmann

76. No y mil veces no
Nina Lykke

77. Niña de octubre

Linda Boström Knausgår

78. Trío
Johanna Hedman

79. La aldea perdida
Max Gross

80. Saturno
Sarah Chiche

81. Cantos de sirena
Charmian Clift

82. Jane y Prudence
Barbara Pym

83. Hombres en prisión
Victor Serge

84. La Chef
Marie NDiaye

85. Maldita suerte
Lawrence Osborne

86. Bienvenidos a High Rising
Angela Thirkell

87. Los detalles
Angela Thirkell

88. Chica, 1983
Linn Ullmann

89. Ayer

Juan Emar

90. El pacto
Thorkild Bjørnvig

91. Mis estúpidas ideas
Bernardo Zannoni

92. Los buscadores de loto
Charmian Clift

93. Una estela salvaje
Kathryn Schulz

94. Hotel Splendide
Ludwig Bemelmans

95. Te quiere, Boy
Roald Dahl

96. Pasiones públicas, emociones privadas
Charles Dickens

97. Ven a este tribunal y llora
Linda Kinstler

98. La divorciada
Ursula Parrott

99. Engaño
Yuri Felsen

100. No hemos venido a divertirnos
Nina Lykke

101. Murió la dulce paloma

Barbara Pym

102. Las horas antiguas
Michael Bible

103. Un hombre cualquiera
Giovanni Arpino

104. La vida que nos queda
Matteo B. Bianchi

105. Diarios de un fumador
Simon Gray

106. Quien tiene miedo muere a diario
Giuseppe Ayala

107. Ojalá cayera una bomba
Gerrit Kouwenaar

108. Golpe magistral
Jessica Anthony

109. Muerde a tus amigos
Fernanda Eberstadt

110. La ficción del ahorro
Carmen M. Cáceres

111. Historias fantásticas de islas verdaderas
Ernesto Franco

112. El curioso caso de Mary Mallon
Anthony Bourdain

113. Vegas

John Gregory Dunne

114. Salto mortal
MacDonald Harris

115. ¡MÁS!
Molly Roden Winter

116. ¿Qué buscas, lobo?
Eva Viežnaviec

117. Aquí cazaron indios
James Galvin

118. El experimento prohibido
Roger Shattuck

119. ¿Dónde están los adultos?
Nina Lykke

120. Un hermoso día
Mollie Panter-Downes

121. Una casa en Sicilia
Luisa Adorno

122. Balas, botes y bancarrotas
Al Alvarez

123. Marquesa de Sade
Margaret Crosland

124. Hijos de la radiación
Joe Dunthorne

Table of Contents

LA PRIMERA CASA
- PRIMERA PARTE
  - 1
  - 2
  - 3
  - 4
  - 5
  - 6
  - 7
  - 8
  - 9
- SEGUNDA PARTE
  - 10
  - 11
  - 12
  - 13
  - 14
  - 15
  - 16
  - 17
  - 18
- TERCERA PARTE
  - 19
- Agradecimientos

Avni Doshi
Sinopsis
Otros títulos publicados en Gatopardo